
HARLEQUIN
Bianca
CHANTAJE O SEDUCCIÓN
LINDSAY ARMSTRONG



CHANTAJE O SEDUCCIÓN

LINDSAY ARMSTRONG



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Chantaje o seducción, n.º 1290 - agosto 2016
Título original: A Question of Marriage
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-8721-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

POR amor de Dios, Luke! –exclamó Jack Barnard en voz baja mientras veía marcharse, derecha como un palo, a la mujer más combativa que había visto en toda su vida–. ¿Por qué demonios sigue trabajando para ti esa… esa arpía? ¡Acercarse a ti es más difícil que intentar hablar con la reina de Inglaterra!

Luke Kirwan sonreía al tiempo que miraba los mensajes que le acababa de entregar su secretaria.

–¿Te refieres a la señorita Hillier? –preguntó haciéndose el despistado–. Créeme, Jack, se le da muy bien… mantener a mis alumnas a raya.

El gesto de enfado desapareció del rostro de Jack Barnard, que soltó una sonora carcajada.

–¿No me digas que siguen molestándote? Creo que para mí eso no supondría ningún problema: grupos de dulces muchachitas deseando meterse en tu cama. Claro que –se quedó pensando un instante–, teniendo a la maravillosa Leonie Murdoch en tu vida, no creo que tú lo necesites. ¿Es eso lo que te pasa? –preguntó señalando la casa y el jardín que los rodeaba.

Luke Kirwan se acarició el mentón pensativo echando un vistazo a la casa a la que se había mudado hacía poco tiempo. Era un edificio de dos plantas, situado en lo alto de la colina de Manly Hill, a las afueras de la ciudad de Brisbane. Desde la terraza en la que estaba sentado tomando una cerveza junto a su viejo amigo Jack Barnard, que también era su abogado, tenían una maravillosa panorámica de la bahía de Moreton.

–Puede ser –dijo considerando la respuesta–. O puede que no. Cuando compré esta casa, lo hice como una inversión, fue luego cuando se me ocurrió que a lo mejor no era mala idea vivir aquí.

Jack Barnard observó a su amigo. Era difícil encontrar a alguien con menos aspecto de profesor de Física que él; de hecho, había sido uno de los más jóvenes cuando consiguió la cátedra universitaria. Se alejaba tanto como uno podía imaginar de la típica imagen del profesor despistado. Era alto, fuerte y de pelo oscuro, también tenía unos ojos grandes y oscuros que lo hacían parecer arrogante sin serlo realmente… aunque, sin duda alguna, a veces podía serlo.

A todo eso había que unir una inagotable energía y una avispada inteligencia, el conjunto hacían de él un auténtico imán para las

mujeres. Barnard reflexionó algo contrariado sobre el hecho de que él sí parecía un profesor: era miope y tremendamente despistado.

Notó que en los ojos de su amigo había una ligera expresión de descontento. Cualquiera habría pensado que, a esas alturas, Luke y Leonie ya habrían formalizado su situación; llevaban juntos unos cuantos años y lo cierto era que hacían una pareja estupenda. De hecho, cuando Jack oyó hablar a Luke sobre aquella casa dio por hecho que estaba a punto de suceder, sin embargo ya no estaba tan seguro de ello.

–¿Te importa que te diga que pasas muy poco tiempo en casa? –preguntó Jack antes de añadir con delicadeza–: ¿Ha pasado algo entre Leonie y tú?

Luke Kirwan se quedó con la mirada perdida en el paisaje de la bahía y después miró a su amigo con un gesto burlón.

–Jack, lo que tenga que ser será.

–Es decir, que me ocupe de mis propios asuntos, ¿no?

–En una palabra, sí.

Una semana más tarde, Aurora Templeton se esforzaba por dejar de temblar. Sí, era cierto que estaba entrando a la fuerza en una casa ajena, pero era solo para recuperar algo que le pertenecía. Por tanto no estaba robando. No le había quedado más remedio que entrar allí, ya que no había podido encontrar el modo de recuperar lo que era suyo.

Había pasado toda la semana considerando todas las circunstancias, ya no era momento para echarse atrás. Pero el hecho era que aquello resultaba mucho más duro para sus nervios de lo que ella había previsto. A pesar de que no hacía tanto tiempo que había vivido en aquella preciosa casa, le resultaba imposible no sentirse intimidada por la posibilidad de que la descubrieran en una situación que podía hacer pensar a cualquiera que estaba robando.

Además, era una noche muy oscura y tormentosa, como de película de miedo. Todos esos motivos la forzaban a querer acabar con ello cuanto antes. Se acercó a la puerta y abrió sin hacer ruido con la llave que todavía conservaba. Tenía la total seguridad de que no había nadie en la casa. El nuevo propietario estaba de viaje y sabía que no había instalado ninguna alarma, entre otras cosas porque en aquella casa no era necesario; tenía puertas sólidas y las ventanas estaban protegidas por unas fuertes rejas de estilo español. Sin una llave, aquella casa era casi inexpugnable.

En completo silencio, atravesó la cocina y llegó al recibidor sin necesidad de encender la linterna que llevaba en la mano, solo tuvo que acostumbrar los ojos a la oscuridad y enseguida le vinieron a la

memoria los años de adolescencia. La puerta de la cocina era en aquel entonces su forma preferida de entrar en casa cuando llegaba después de su hora.

De todas maneras, encendió la linterna por si el nuevo dueño había colocado algún mueble en el medio, pero vio que el camino que llevaba hasta la escalera seguía estando despejado. Fue entonces cuando un leve ruido la dejó helada. Se quedó allí, inmóvil durante unos segundos, el corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

Nunca llegaría a entender el motivo por el cual no gritó al notar que algo peludo le rozaba las piernas. Aquel enorme gato se sentó a su lado sin dejar de ronronear.

Respiró aliviada y se agachó a acariciarlo antes de volver a iluminar el camino para dirigirse hacia la escalera por la que comenzó a subir. Iba escalón por escalón hasta que llegó al quinto, que se saltó siguiendo la costumbre, porque aquel peldaño siempre había crujido. Estaba tan concentrada en los escalones, que no prestó atención a lo que la esperaba en lo alto de la escalera y, al encontrarse de repente rodeada por unos fuertes brazos, lanzó un grito de auténtico terror.

–¡Deje de gritar señorita! –dijo una voz masculina con total tranquilidad. Pero no pudo continuar hablando porque ella se revolvió entre sus brazos, saltó al pasamanos de la escalera, por el cual se deslizó hasta llegar al piso de abajo, y salió corriendo por la puerta de la cocina, que volvió a cerrar con la llave que había dejado puesta. No dejó de correr hasta que hubo saltado la valla del jardín.

Había tomado la precaución de aparcar el coche a dos manzanas, en el camino hacia allí, el cielo encapotado comenzó a descargar una densa lluvia.

–¡Gracias, gracias! –exclamó mirando al cielo–. Una buena tormenta en el momento justo para borrar mis huellas.

–Y, como ya decían los titulares de los periódicos locales: se calcula que la tormenta que golpeó anoche con fuerza la zona sur de Brisbane ha ocasionado unas pérdidas de casi un millón de dólares en diferentes hogares… Aurora Templeton para las Noticias de la Bahía.

Aurora se quitó los auriculares y vio que el director de su programa le hacía una señal de aprobación, así que se puso en pie y salió tranquilamente del estudio. Las noticias de la mañana y, con ello, su turno de trabajo habían terminado; lo cual agradecía enormemente. No era únicamente que estuviera agotada, además, lo que había hecho la noche anterior la hacía temer una posible venganza, que estaba comenzando a obsesionarla. No dejaba de mirar a su alrededor y esperaba que en cualquier momento una mano cayera sobre su hombro. La aterrorizaba imaginarse a sí misma dando la noticia de un

informe policial relacionado con su propia fechoría. Afortunadamente, eso no había ocurrido hasta el momento, pero podía pasar al día siguiente.

«¿Por qué nunca puedo pararme a pensar las cosas? Es algo que no llego a comprender», se recriminó a sí misma de camino a casa.

Su nueva casa del barrio Manly de Brisbane era bonita y muy acogedora, o lo sería cuando consiguiera ordenar todas las cajas que seguía habiendo por medio. Manly era un zona residencial al este de Brisbane, al sur del río y orientada hacía la bahía, lo que le proporcionaba una agradable brisa marina y unas vistas maravillosas.

Cuando llegó a Brisbane después de seis meses en el extranjero, no tenía la menor idea de que, en su ausencia, su padre había decidido vender el hogar familiar y comprarse un yate para navegar por el mundo él solo.

Su madre había muerto cuando ella tenía seis años, así que la habían criado su padre, cuando no estaba trabajando en alta mar y ella no estaba en el internado, y la señora Bunnings, una dulce ama de llaves a la que ella llamaba Bunny. Pero también había pasado mucho tiempo viajando por el mundo con su padre. A sus veinticinco años, tenía una licenciatura en arte, hablaba a la perfección varios idiomas y era una mujer cosmopolita capaz de cuidar de sí misma sin problema alguno, y que acababa de empezar su carrera como locutora de radio.

Toda esa educación no había conseguido despojarla de una cierta tendencia a comportarse de forma temeraria. Eso era exactamente lo que estaba reprochándose mientras se preparaba un café al llegar de trabajar a la mañana siguiente de colarse en casa del profesor Luke Kirwan.

Bueno, no todo era culpa suya. Ella no era la responsable de que su padre hubiera decidido de repente vender la casa sin avisarla siquiera, ni de que se hubiera marchado solo unos días después de que ella llegara, sin darle tiempo a acordarse de sus diarios.

Se llevó el café al salón y allí se acurrucó en el sillón, inmersa en pensamientos del pasado.

Siempre había sido una escritora compulsiva, una cronista empedernida. No era algo que se le notara nada más mirarla a la cara pero, teniendo en cuenta que había perdido a su madre siendo aún muy joven y que pasaba largos periodos separada de su padre, se entendía la necesidad que aquella hija única había sentido de tener un salvavidas, que era en lo que se habían convertido todos esos diarios; unos compañeros inseparables que jamás la abandonaban.

Cuando, a los doce años, descubrió un hueco en la chimenea de su dormitorio, que nunca se encendía, se dio cuenta de que aquel era el

escondite perfecto. Allí había guardado siempre sus diarios y, cuando se marchó al extranjero, lo hizo convencida de que dejaba a salvo todos sus sueños y pensamientos más secretos. No se había vuelto a acordar de ellos hasta que llamó a Bunny para decirle que ya estaba de vuelta y para comentar el lío que había ocasionado la inesperada decisión de Ambrose Templeton.

Bunny se había alegrado al saber que había regresado y al poder contarle que iba a seguir trabajando para el nuevo propietario de la casa, limpiando tres días a la semana. Fue entonces cuando a Aurora le había venido a la cabeza la imagen de aquel ladrillo suelto de la chimenea y se había quedado boquiabierta, sin saber qué hacer…

No había tardado demasiado en darse cuenta de que, si llamaba al nuevo inquilino y le hablaba de escondites secretos y diarios, sería muy tentador para él, como para cualquiera, el resistir la curiosidad de leerlos… Solo pensar en esa posibilidad le daba escalofríos.

Por tanto lo que hizo fue llamar para intentar concertar una cita con Luke Kirwan, del que ya había averiguado que era profesor de Física en la universidad. Pondría cualquier excusa para poder reunirse con él en su casa y, una vez allí, se lo explicaría todo y le pediría que la dejase subir a su habitación para recuperar los diarios ella misma.

El problema surgió cuando Aurora descubrió que el profesor Kirwan nunca contestaba personalmente a sus llamadas cuando estaba en casa. La encargada de tal menester era una secretaria tremendamente eficiente que trabajaba muchísimas horas al día, el resto del tiempo había un contestador automático.

Aquella secretaria, que, según le había contado Bunny, era una especie de dragón que siempre estaba vigilándola, no tenía el menor interés en concertarle una cita con Luke Kirwan; decía que estaba demasiado ocupado, y que lo único que podía hacer era contarle a ella su caso.

Después de dudarlo durante algún tiempo, Aurora le explicó que era la hija del antiguo dueño, que había estado fuera cuando su padre había vendido la casa y que le gustaría pasarse por allí para comprobar que no se había dejado nada.

–Le puedo asegurar que no –respondió la señorita Dragón Hillier con extrema frialdad–. Yo misma inspeccioné la casa de arriba abajo y puede estar segura de que aquí no hay nada suyo. Buenos días –dijo y acto seguido colgó el teléfono.

Aurora había hecho lo mismo respirando con furia. Enseguida se obligó a calmarse y a trazar un plan alternativo. ¡Claro! Sencillamente iría allí fuera de las horas de oficina y encontraría al profesor sin la presencia del dragón protector. Pero, después de cinco intentos, llegó a la conclusión de que el señor Kirwan era demasiado escurridizo; fue entonces cuando le empezó a rondar la cabeza otra idea.

–¿Qué aspecto tiene? –le había preguntado a Bunny por teléfono. En un primer momento se le ocurrió la posibilidad de pedirle a Bunny que recuperara ella sus diarios, pero la descartó inmediatamente porque no quería que se arriesgara a perder su empleo, especialmente con la señorita Hillier siempre a sus espaldas. Sin embargo, unas cuantas preguntas no podían hacerle ningún daño.

–No lo sé, nunca lo he visto, solo he tratado con el dragón, fue ella la que me contrató por recomendación de tu padre –le contestó Bunny–. Cuando yo llego a trabajar, él ya se ha ido y, por lo que yo sé, no aparece por casa en todo el día. Solo llevo trabajando para él un par de semanas, pero tengo la sensación de que es un desastre. El dragón es tremendamente exigente y estoy segura de que es porque él le ha dicho que lo sea.

–¿Ha hecho algún cambio en la casa? –preguntó Aurora dubitativa–. ¿Tiene mujer o…?

–No, es soltero. La verdad es que no comprendo para qué quiere una casa tan grande, ni siquiera tiene perro, solo hay un gato. En cuanto a los cambios, no ha hecho ninguno, pero he oído a la señorita Hillier hablar de que quiere cerrar las chimeneas de los dormitorios, esas que tu padre decía que no merecía la pena encender con un clima como el de Brisbane.

Aurora estuvo a punto de caerse redonda.

–Ya –respondió intentando ocultar su sorpresa.

–¿Estás bien, cariño? –le preguntó Bunny, pero continuó hablando sin esperar a que ella respondiera–. La verdad es que debo admitir que la casa está preciosa, la ha decorado con muchas antigüedades que enseguida se llenan de polvo. Lo normal sería que al menos tuviera un perro para guardar todo aquello, especialmente con todo el tiempo que pasa la casa vacía. Por ejemplo, he oído que el fin de semana próximo se va a Perth, sale el viernes y no vuelve hasta el lunes por la mañana, y ni siquiera han cambiado las cerraduras, como suele hacer cualquier nuevo inquilino. En realidad, es bastante difícil entrar en esta vieja casa.

–Sí –asintió Aurora pensando en otra cosa. Dejó que Bunny siguiera explicándole cosas un par de minutos más antes de terminar la conversación. Después estuvo desempaquetando algunas de las cajas que la antigua ama de llaves había preparado con toda su ropa y otras pertenencias; entre ellas encontró una llave de la puerta trasera de la casa, que guardaba escondida en un pequeño compartimento de una de sus maletas…

Volvió al presente con un suspiro. Quizás no habría llegado a hacerlo si la siguiente vez que llamó, la señorita Hillier no le hubiera

dicho en tono cortante que el señor Kirwan estaba más ocupado que nunca y que por favor dejara de molestarlos. Además, algo en el tono de aquella mujer tan desagradable le dio la sensación a Aurora de que le estaba insinuando que debería estar avergonzada por su comportamiento; y fue esa insinuación la que hizo que sus ánimos se calentaran aún más y se decidiera a actuar por sí misma.

Se preguntaba qué debía hacer. ¿Habrían asociado el profesor y su secretaria sus visitas con la intromisión en la casa? ¿Debía ir allí y confesarlo todo?

Justo en el momento en el que Aurora se estaba planteando aquella posibilidad sonó el teléfono. Era Bunny con muchas noticias que darle. Por mucho que le costara creerlo, habían robado en casa del profesor. Lo que había ocurrido era que el señor Kirwan había regresado de Perth antes de lo previsto debido a un virus que lo había dejado muy débil e incapaz de continuar con su viaje; así que, al llegar a casa, se había ido directamente a la cama y no se había despertado hasta eso de medianoche, cuando se levantó a beber agua. Algo atontado por la fiebre, había salido al pasillo y, antes de dar con el interruptor de la luz, había notado una débil luz que venía del piso de abajo; totalmente sorprendido vio cómo la persona que llevaba esa luz se dirigía hacia él. Como no se sentía con fuerzas para plantarle cara al ladrón, lo único que hizo fue quedarse allí paralizado hasta que aquella misteriosa figura se había echado literalmente entre sus brazos y, en un forcejeo, lo había tirado al suelo.

–¡No me digas! –comentó Aurora sin demasiado entusiasmo–. ¿Está… está bien? ¿Le han robado algo? –se obligó a añadir.

–No, no le han robado nada, pero seguro que fue porque sorprendió al ladrón. Sigue en la cama pero por el virus que ha pillado. Además –continuó Bunny con una risilla–, resulta que al llegar a casa se encontraba tan mal, que se dejó la puerta entreabierta y eso, según la policía, era como una invitación para cualquier ladrón.

–¡Qué… extraño!

–¡Ya se sabe lo que dicen de los profesores despistados! –bromeó Bunny.

–Y… ¿qué va a hacer la policía?

–Bueno, cariño, parece ser que ha habido unos cuantos robos en la zona, ya sospechaban de una banda y todo parece indicar que han sido ellos. Lo malo es que no parecían muy optimistas ante la probabilidad de detenerlos. La tormenta rompió tres ventanas y dejó el jardín hecho un desastre, lo que hace muy difícil encontrar alguna prueba.

Aurora respiró aliviada mientras Bunny seguía contándole con alegría que le habían dado el día libre. Cuando por fin colgó, pensó en la suerte que había tenido de haber podido escapar; y prometió no

volver a hacer semejante tontería en toda su vida. Pero seguía estando el problema de los diarios…

Tardó una semana en decidir que lo único que podía hacer era ir a ver al profesor y contárselo todo, y resignarse a que o él o la señorita Hillier los leyeran antes de devolvérselos, o bien resignarse a perderlos para siempre tras un muro de ladrillos. Eso si el albañil que iba a hacer la obra no los encontraba.

De repente apareció algo como caído del cielo. Neil Baker, el director de su programa, le preguntó si quería ir con él a la fiesta de inauguración de una casa. Había conocido a Neil en el extranjero y juntos se habían reído de las coincidencias de la vida cuando coincidieron en la radio, pero nunca había habido nada romántico entre ellos.

–No te habrás quedado sin novia, ¿no? –le preguntó Aurora bromeando. Neil sonrió y tuvo que confesar que era eso exactamente lo que ocurría, y le habían dicho que llevara acompañante a la fiesta, en la cual iba a estar también su ex novia.

–De acuerdo, me hago a la idea –se rio Aurora–. ¿Dónde y cuándo?

–En la nueva casa de Luke Kirwan, sé que es en la colina. ¿Lo conoces?

Aurora tuvo que ponerse a toser para ocultar la sorpresa inicial.

–No, supongo que tú sí, ¿verdad?

–Sí, fui con él a la universidad. ¿Quieres venir? Es el viernes por la noche, yo me encargo del regalo.

–Yo… de acuerdo.

Lo importante era no parecer una ladrona, pensó Aurora mientras echaba un vistazo a su armario tratando de decidir qué se iba a poner.

Claro que sería mejor si se pusiera enferma de pronto y pudiera poner una excusa para no ir a la fiesta, pero…

Sacudió la melena larga y rubia y se llevó la mano a los labios. ¿Quién se creían que eran ese profesor y su fiera secretaria? Ellos no habían sido amables en absoluto y, si creían que podían asustarla tan fácilmente, estaban muy equivocados. Iba a ir a aquella fiesta y, si se le presentaba la más mínima oportunidad, recuperaría sus diarios.

Eligió un conjunto que se había comprado en España, era una falda larga de vuelo, con flores rosas sobre un fondo oscuro y una blusa blanca. Se puso una gardenia rosa de mentira en el pelo y observó el resultado en el espejo.

Su rostro era casi de muchacho, pero la melena y los maravillosos ojos verdes, que resaltaban aún más con el maquillaje, le daban un aspecto femenino y sensual. Medía apenas un metro sesenta, tenía un cuerpo delicado y con muy buena figura.

Sonrió al ver la imagen que le devolvía el espejo, al tiempo que se remangaba la falda y alzaba los brazos, como si estuviera bailando flamenco. Le encantaba aquel conjunto y siempre había creído que le quedaba muy bien, era una especie de celebración de su femineidad.

Bajó los brazos de pronto y pensó que quizás no era esa la idea que le convenía que Kirwan tuviera de ella. A lo mejor debía vestirse de un modo más recatado. Pero justo en ese momento se oyó el timbre de la puerta, ya no tenía tiempo para cambiar de opinión.

–¡Guau! –Neil Baker la miró impresionado–. Estás despampanante, Aurora.

–Gracias –dijo ella entrando en el coche y colocando el bolso en el suelo. Ocupaba un poco más de lo normal porque había metido una bolsa, un trozo de cuerda, así como un pintalabios, un cepillo y un pañuelo–. Cuéntame algo más sobre tu amigo.

–Es un tipo muy inteligente, y muy buena persona. Corría el rumor de que una chica llamada Leonie y él estaban a punto de casarse. A lo mejor resulta que van a anunciar el compromiso por sorpresa en la fiesta. La verdad es que, si no es así, no entiendo para qué necesita una casa tan grande. Su familia tiene mucho dinero… ¡Ya estamos aquí!

Al salir del coche, Aurora se quedó observando su antigua casa con la boca abierta; estaba iluminada de un modo diferente que le daba un aspecto grandioso. Estuvo a punto de contarle a Neil que aquella casa no le resultaba nada extraña y de explicarle el motivo, por si acaso se encontraban con alguien que la conociera; pero se le pasó el momento pensando si debía hacerlo o no. Luego observó la cantidad de gente que estaba entrando en la casa y se dio cuenta de que ella no sería más que una invitada más. De todos modos había decidido evitar al anfitrión tanto como le fuera posible.

Lo que sí hizo nada más entrar fue pedirle a Neil que le señalara a Luke Kirwan, como medida de precaución.

Neil miró a su alrededor, había mucha gente brindando con champán, otros comiendo algo; estaba claro que habían contratado una empresa de catering.

–¡Ahí está! Al lado del piano. Si no te importa, creo que esperaré a no tener que luchar con tanta gente para presentártelo, ¿te parece bien?

–¡Claro! –contestó ella con demasiado entusiasmo mientras que, entre la multitud, veía al hombre que había al lado del piano, en realidad había dos, pero uno de ellos encajaba a la perfección con la típica imagen de profesor despistado: era bajito, con gafas bastante gruesas, llevaba puesto un traje de tweed ancho y una pipa en la

mano. Estaba claro que ese debía de ser el profesor Luke Kirwan. No era nada extraño que hubiera contratado a alguien como la señorita Hillier para que le organizara todos sus asuntos, ya que él tenía aspecto de sabio desastroso.

No eran esas para nada las características del hombre que se encontraba a su lado, más bien era todo lo contrario, pensaba Aurora mientras que, por alguna razón, recordó los brazos nada amenazadores con los que se había encontrado aquella noche en lo alto de la escalera.

El otro hombre que había al lado del piano podía ser descrito como alguien sencillamente deslumbrante. Era alto, con el pelo oscuro peinado hacia atrás, piel suave y pómulos marcados, que le daban aspecto serio y daban a entender que aquel era un hombre con el que no se debía jugar. Tenía unos ojos oscuros y grandes que estaban observando con aburrimiento a la gente que lo rodeaba.

Llevaba una americana informal, unos vaqueros y una camisa azul oscura. En ese momento, se puso recto para echar un vistazo a los invitados y Aurora se dio cuenta de que era aún más alto de lo que le había parecido en un primer momento y se encontró inmersa en los más fantasiosos pensamientos. ¿Sería posible que hubiera un hombre de verdad entre toda esa gente? ¿A qué se dedicaría? A lo mejor era un pirata disfrazado, un moderno James Bond más guapo y peligroso que cualquiera de los anteriores.

Fue entonces cuando una sonrisa se dibujó en el rostro de Aurora y cayó en la cuenta de que era precisamente esa irreprimible fantasía lo que hacía tan insoportable la idea de que alguien pudiera leer sus diarios.

Durante las siguientes dos horas, la fiesta continuó llena de algarabía y diversión. No había visto a Neil desde hacía tiempo, y él todavía no había conseguido encontrar el momento para presentarle al señor Kirwan por la sencilla razón de que, cada vez que su ex novia y él se miraban, acababan pegados como si tuvieran un imán que los atrajera el uno al otro.

–Olvídate de mí, Neil –le había sugerido Aurora cuando este la había abandonado para hablar con su ex novia–. Si las miradas mataran, yo ya estaría muerta y enterrada, lo que quiere decir que todavía le interesas, así que, ¡a por ella! Yo puedo cuidarme sola.

Neil había puesto un gesto de rabia pero, segundos después, había desaparecido.

Aurora se encogió de hombros dándose cuenta de que ahora estaba sola y eso hacía las cosas bastante más fáciles. Ya podía poner en marcha su plan; tenía que ir al piso de arriba sin llamar la atención,

quizás buscando un cuarto de baño, pero lo que en realidad iba a hacer era colarse en su antiguo dormitorio para recuperar sus diarios, después de eso podría largarse de la fiesta cuando quisiera.

Antes de llevar a cabo nada de eso, salió un momento a la terraza para tomarse una copa observando la vista que tan bien conocía y que tanto amaba: el puerto deportivo de Manly, con todos sus carísimos yates. Justo en el momento en el que pisó la terraza sonó una canción muy popular y todos los que allí estaban entraron a bailar.

Estaba pensando que aquella era una fiesta mucho más animada de lo que cabría esperar de un profesor cuando oyó una voz a sus espaldas.

–¿Me concede este baile, señorita?

Por algún motivo se le puso de punta el vello de la nuca al tiempo que se daba la vuelta, entonces se dio cuenta de por qué: era el hombre que había visto junto al piano, al lado del profesor.

Tomó aire antes de hablar.

–Ah, es usted.

Él levantó una ceja sorprendido.

–¿Me estaba esperando?

–En absoluto –contestó sonriendo–. Pero he tenido la sensación de que nada en esta fiesta le interesaba lo más mínimo.

Aquel hombre hizo un gesto algo burlón.

–¿Y cuándo le ha dado esa impresión?

Aurora agitó la cabeza y decidió que, ya que había descubierto que lo había estado observando, lo mejor era ser sincera.

–Cuando estaba apoyado en el piano con cara de aburrimiento.

–Eso ha debido de ser antes de que la viera a usted –dijo él y de pronto frunció el ceño–. ¿Está sola?

–Ahora mismo sí, aunque no he venido sola –respondió con ironía–. Mi acompañante se encontró con su ex novia y han desaparecido. No sé si se han reconciliado o se están arrancando la piel a tiras, pero estaba claro que algo importante estaba sucediendo entre ellos, así que he decidido retirarme antes de salir mal parada.

–¿Entonces no era el amor de su vida?

–No. Solo lo acompañé porque acababan de romper.

–Ese hombre debe de estar mal de la cabeza. ¿Quiere usted bailar? Sería una pena que no aprovechara ese maravilloso conjunto que lleva puesto –dijo observándola de arriba a abajo.

–Eso es lo que pienso siempre que me lo pongo –contestó Aurora con sencillez, aunque era consciente de que había algo que le estaba haciendo unas tremendas cosquillas por dentro. Estaba segura de que estaba desprendiendo la sensualidad que le provocaba aquel vestido, y aquel desconocido lo había percibido… En otras palabras, había sido un error ponérselo. ¿Pero cómo iba a saber ella que iba a conocer a un

hombre capaz de notar algo así cuando los demás no lo hacían?

También se descubrió a sí misma pensando que aquel desconocido era pura dinamita, así que más le valía tomar ciertas precauciones antes de adentrarse en el jardín con él…

Ya estaba otra vez con las fantasías. De todos modos, no estaba de más que tuviera cuidado.

–Pero no voy a bailar flamenco –continuó con el tono burlón.

–¿Sabrías hacerlo?

–Me dieron algunas clases en España hace unos meses.

–Estoy seguro de que lo haría de maravilla, ¿señorita…?

Pero Aurora, que tenía el corazón a punto de salírsele del pecho y no solo por la manera en la que él la miraba, sino por todo él, se acordó de que debía tener cuidado.

–Preferiría permanecer en el anonimato por ahora –dijo con enorme suavidad y el misterio reflejado en la voz–. Si no me pisa mientras bailamos, quizás me lo piense, pero no le prometo nada.

Aquel hombre no respondió, simplemente inclinó la cabeza y la rodeó con sus brazos al tiempo que se balanceaba al ritmo de la música. Entonces se detuvo y la observó unos segundos, luego la llevó hacia donde estaban bailando el resto de los invitados.

Aurora también siguió bailando de forma mecánica por muchas razones. Estaba empeñada en no dejarse impresionar por aquel desconocido con tanta facilidad y tan de repente, pero también porque estaba teniendo una fuerte sensación de haber vivido ya aquel momento. ¿Por qué? Estaba completamente segura de que era la primera vez que veía a aquel hombre, de otro modo no habría podido olvidarlo tan sencillamente, por tanto debía de ser por estar de nuevo en la terraza de su antigua casa, aunque esa razón no la convencía.

–¿Acaso la he molestado en algo, señorita Anónima? ¿Quizás el olor corporal o el mal aliento? –bromeó él mientras observaba el ceño fruncido de Aurora.

Abrió los ojos de par en par antes de contestar.

–Ah… no, no ¡en absoluto! De hecho huele muy bien. Odio los perfumes fuertes.

–Sí, yo también. Usted también lleva una colonia muy delicada, huele a flores.

–¡Gracias! Está muy bien, ¿verdad? La preparó especialmente para mí un amigo que se dedica a esto.

–Entonces… ¿es un olor exclusivamente suyo? –en sus ojos había un extraño brillo cuando pronunció la pregunta.

–Sí, ¿le molesta?

–No, ¿debería?

–No sé, es que parece usted algo… desconfiado con mi perfume.

Él la miró sonriente.

–No, creo que la hace muy especial –diciendo eso la alejó un poco de él y la observó antes de quedarse mirándola a los ojos fijamente–. ¿Hay alguien en su vida cuando no está ayudando a sus amigos a recuperar a sus parejas?

Aurora se volvió a acercar y comenzó a bailar de nuevo.

–No creo que nos conozcamos lo suficiente para hablar de eso. A no ser que quiera empezar usted hablándome de su vida sentimental –insinuó ella con tono inocente.

–Pues lo cierto es que en estos momentos estoy… completamente libre.

–Y al acecho, ¿no?

–¿Qué le hace pensar eso?

–Quizás porque estoy notando ciertas vibraciones sobre usted –explicó ingenuamente–. De hecho, nada más ponernos a bailar me he advertido a mí misma de que debía tener cuidado de no bajar al jardín con usted.

Se echó a reír y, a pesar de sus intentos para no dejarse impresionar, lo cierto era que había algo en él que cortaba la respiración. En su risa había una vitalidad que provocaba deseos de reír también, se sentían ganas de conocer mejor a ese hombre que podía parecer tan aburrido y, al momento siguiente, responder con tanto entusiasmo a un comentario. Aurora estaba totalmente fascinada.

–Hasta el momento, nunca he recurrido a llevarme a una chica al jardín. Sin embargo lo contrario no sería tan extraño.

Ella parpadeó sorprendida.

–¿Suelen llevarlo las mujeres al jardín contra su voluntad?

–A veces.

Continuaron bailando en silencio unos segundos, durante los cuales Aurora trató de asimilar sus palabras. No estaba del todo segura de si estaba hablando en serio, aunque no resultaba difícil imaginárselo causando estragos entre la población femenina.

–¿Qué edad tiene? –dijo ella por fin.

Por un momento pareció algo contrariado.

–Treinta y siete, ¿por qué?

–Entonces ya va siendo hora de que se busque una esposa –aconsejó sonriendo–. No solo para que lo haga ir por el buen camino, sino para que evite que el resto de las mujeres se pongan en evidencia tratando de conquistarlo.

–¿Se está presentando usted como candidata? –le dijo con expresión provocadora.

–Nada más lejos de mi intención –respondió Aurora de inmediato–. Todavía tengo planeado divertirme y vivir muchas aventuras antes de embarcarme en el matrimonio y la maternidad.

–¿Y cree que las cosas salen de acuerdo con los planes?
–A mí sí, al menos hasta el momento.
–¡Qué suerte! –comentó antes de volver a quedarse en silencio.
Aurora no tardó demasiado en darse cuenta de que mantenerse imperturbable con aquel hombre era mucho más fácil de decir que de hacer. Bailaba muy bien, agarrándola con suavidad y sin acercarse tanto que resultara inapropiado. De hecho, era un acompañante bastante correcto… claro que también podía estar fingiendo.
Lo cierto era que había un extraño brillo en sus ojos, casi como si fuera consciente de lo bien que bailaba y de lo respetuoso que era en situaciones como aquella.
–¿En qué piensa? –murmuró de pronto con increíble suavidad mientras su oscura mirada se detenía en el rostro sonrojado de Aurora.
–Eso es algo que solo yo debo saber, usted tendrá que imaginar –respondió ella, arrepintiéndose inmediatamente por dar la sensación de estar a la defensiva.
–Entonces, le diré en qué estaba pensando yo, señorita Anónima. Pensaba que bailamos tan bien juntos –comenzó a decir en un tono de voz casi inaudible–, que deberíamos practicar otras actividades que seguro que nos saldrían igual de bien.
Aurora tomó aire al tiempo que notaba que le empezaban a arder las mejillas y no pudo contenerse de contestar antes de aplacar la rabia que estaba sintiendo.
–Debo avisarlo de que no suelo quitarme la ropa nada más conocer a alguien.
El desconocido aprovechó la oportunidad para estudiar su cuerpo detenidamente.
–Pues es una pena. Claro que aquí provocaría un auténtico revuelo, ¿no cree?
–Creo que no era eso exactamente lo que quería decir –empezó a decir Aurora, a lo que él respondió con una suave risa.
–Creo que no. Eso sería precipitar un poco las cosas.
–Fue usted quien empezó –le recordó ella tratando de parecer fría y tranquila, a pesar de que por dentro se estaba dando de puñetazos a sí misma.
–Es posible, pero yo estaba pensando en continuar con el placer que supone bailar juntos –entonces hizo una pausa y se quedó mirándola hasta que ella retiró la mirada azorada–, pero sin que eso significara tener que desnudarnos.
Sus palabras provocaron que Aurora perdiera el ritmo, pero él reaccionó con rapidez y, de un modo casi imperceptible, consiguió que retomara el compás.
Aquello era imposible. Ella no solía ser una mujer fácilmente impresionable, no era demasiado ingenua, pero tenía la sensación de

que, de alguna manera, aquel hombre había conseguido traspasar todas sus barreras con esa mezcla de miradas misteriosas, su aire de arrogancia y la forma tremendamente educada de tratarla. Todo eso la estaba haciendo imaginarse cómo sería estar con él en un lugar más privado. Incluso pensó qué ocurriría en tal situación, ¿le permitiría que la besara? Porque eso parecía ser lo que él tenía en mente. ¿Sería ella capaz de resistirse si lo hacía tan bien como bailaba?

Se quedó quieta repentinamente y le lanzó una mirada letal.

–Bueno, ya se ha divertido un rato, creo que ahora debería marcharme.

–¿Por qué? ¿No había dicho que todavía le quedaban mucha diversión y muchas aventuras que vivir? –su mirada se quedó clavada en la curva que dibujaban sus pechos por encima de la blusa, luego la miró a los ojos con una mezcla de burla e ironía.

Aurora apretó los labios e intentó controlarse. Ya era más que suficiente. Había ido hasta allí con un propósito y desde luego no iba a dejar que aquel tipo se lo impidiera, por muy atractivo que fuera. Justo en ese momento se detuvo la música y le dio la oportunidad perfecta para escapar de allí.

–¿Hablaba de diversión? Veamos si de verdad sabe bailar –lo desafió mientras se separaba de él y comenzaba a bailar con total maestría al ritmo del twist que estaba sonando.

Cuando terminó la canción, él le tomó la mano.

–Bueno, ¿cree que ya tengo derecho a saber su nombre?

–Verá, si me consigue una copa grande y fría mientras yo voy al servicio… ¿quién sabe? –diciendo esas palabras se metió entre la multitud y enseguida notó que otra mujer había comenzado a hablar con él.

Sin pensar en ello por más tiempo, recogió su bolso y echó un vistazo a la escalera y, al ver que no había nadie por allí, se coló al piso de arriba. Nadie sabía mejor que ella que en el piso de abajo había un cuarto de baño destinado a situaciones como aquella, pero alguien que no conociera la casa podría haber ido a buscarlo al piso de arriba de la forma más natural, ¿no?

En un abrir y cerrar de ojos se metió en su antiguo dormitorio, que se encontraba en la más completa oscuridad pero ella podía moverse por allí sin necesidad de ninguna luz. A tientas encontró la cama, la mesilla de noche y, cuando tenía la mano en la lamparita, se abrió la puerta y alguien encendió la luz. Totalmente helada, se dio media vuelta para encontrarse con el hombre con el que acababa de estar bailando.

–Vaya –murmuró con suavidad pero con un tono claramente peligroso, mientras cerraba la puerta detrás de él–, parece que llevaba razón.

–Yo… yo –tartamudeó Aurora–… estaba buscando el servicio. Es que no encontraba la luz.

–¿Otra vez? –sonrió con tristeza–. Lo que me sorprende es que esta vez no se haya traído la linterna, señorita España.

Aurora parpadeó intentando encontrar algo que decir.

–No… no sé a qué se refiere –dio un paso hacia atrás al tiempo que él se iba acercando a ella para sentarse en la cama–. Tampoco entiendo qué está haciendo usted aquí, por favor váyase y ya encontraré el baño yo sola.

–Deme una buena razón para no decirme su nombre.

Respiró hondo y decidió que cuanto menos se alejara de la verdad, mejor. Hizo un gesto de orgullo con la cabeza.

–No me gusta dejarme impresionar por un hombre la primera vez que lo veo.

–¿Por eso no se permite sentirse atraída hacia él incluso aunque ya haya ocurrido? –sugirió provocativamente.

¡Vaya! Parecía que aquello no había sido tan buena idea. Aurora se había quedado sin palabras, así que lo único que hizo fue encogerse de hombros.

–Además, esta noche era la segunda vez que nos veíamos, ¿no es así? –preguntó él arrastrando las palabras–. ¿Acaso ha olvidado nuestro encuentro en lo alto de la escalera la última vez que se coló en mi casa?

Se acababa de quedar boquiabierta y con los ojos abiertos de par en par.

–¡Su casa! ¿Quién… quién es usted?

–Luke Kirwan –contestó y, en aquel momento, pareció volverse más alto y más fuerte y mucho más peligroso–. Y no va a salir de aquí hasta que me diga qué es lo que tiene tanto empeño en robarme.

Capítulo 2

ES imposible! –exclamó Aurora completamente atónita.

Él la estudió detenidamente antes de volver a pronunciar una palabra.

–Créeme, soy Luke Kirwan. Y esta es mi casa.

–Pero… pero… ¿entonces quién es el otro? –preguntó tartamudeando.

–¿Qué otro?

–El hombre con el que estaba al lado del piano, el hombre con pinta de prof… –se mordió los labios al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Luke Kirwan arrugó el entrecejo intentando concentrarse, entonces aquella expresión fue sustituida por una de auténtica diversión.

–¿Jack Barnard? Es mi abogado pero, ¿qué tiene él que ver con todo esto? –le preguntó con frialdad.

Aurora tragó saliva y cerró los ojos apesadumbrada al caer en la cuenta de la facilidad con la que juzgaba a la gente por su aspecto; pero también entendía ahora la sensación de haber vivido ya la situación nada más encontrarse entre los brazos de aquel hombre. Ya había estado entre los brazos de Luke Kirwan, pero no podía recordarlo porque ella no era consciente de ello.

De pronto se le ocurrió que, si lo único que él tenía para demostrarlo era esa sensación de *déjà vu*, llevaba todas las de perder…

–Creo que sé lo que está pensando, preciosa –adivinó él interrumpiendo sus pensamientos–. ¿Cómo sé que era usted la persona con la que me encontré aquella noche? Se lo diré. Era la misma estatura, la misma figura, la misma… –hizo una pausa y la miró algo triste–… agilidad pero, sobre todo, el mismo inconfundible y exclusivo perfume, como usted misma me dijo –añadió con un brillo malévolo en los ojos.

Aurora se mordió la lengua para no decir que, para haber estado adormilado por los efectos de un virus, se acordaba de un montón de cosas sobre ella. Estaba claro que nadie lo creería.

Pero antes de que pudiera decir nada, él volvió a hablar, y lo hizo en un tono tremendamente amenazador que hizo que Aurora se pusiese a temblar.

–Y encontrarla aquí, merodeando por mi dormitorio cuando hay un baño perfectamente visible en el piso de abajo, dará credibilidad a mi

teoría, ¿no cree?

Tuvo que echar un vistazo a su alrededor para darse cuenta de que aquella era la habitación de Kirwan, no se le había ocurrido pensar que podía no estar utilizando el dormitorio principal. Ahora le parecía obvio que su antiguo cuarto estaba amueblado y decorado con un claro estilo masculino.

–Me gusta más la vista que hay desde esta habitación –le informó él como si pudiera leer sus pensamientos.

–Verá, señor Kirwan –comenzó a decir después de recapacitar durante unos segundos–. Siento mucho haber entrado en su dormitorio por error, pero creo que se equivoca. No encontré el baño de abajo, así que no debe de estar tan a la vista. Y, en cuanto a todo lo demás, sea lo que sea… –alzó la mirada y lo observó llena de seguridad–, estaré encantada de olvidarlo todo si es usted tan amable de indicarme dónde hay un cuarto de baño. Incluso me marcharé de su fiesta, dado que tiene usted tantas sospechas sobre mí. En realidad, no hay nada aquí que me impulse a quedarme –concluyó orgullosa.

Kirwan se echó a reír con suavidad.

–¿Sabe que es una actriz bastante buena? Pero la única manera que tiene de salir de aquí es decirme quién es y por qué está aquí.

–¡Ya se lo he dicho! –lo interrumpió impaciente.

–Sí, ya me lo ha dicho, pero no me lo creo –se quedó mirándola con tal intensidad, que Aurora tuvo la sensación de que su cuerpo estaba a punto de arder bajo aquella penetrante mirada–. No sé, a lo mejor es usted una de mis estudiantes que ha trazado un plan para conseguir despistar a mi secretaria.

Se quedó con la boca abierta al oír tal hipótesis.

–¡No tengo la menor idea de lo que está hablando!

–¿No? ¿Nunca ha oído hablar de ese tipo de estudiantes? Pues, créame, existen y parece que esa es su única razón para estar en la universidad –explicó con desdén.

De pronto muchas cosas resultaban más claras, incluyendo los modales de su secretaria y por qué nunca contestaba él al teléfono directamente, pero la sorpresa la dejó sin palabras, lo que le dio oportunidad para seguir hablando con mordaz ironía.

–Dios sabe el maquiavélico plan que la trajo hasta aquí la otra noche… quizás estaba buscando algo con lo que chantajearme para que me acostara con usted. Su comportamiento de esta noche no deja lugar a dudas, me ha estado rechazando, haciéndose la remilgada y negándose a decirme su nombre, haciéndose pasar por la invitada misteriosa.

Oír aquella degradante descripción de sí misma hizo que Aurora perdiera los nervios.

–Bueno, ya está bien. ¿Me deja salir de aquí o me pongo a gritar?

–Grite, grite –sugirió él con total tranquilidad–. Lo único que conseguirá es que llame a la policía.

–¿Qué?

–Sí, pero hay una alternativa. La voy a dejar aquí unos minutos para que pueda recapacitar, cuando vuelva, o me dice la verdad, o aviso a la policía.

–¡Está muy equivocado si piensa que voy a quedarme aquí!

–No, porque tengo la intención de cerrar la habitación desde fuera.

Aurora se lanzó hacia él con la intención de arañarlo, pero se encontró paralizada por unos brazos fuertes como el acero.

–¡Suélteme!

–¡Preferiría dejar suelta a una tigresa! Además, tengo otro asunto que resolver con usted, señorita España, veamos si besa tan bien como baila.

–Nunca beso a nadie en estas circunstancias, sin embargo sí que podría morderlo –advirtió entre dientes.

–¿En qué circunstancias besa usted entonces? –preguntó él con sonrisa malévola.

–Cuando estoy enamorada o, al menos camino de estarlo, como cualquier otra mujer –respondió altiva–. Y eso es lo último que podría imaginar estando con usted. Por una parte, usted es demasiado viejo para mí, y por otra, la mera idea de tener que hacerlo bajo presión me quita las ganas –aquellos bellos ojos verdes estaban llenos de desafiante orgullo.

–De acuerdo –accedió él soltándole las manos pero agarrándola por la cintura–. Si dejo de presionarla, ¿me promete que mantendrá sus uñas alejadas de mí?

–¡Yo no le prometo nada!

–Entonces –en su rostro había una divertida expresión de provocación–… ¿Por qué no me demuestra que soy demasiado viejo para usted?

–Debe de pensar que sigo siendo una cría ingenua si cree que voy a caer en algo así.

–Todo lo contrario. Antes de pillarla fisgoneando en mi dormitorio, pensaba que era una mujer muy bella –dijo observándola de nuevo y deteniéndose en cada palmo de su cuerpo.

Aurora se quedó con la boca abierta y, antes de que tuviera tiempo de protestar, él la estaba estrechando entre sus brazos. Intentó decir algo pero, una vez más, el poder de Luke Kirwan la había dejado indefensa. Estaba claro que esos doce años de diferencia no iban a conseguir que dejara de sentir lo que estaba sintiendo.

Para empeorar las cosas, por la media sonrisa que se había dibujado en su rostro, Aurora supo con total seguridad que Kirwan podía leer sus pensamientos con la misma facilidad con la que leía un

libro abierto.

–Mire –empezó a decir titubeante–. Esto es una locura, no puede sencillamente…

–Puedo, y lo voy a hacer, así es que no malgaste las palabras –le recomendó con suavidad–. ¿No me diga que no siente ni un poquito de curiosidad?

Al ver que ella estaba a punto de contestar, le tapó la boca con la mano. Aquello desató una oleada de maravillosas sensaciones en Aurora… y no solo físicas. Era consciente de que parte de la poderosa atracción que sentía por aquel hombre se debía a que sabía que estaba jugando con fuego. Era imposible permanecer imperturbable ante aquello.

Luke Kirwan aprovechó su confusión, le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo.

–Tengo la sensación de que, además de guapa e inteligente, mi pequeña ladrona debe de ser deliciosa. Veamos –dijo inclinando la cabeza para hacer que sus bocas se rozaran. Al notar el contacto de sus labios, Aurora sintió un fuerte estremecimiento–. Efectivamente, suave como una rosa–. Y empezó a besarla de verdad.

Aquello era una locura porque, con sus delicados besos, estaba haciendo que de verdad se sintiera suave como una rosa, pero no solo eso. Se encontraba tan bien en sus brazos que no podía quedarse impasible. ¿Cómo lo hacía?, pensaba Aurora maravillada mientras él empezaba a besarle el cuello con la delicadeza de una pluma. Y, tratando de ser más fuerte que toda aquella avalancha de sensaciones, consiguió responderse; estaba claro que aquel no era un beso fortuito que había conseguido robarle, él era más inteligente que todo eso.

Por la forma en la que se movían sus labios y por cómo paseaba las manos por su cuerpo, era obvio que escondía un gran maestría.

Su altura, sus hombros anchos, los hoyitos que dibujaba su rostro y que Aurora se moría de ganas de acariciar… ¡Dios!

De alguna manera Aurora consiguió no emitir tal exclamación en voz alta cuando Kirwan dejó de besarla.

–¿Y bien? –preguntó él alejándose un poco de ella para poder observarla con una mirada maliciosa y cautivadora.

Tuvo que respirar hondo y retirarse el pelo de la cara antes de poder contestar algo con un mínimo de sentido.

–Me he quedado sin palabras –dijo en un susurro.

Él se quedó mirándola con una mezcla de entretenimiento y burla.

–Entonces te dejaré para que puedas pensar.

–¡No vas a dejarme aquí encerrada!

–Sí, sí voy a hacerlo, cariño. Por cierto, tienes un baño ahí mismo, no hace falta ni que salgas de la habitación –anunció señalando una puerta que daba al dormitorio–. No quiero que nadie diga que

maltrato a mis invitados, por mucho que sean ladronas, o acosadoras… porque estoy prácticamente seguro de que aquella noche tormentosa eras tú la que se coló en mi casa –y diciendo esto, se dio media vuelta y salió de la habitación, Aurora pudo oír el ruido de la llave al cerrarse.

–¡No puedo creerlo! –exclamó, después de lo cual se derrumbó encima de la cama hundiendo el rostro entre las manos, mientras lamentaba su mala suerte y pensaba en qué debía hacer a continuación. Después de unos segundos tuvo que admitir que no le quedaba más remedio que confesarlo todo, pero claro, eso supondría ir en contra de todos sus planes y correr el riesgo de que aquel hombre quisiera leer sus diarios…

Por fin, se levantó para ir al cuarto de baño, donde se lavó la cara y bebió un poco de agua. Al regresar al dormitorio, fue directamente a la chimenea. El ladrillo salió con facilidad; allí estaban sus diarios todavía. Los puso en la bolsa de plástico que había llevado para tal propósito, y todo ello lo metió en su bolso. Apagó la luz y se asomó a la ventana que, si bien no estaba a demasiada altura, era imposible utilizar como salida por las rejas.

Se quedó pensativa durante varios minutos, observando todo lo que había a su alrededor… nada, no se oía ni un solo ruido, ni el más mínimo movimiento. La ventana de su antiguo dormitorio no estaba justo encima de ninguna de las del piso de abajo, así que no había peligro de que nadie viera la bolsa caer si la colaba por las rejas. Eso es exactamente lo que hizo mientras contenía la respiración. Nada más terminar, volvió a encender la luz, se tumbó en la cama de Luke Kirwan y se puso a leer el libro que había sobre la mesita de noche. Ya había terminado el último capítulo cuando oyó que se abría la puerta. Aurora ni se inmutó al notar que él entraba en la habitación, simplemente se quedó mirándolo con seriedad.

Luke Kirwan la observó maravillado. Aquella muchacha era algo especial, aparte de sus cualidades obvias, estaba claro que tenía un ingenio y una energía contagiosa. Había estado indagando entre los invitados, pero no había conseguido dar con ninguna pista que lo ayudara a averiguar quién era. Su explicación de que había venido con alguien que la había abandonado por su ex novia parecía ser una invención más.

–Espero que esté cómoda… ¿o acaso es una invitación a que me una a usted después de lo que ha ocurrido antes? –preguntó con sarcasmo.

–Ni mucho menos –respondió Aurora inmediatamente al tiempo que cerraba el libro y se ponía en pie–. Fue idea suya dejarme aquí encerrada, no mía; así que pensé que lo mejor sería ponerme cómoda. Bueno, me llamo Aurora Templeton –dijo de pronto tendiéndole la

mano.

Kirwan cruzó la habitación para estrecharle la mano y, al hacerlo, le pareció percibir un cierto temblor en ella. Aquella era la única señal de nerviosismo que se podía apreciar, aparte de eso, lo miraba orgullosa con la cabeza bien alta.

–¿Por qué tendré la sensación de que esto no va a ser una sincera confesión provocada por la reflexión? –murmuró él con tristeza.

–Porque el único que tiene la culpa de algo aquí es usted, señor Kirwan. Bueno, usted y su secretaria, cuya excesiva preocupación por librarlo del acoso de las estudiantes ha ocasionado todo esto. Aunque lo cierto es que me resulta algo difícil de creer que un profesor tenga que llegar a esos extremos. Sea como sea, si hubiera podido ponerme en contacto con usted, no habría tenido que recurrir a esto.

–¿A robarme? –interrumpió él burlón.

–No, a recuperar mis pertenencias –aclaró con seriedad.

–Señorita Templeton, creo que va a tener que explicar las cosas con mayor claridad. Por cierto, ¿por qué me resulta tan familiar ese nombre?

–¿Por toda la cantidad de mensajes que le he dejado en el contestador y usted nunca se ha dignado a contestar? –sugirió Aurora con ironía–. Pero también puede ser porque fue a mi padre al que le compró esta casa. Este era mi dormitorio.

Luke Kirwan la miró estupefacto.

–Y este –continuó ella volviéndose hacia la chimenea–, era mi escondite secreto desde que lo descubrí a los doce años.

Kirwan se acercó y se asomó para ver la cavidad que había en el interior de la chimenea y que ahora se encontraba vacía.

–Ya veo.

–¡Bueno! –exclamó Aurora con energía–. Puede que usted no sepa que, cuando mi padre le vendió la casa, yo estaba en el extranjero…

–Yo ni siquiera sabía que Ambrose Templeton tuviera una hija.

–Me temo que sí, y puedo demostrárselo. Cuando regresé, yo no tenía la menor idea de que mi padre se hubiera deshecho de la casa y, solo unos días después, él se marchó a viajar por el mundo en su barco. Fue después de que él se hubiera marchado cuando yo me di cuenta de que en el escondite secreto había algo de vital importancia para mí.

–¿Y por qué no me lo dijo?

–Lo habría hecho si hubiera podido venir yo… para asegurarme de que nadie lo veía antes que yo.

–¿Qué era eso tan importante? ¿Un arcón con las joyas de la corona?

–Muy gracioso, señor Kirwan. Simplemente es algo que solo es importante para mí. Cuando me di cuenta de que era imposible

esquivar a su secretaria, por no hablar del modo en el que me trató, como si yo fuera una apestada, incluso después de explicarle quién era… recordé que todavía conservaba una llave de la puerta de la cocina, así que decidí arreglar las cosas por mí misma. ¿No habría hecho usted lo mismo? –preguntó con mucha más suavidad.

–Entonces… ¿no entró por la puerta principal?

–No tenía llave de la puerta principal –respondió con total sencillez–. Le había dejado a mi padre todas mis otras llaves. Es que, cuando era una adolescente, la puerta de la cocina era –se echó a reír algo avergonzada–… era mi forma preferida de entrar a casa cuando llegaba tarde.

Kirwan se quedó en silencio un buen rato, analizando lo que acababa de escuchar. De pronto le preguntó:

–¿Sabía que yo no iba a estar en casa esa noche?

Aurora se tomó su tiempo para contestar, sabía que, si no lo hacía bien, podía inculpar a Bunny.

–¿Ah, no? ¿Entonces por qué estaba aquí? Yo simplemente confié en no despertarlo y, créame, tengo cierta práctica en estas cosas, pero…

–Es cierto que no hizo nada de ruido –admitió él–. Yo volví a casa temprano porque estaba enfermo; me levanté para tomarme una aspirina, fue entonces cuando vi aquella extraña luz en el piso de abajo.

Aurora lo miró sonriendo.

–Parece que no tengo mucha suerte, ¿verdad?

Kirwan se quedó pensando unos segundos.

–Todavía hay algo que no me ha explicado. ¿Qué era eso que se había dejado y que considera demasiado importante como para que nadie lo vea? Creo que hasta que no lo vea no me creeré toda esta historia.

–Pues no va a poder ser porque resulta que al final no estaban ahí… mis diarios –explicó ella de forma concisa.

–¿Sus… diarios?

Aurora asintió.

–Todos mis secretos más profundos que jamás permitiría que nadie leyera.

–Y si no están ahí –dijo él frunciendo el ceño–, ¿qué ha ocurrido con ellos?

–Mi padre debió descubrirlos –respondió ella–. Como cualquier otro padre, en un periodo algo salvaje que tuve, él se debió preguntar qué demonios me estaba ocurriendo… Mucho me temo que siempre supo de la existencia del escondite. Seguro que los guardó y se olvidó de ellos –entonces suspiró fingiendo decepción–. Apenas tuvimos tiempo para estar juntos antes de que se marchara. Se ha ido a

navegar por el mundo él solo, no sé si lo sabe.

–No, nunca traté con él personalmente. Está claro que en esos diarios debía de haber confesiones muy íntimas para que se haya puesto usted tan neurótica por recuperarlos.

Aurora notó que se estaba sonrojando.

–¿A usted le gustaría que un desconocido leyera su diario?

–Nunca he escrito uno, así es que no tengo la menor idea –contestó Kirwan con una sonrisa–. ¿A qué se dedica, señorita Templeton?

–Soy locutora de noticias en la radio, también tengo un programa de música por las tardes y trabajo como voluntaria para la Asociación de Guardacostas. Ya ve, soy una persona muy respetable.

–Si usted lo dice… ¿Cómo llegó a esta fiesta? –siguió indagando.

–Vine con Neil Baker, es el director de mi programa y, por lo visto, también es amigo suyo. La verdad es que, cuando me invitó a acompañarlo a la fiesta, me pareció una intervención divina –confesó con sinceridad.

–Sí, Neil es amigo mío.

De todos modos, Kirwan siguió estudiándola en profundidad.

–¿Todavía tiene alguna duda sobre mí, señor Kirwan? Mire, le pido disculpas. Todo esto ha sido un auténtico desastre, pero le aseguro que fue porque su secretaria consiguió sacarme de mis casillas. Vine a verlo cinco veces, pero nunca estaba en casa.

–Es que últimamente he pasado mucho tiempo en el oeste. Bueno –dijo él encogiéndose de hombros–… ¿qué quiere hacer ahora? ¿Le gustaría volver a la fiesta?

Aquello pilló a Aurora desprevenida.

–¿Eso es todo lo que tiene que decirme? Al menos podría disculparse por haberme dejado aquí encerrada en una situación tan extraña.

–No me lo puedo creer –contestó asombrado–. Puede que no lo recuerde pero, en nuestro primer encuentro, usted me arañó y me tiró al suelo.

–¡Yo no lo arañé! –negó Aurora acalorada–. ¡Llevaba guantes!

–Bueno, de todas maneras, fue como tener un gato rabioso entre las manos. Claro está, después de notar aquel cuerpecito encantador con ese embriagador perfume.

Volvía a tener aquella mirada oscura y tremendamente cautivadora. Tenía la sensación de que, solo con el poder de sus ojos, era capaz de despojarla de toda su ropa, y su cuerpo respondía a tan ardiente mirada.

–Creo que me voy a ir a casa –dijo algo inquieta–. ¿No habrá visto si Neil ha aparecido? No es que lo necesite… –añadió con frustración.

–No, no lo he visto.

–No importa, puedo llamar a un taxi –dijo recogiendo su bolso.

–¿Por qué no se queda un poco más? Solo son las once. Estoy seguro de que esta fiesta todavía tiene muchas cosas que ofrecernos.

Intentó mirarlo con la mayor normalidad posible.

–No, gracias.

–Fue un placer bailar con usted –afirmó él como si estuviera pensando en voz alta–. Me imagino que solo ha sido porque creía que yo era otra persona, ¿verdad?

–Exactamente. Es que Neil me señaló a un hombre que encajaba perfectamente como profesor… en ningún momento se me ocurrió que fuera usted al que estaba señalando.

–Lo siento mucho –dijo con seriedad–. También siento decirle que no está bien juzgar a la gente solo por su aspecto, aunque sé que Jack se lo habría tomado a broma.

–A mí qué más me da –respondió ella con dureza–. Y no pienso volver a bailar con usted, señor Kirwan, ahora tengo los datos suficientes para juzgar. Se las está dando de amable pero en realidad se está riendo de mí, es usted un lobo con piel de cordero. ¡Hasta me besó sin importarle lo más mínimo qué opinaba yo al respecto!

–Bravo, Aurora, por cierto, me gusta mucho ese nombre –replicó Kirwan sonriendo–. La verdad es que no protestó mucho cuando la besé.

–¡Dios! –exclamó llena de furia–. ¡Me largo de aquí! –recogió su bolso y se lo colgó al hombro.

–Permítame al menos que llame a un taxi –dijo él acercándose al teléfono que había en la mesita de noche–. Y, no se lo tome a mal, pero preferiría acompañarla hasta que estuviera dentro del coche.

–Como usted quiera, pero no soy ni una ladrona ni una acosadora.

–Puede ser, pero tiene usted una manera muy curiosa de recuperar sus cosas –le recordó mientras abría la puerta.

Y, sin que Aurora pudiera evitarlo de ningún modo, la acompañó al piso de abajo y después hasta el taxi. Pero lo más humillante de todo fueron las palabras con las que se despidió de ella:

–Yo que usted aprendería a confiar un poco más en la gente. Puede que así la vida le resultara un poco menos peligrosa… a menos que estas cosas le parezcan emocionantes.

De camino a casa se quedó pensando si realmente era eso lo que le ocurría. Ya en el comedor de su casa siguió dándole vueltas a la cabeza y finalmente decidió que no encontraría un momento más apropiado para recuperar sus diarios que ahora que la fiesta todavía continuaba. Nada pudo con su empeño de no dejarse derrotar por Luke Kirwan. Así que, una hora más tarde, salió de su casa toda vestida de negro en dirección a su antigua casa.

Al llegar allí, como había dicho Kirwan, la fiesta seguía estando muy animada. Cruzó el jardín sin ningún incidente, por allí no había absolutamente nadie… el problema era que bajo la ventana de su antiguo dormitorio no había señal alguna de la bolsa con los diarios.

Capítulo 3

SEÑORITA Hillier, soy Aurora Templeton –anunció por teléfono a la mañana siguiente–. Desearía hablar con el profesor Kirwan y, a menos que quiera que vaya hasta allí y me atrinchere a la entrada de la casa, le aconsejo que no me cuelgue.

–No será necesario que haga nada parecido, señorita Templeton –contestó la secretaria con una amabilidad inusual–. El profesor Kirwan pensó que a lo mejor le apetecería almorzar con él, ¿le viene bien a las doce y media?

Aurora notó cómo le rechinaban los dientes al encontrarse atrapada.

–Mejor a la una.

–De acuerdo. Pues hasta entonces.

–Muy bien –dijo mientras se acercaba al porche de la casa, donde se encontraba Kirwan. Al lado suyo había una mesa preparada para dos comensales y, unos metros más allá, la piscina resplandecía bajo el cielo azul. No quedaba indicio alguno de que allí se hubiera celebrado una fiesta la noche anterior.

–Buenos días, Aurora. ¿No cree que hace un día precioso? –saludó él mientras la observaba de arriba abajo, deteniéndose especialmente en las piernas, que Aurora llevaba al descubierto–. Estaba admirando sus piernas, son impresionantes.

Tuvo que apretar los puños para no dejarse afectar por aquella mirada abrasadora.

–No he venido para charlar –anunció tajantemente.

Kirwan alzó la vista, que se clavó en la de ella con un exasperante brillo de ironía.

–Entonces, ¿por qué no se sienta y toma una copa de vino? A lo mejor le viene bien después de pasarse la noche sin dormir.

–¿Y usted cómo sabe…? –se mordió el labio antes de continuar.

–Está un poco pálida –dijo poniéndose en pie para acercarle una silla. Llevaba unos vaqueros y una camiseta gris que dejaba ver su excelente forma física.

Aurora se sentó, no sin ciertas reticencias, y aceptó también la copa de vino que él le había servido.

–¿Cómo supo que había tirado la bolsa por la ventana? Porque

imagino que lo averiguó anoche.

–Imagina bien –admitió Kirwan–. Simplemente pensé que debía tomar ciertas precauciones con usted. Al fin y al cabo, lo único que tenía era su palabra, así que me puse a pensar qué habría hecho yo con algo que hubiera conseguido de forma… digamos… algo ilegal.

–¡No había nada de ilegal en lo que hice! Debe de haberse dado cuenta ya.

–Es cierto –concedió él–. Pero en ese momento no podía saberlo; compréndame, Neil había desaparecido…

–¡Eso ya se lo expliqué!

–Sí, pero yo no tenía manera de saber si decía la verdad.

Aurora sintió el repentino impulso de tomar un buen trago de vino; tenía la impresión de que aquella discusión iba a ser larga.

–Bueno, pues, ahora que eso ha quedado aclarado y que le ofrezco mis más sinceras disculpas porque reconozco que fue todo culpa mía, ¿podría por favor devolverme mis diarios?

Kirwan se quedó mirando el vino de su copa y después clavó sus oscuros ojos en ella.

–¿Volvió inmediatamente a colarse en el jardín?

–No, estuve más de media hora intentando convencerme a mí misma de que no debía hacerlo… de que estaba completamente loca.

–Podríamos haber vuelto a tropezar el uno con el otro, y acuérdese de lo que ocurrió la última vez –dijo con un toque humorístico–. ¿Tiene muy a menudo esas batallas con usted misma?

Aurora lo miró fijamente pero no le contestó.

–De acuerdo, entonces le haré otra pregunta. ¿Qué le impidió convencerse a sí misma de que estaba loca?

Intentó con todas sus fuerzas impedir que la verdad saliera de sus labios, pero fue demasiado para ella.

–El poderoso deseo de no dejarme derrotar por usted, señor Kirwan –explicó con total frialdad–. Ha de saber que usted no me gusta nada.

Kirwan se echó a reír ante tal contestación.

–¿Porque decidió que estaba al acecho?

–Sí.

–A eso le llamo yo ser tajante. ¿No sentiría además algo de resentimiento por haber llegado a imaginar con placer que alguien tan despreciable como yo la llevara al jardín?

–Todo eso fue culpa suya. Yo no le pedí que bailara conmigo y, ¡desde luego no le pedí que me besara!

–No, tampoco trató de ocultarme deliberadamente sus planes de invadir mi casa, puesto que usted no sabía que yo era quien soy.

Aquellas palabras le provocaron un fuerte escalofrío que le hizo agradecer la interrupción de la señorita Hillier, que llevaba la comida.

Unos minutos después, Aurora estaba absorta mirando un plato de

carne y ensalada. Tomó el cuchillo y el tenedor y los volvió a dejar en la mesa.

–¿Los ha leído? –preguntó por fin con una fría mirada.

–¿Sus diarios? Les he echado un vistazo… solo para confirmar su versión de los hechos. ¿Quién no lo habría hecho?

–¡Y usted era el que decía que tenía que aprender a confiar en la gente! –exclamó con profunda decepción–. ¿Qué… qué tengo que hacer para que me los devuelva? Le aconsejo que se lo piense bien antes de contestar. Usted mencionó anoche a la policía, estoy dispuesta a acudir a ella y denunciarle por chantajearme.

Kirwan lanzó una leve risilla.

–Aurora, veo que nos entendemos.

–¿Es que va a chantajearme?

Él respondió encogiéndose de hombros.

–Pensé que para alguien con una vida pública como la suya resultaría muy embarazoso que la relacionaran con un allanamiento de morada. Por cierto, esta mañana he oído sus noticias en la radio. Tiene usted una voz preciosa.

–Antes de que –Aurora controló el tono de voz sin prestar mayor atención al cumplido–… me diga qué es lo que quiere que haga a cambio de los diarios, ¿me permite decirle que está perdiendo el tiempo? Nada podría hacer que me acostara con usted, ni siquiera esos diarios. Si está tan desesperado, ¿por qué no llama a alguna de sus alumnas?

–Creo que se ha vuelto a precipitar. Está claro que no tengo la menor intención de que se acueste conmigo así de repente. Aunque debe admitir que aquel beso no le resultó tan desagradable.

–Olvídese de eso –le pidió, a lo que él respondió con mala cara–. ¿Qué es lo que quiere?

–Conocerla mejor –respondió con normalidad.

–¡Venga ya! Debe de creer que soy idiota. Pero si a usted le sobran las mujeres. No olvide que usted mismo me contó lo de sus alumnas y también recuerdo que Neil mencionó a una tal Leonie, de hecho él pensaba que la fiesta podría ser para anunciar el compromiso. ¿Qué es usted, señor Kirwan? ¿Un maníaco sexual?

Luke Kirwan continuó comiendo como si tal cosa.

–No –respondió por fin–. Lo cierto es que no suelo besar a una mujer con la que no desee acabar acostándome en algún momento.

Aurora lo miró con la boca abierta sin dar crédito a lo que acababa de oír.

–¿Por qué no come? –le recomendó Kirwan antes de continuar hablando–. ¿Cree que si fuera un maníaco sexual, me tomaría tantas molestias para protegerme del acoso de mis estudiantes? Usted misma ha comprobado lo bien que funcionan todas esas medidas.

Finalmente, Aurora dio un bocado a su comida, pero solo porque no se le ocurría nada con qué rebatirle. De pronto, le vino algo a la cabeza.

–¿Y qué hay de esa tal Leonie?

–No tiene por qué preocuparse por ella.

–Se equivoca… Bueno, en realidad nada de esto me importa, así es que vamos a dejarnos de tonterías.

–De acuerdo, ¿de qué quiere que hablemos?

–¡De mis diarios! ¡Es increíble! Si mi padre estuviera aquí, no se saldría con la suya.

–Puede ser.

–¿Cómo puede admitir con tanta tranquilidad que es usted un sinvergüenza?

–No estoy admitiendo nada –respondió frunciendo el ceño–. Ni siquiera me ha dado oportunidad para que le explique mi propuesta, en realidad es bastante honesta.

Aurora retiró el plato de su lado de la mesa y lanzó una mirada de desesperación al cielo.

–De acuerdo. Dispare y ya le diré lo que pienso de ella.

–A cambio de que me dé la oportunidad de conocernos mejor, le devolveré un diario por cada cita que tengamos. Solo tengo la intención de quedarme con los últimos cinco diarios, los que corresponden a los últimos cinco años de su vida… así es que nuestro acuerdo incluiría nada más que cinco citas. Después de eso, ¿quién sabe? Los demás se los devolveré ahora mismo.

–¿Y si no accedo?

Kirwan se encogió de hombros.

–Entonces, me imagino que tendría que conocerla a través de los diarios. O ir a la policía, seguro que todavía tienen el informe del intento de robo de la otra noche.

Aurora se quedó pensando unos segundos.

–No, por favor –suplicó él con suavidad.

–¿Qué?

–Que por favor no maquine más planes para robarme.

Ella lo miró intentando comprender no solo la situación, sino al hombre que tenía frente a ella.

–Tiene que haber algo más. No me creo que solo quiera llegar a conocerme mejor –sus ojos verdes le lanzaron una mirada heladora–. Un hombre siempre es un hombre. Estoy segura de que es usted un estupendo amante, señor Kirwan, pero no me impresiona lo más mínimo.

Él se echó a reír.

–¿Tiene algo más que decirme?

–No –dijo ella pero se quedó meditando con cara de pocos

amigos–. Pero sigo sin entenderlo. Puede que haya intentado robarle y ser más lista que usted. Y, a pesar de que no me gusta nada, bailé con usted y hasta le permití que me besara, pero… créame –le pidió con cara de inocencia–, esas dos últimas cosas han desaparecido de mi mente. Así que, a no ser que tenga un ego descomunal, tiene usted que tener algún otro motivo. ¿Dígame algo más de esa Leonie?

–Se llama Leonie Murdoch. Tenía una relación que ya ha terminado, eso es todo.

–¿Cuánto tiempo duró?

–Tres años.

–¿Sí? ¿Y han roto hace poco?

–Hace muy poco.

–¿Hace una o dos semanas?

Kirwan no respondió pero tampoco parecía molesto por la pregunta.

–Eso quiere decir que, o se siente despechado, o está intentando demostrarle algo a la señorita Murdoch. Eso explica un poco las cosas..

El profesor seguía observándola sin decir ni palabra.

–Sigo creyendo que ya es un poco mayor para andarse con estos jueguecitos.

Esbozó una ligera sonrisa, pero respondió con dureza:

–A lo mejor llevaba razón: un hombre siempre es un hombre. Es usted muy atractiva.

Aurora comenzó a pensar en los últimos cinco años de su vida y, durante una décima de segundo, se le pasó por la cabeza decirle que podía quedarse con los diarios y leer hasta la última palabra que había en ellos. Pero una punzada en la boca del estómago le dijo que no podía hacerlo. Habría sido como entregarle el alma… claro que, ¿quién podía asegurarle que no iba a leerlos de todos modos?

–Por cierto –murmuró él interrumpiendo sus pensamientos–. He empaquetado los cinco diarios y los he metido en la caja fuerte. Nadie tiene llave, ni siquiera la señorita Hillier.

–Si cree que eso me deja más tranquila, no es así en absoluto –afirmó Aurora con cinismo.

–Tendrá que confiar en mí. Bueno, la señorita Hillier ha preparado un pastel maravilloso –anunció de pronto–. Así que, como parece que no piensa terminar la comida, ¿por qué no pasamos al café y al postre?

–Para ser una secretaria, es una mujer muy completa –comentó ella con sequedad.

–Lo es, no sé qué haría sin ella –respondió Kirwan al tiempo que recogía los platos para llevárselos dentro. Unos segundos más tarde, regresó con el pastel y el café.

–¿Y qué tiene pensado para nuestra primera cita? –preguntó ella mientras tomaba un trozo del delicioso postre–. Eso no quiere decir que acepte y, la verdad, es que tampoco lo llamaría cita… quizás yo sea su alternativa porque está cansado, desilusionado o lo que sea. Creo que eso define mejor la situación, ¿no es así?

–Cenaremos juntos el miércoles –respondió él escuetamente.

–¿Solo cenar? –indagó ella con precaución.

–Aurora, a pesar de todas tus protestas, creo que ya hemos cruzado ciertas barreras que hay entre un hombre y una mujer. A lo mejor a vosotras no os ocurre lo mismo, pero los hombres no solemos imaginarnos a una mujer desnuda si tenemos con ella una relación platónica –diciendo eso la observó con una mirada oscura y sensual que ella recordaba perfectamente de la noche anterior.

Sus palabras y la intensidad de su mirada provocaron que Aurora no acertara a meterse el tenedor cargado con pastel en la boca y acabó con los labios manchados de chocolate. Farfulló una queja y aceptó la servilleta que él le estaba ofreciendo. Tuvo que esforzarse por borrar de su mente el recuerdo del ardiente beso que había compartido con Luke Kirwan y de todas las sensaciones que había desencadenado en su cuerpo.

–Ni siquiera aprovechaste la ocasión que tenías de morderme mientras te besaba.

No podía contestarle nada, pero tampoco era capaz de dejar de mirarlo. Era posible que aquel hombre la hubiera hecho sentir algo que no había conseguido ningún otro, pero también era cierto que la estaba chantajeando. Si quería recuperar sus diarios, iba a tener que luchar por ellos pero, al mismo tiempo, iba a tener que luchar para no dejarse atrapar por el hechizo de Kirwan…

–¿Dónde?

–En el Club –contestó él–. Se cena muy bien.

El Club al que se refería, y del que ella había oído hablar, era el Club Real de Yates de Queensland, donde, efectivamente, se cenaba muy bien.

–¿Eres socio?

–No, pero mi hermano sí. Su mujer y él están pasando aquí un par de semanas para navegar un poco por la bahía, así es que nos acompañarán el miércoles.

–Bueno, me imagino que tendré que comportarme si vamos a estar en un lugar tan elegante y además con tu familia.

–Te agradezco humildemente tan inconmensurable amabilidad –respondió él con mordacidad.

Aurora sonrió por primera vez desde hacía mucho tiempo.

–¿Sabe? Las palabras humildad y profesor Kirwan no concuerdan en absoluto.

–¿Eso crees?

–No lo creo, lo sé –contestó poniéndose en pie–. Muchas gracias por la comida. Y le aconsejo que, aunque he accedido a cenar con usted, no… –se quedó callada buscando las palabras adecuadas.

–¿… No me haga ilusiones?

–Exacto.

Él también se puso en pie y se acercó a ella. Aurora no se movió, pero abrió los ojos de par en par.

–Relájate, no voy a tocarte. Sin embargo creo que deberíamos permitir que nuestras citas se desarrollen de manera espontánea.

Tragó saliva intentando que su cuerpo no reaccionara ante sus palabras.

–Puedes creer lo que quieras, pero yo tengo muy claro que no estoy tratando con un caballero precisamente.

–Aun así, piensa en lo divertido que podría ser –dijo él sonriendo–, sobre todo para alguien que quiere pasárselo bien y vivir muchas aventuras.

Aurora se mordió el labio. Sabía perfectamente que estar con Luke Kirwan podía ser todo eso y mucho más, pero que era demasiado peligroso. Con la mente algo confundida, se dio media vuelta y empezó a andar.

–Un momento, Aurora –la interrumpió Kirwan–. No olvide esto –dijo recogiendo del suelo una bolsa de plástico verde–. Estoy seguro de que querrá contarlos.

–¿Tengo que hacerlo? –preguntó acercándose a él para tomar la bolsa.

–No, puede confiar en mí también en eso.

–No creo que pueda confiar usted en ningún aspecto.

–¿Pero cenará conmigo el miércoles?

–Sí, pero no porque yo quiera, profesor. ¿Le gustaría fijar una hora?

Eso hizo, también acordaron que pasaría a buscarla. En esa ocasión, consiguió marcharse de la casa dignamente.

–¿Lo pasaste bien en la fiesta del viernes? Siento mucho haberte abandonado –le dijo Neil Baker el lunes por la mañana, cuando acabó el programa.

–La verdad es que fue una noche muy animada –comentó sin dar más pistas y entonces sonrió con malicia–. ¿Os reconciliasteis tu novia y tú, o es que las cosas fueron a peor?

–Estamos otra vez juntos, pero no sé por cuánto tiempo. Mandy es… ya sabes, hay veces que es ni contigo ni sin ti. Bueno, ya veremos. Oye, ¿y a ti qué te pareció Luke?

–Pues… diferente a lo que esperaba. No parece un intelectual.

–Eso es lo bueno de Luke. Todo el mundo cree que va a ser seco y distante y luego es todo lo contrario.

–Eso parece. ¿Dime algo sobre esa Leonie Murdoch? Dijiste que creías que la fiesta del viernes sería para anunciar su compromiso.

–Sí –respondió Neil con algo de tristeza–. Parece que estaba un poco desinformado sobre ese tema. Mandy conoce a Leonie y parece ser que han roto justo cuando todo el mundo pensaba que iban a hacer todo lo contrario. Por lo visto rompieron dos días antes de la fiesta, que había sido sobre todo idea de Leonie y ya era demasiado tarde para cancelarla. Creo que Luke está mal de la cabeza. Mandy, como soléis hacer las mujeres, le echa toda la culpa a él; pero la verdad es que esta vez tengo que darle la razón. Leonie es una mujer diez, por no decir once o doce.

–¿Tan guapa es?

–Pues sí, pero también es inteligente. Es agente de bolsa.

–Entonces estará muy enfadada por la ruptura.

–Pues se está haciendo la dura, pero Mandy dice que está destrozada. Verás, Luke siempre ha tenido un montón de mujeres detrás de él, así que el concepto de monogamia le resulta un poco extraño.

–¡No me digas! –exclamó Aurora indignada.

–¿Por qué… por qué tengo la sensación de que Luke no te cayó muy bien?

–Es una historia muy larga. Los hombres que se creen un regalo para cualquier mujer me ponen un poco nerviosa.

–No creo que Luke sea así –protestó Neil.

–Tú no eres una mujer. Además has sido tú el que ha mencionado la monogamia.

–Sí, pero –se quedó pensando qué decir–… ¿Qué pasó exactamente entre vosotros?

–No mucho –respondió Aurora rápidamente–. Pero voy a cenar con él el miércoles y no tengo muy claro que sea una buena idea.

Neil se quedó mirándola anonadado.

–¿Qué pasa, me estás comparando con Leonie Murdoch y piensas que no estoy a su altura? –preguntó Aurora indignada.

–No… bueno… quiero decir que…

–No mientas –esa vez se echó a reír–. He visto la expresión de tus ojos. Debe de ser impresionante porque, puede que yo no sea agente de bolsa ni una mujer diez, pero tampoco soy un monstruo o algo así, ¿no?

–No, claro que no –insistió él–. De hecho, tú también eres impresionante, Aurora. Lo suficiente como para que Mandy se volviera loca de celos al verme contigo, pero…

–¿No tanto como ella? Bueno, pues ya lo veremos.

–Aurora –dijo entonces Neil con una sombra de arrepentimiento en la mirada–, no hagas caso a nada de lo que he dicho. Solo estaba divagando… No debería haberte dicho nada.

–No te preocupes.

Luke Kirwan llegó puntual a buscar a Aurora el miércoles por la noche, pero ella ni siquiera se había cambiado de ropa.

–Lo siento –se disculpó abriéndole la puerta–. Es que ha habido mucho lío en el puesto de guardacostas, resulta que un barco se había quedado encallado en un banco de arena y el que tenía que relevarme a mí había tenido que ir a ayudarlos.

–Ah –la observó vestida con el uniforme de guardacostas y el pelo recogido en una trenza–. ¿Están todos bien?

–Sí. El único problema es que una de las mujeres tenía un ataque de histeria, lo cual hizo las cosas un poco más difíciles.

–¿Lo dices enfadada?

–No, simplemente no entiendo por qué alguien se sube a un barco si no va a ser capaz de hacer frente a una situación como esa.

–¿Tú también haces labores de rescate?

–No, yo solo me encargo de la radio. Oye, pasa y sírvete una copa. Te prometo que no tardaré más de quince minutos –dijo entrando en la casa y señalándole el mueble bar.

–No hace falta que te des prisa. Puedo llamar al club y avisar de que llegaremos tarde.

–Me gusta darme prisa. Si tengo demasiado tiempo para arreglarme, puedo cambiar de opinión sobre qué ponerme por lo menos diez veces y, aun así, nunca me alegro de lo que elijo.

–Bien, pues entonces date prisa, por favor. No me gustaría verte disgustada.

Tardó cinco minutos en ducharse, otros cinco en vestirse y los cinco últimos en maquillarse ligeramente y cepillarse el pelo. A pesar de toda esa actividad, se recordó lo que había decidido para esa noche: estaría amable y relajada, pero no consentiría bajo ningún concepto dejarse engatusar por Kirwan. Según salía de la habitación, tomó los zapatos, el bolso y un pañuelo.

–Bueno –dijo al volver al salón donde le esperaba el profesor–. ¿Soy rápida o no?

Se puso los zapatos y se recogió el pelo con el pañuelo.

Al verla, Kirwan se levantó del sillón y se metió las manos en los bolsillos del pantalón beige que llevaba combinado con una preciosa

camisa de lino azul. La observó con una blusa del mismo color que sus ojos esmeralda, una falda larga negra que realzaba la curva de sus caderas y zapatos de tacón alto.

–No solo eres rápida, sino que además el resultado es deslumbrante –respondió con admiración después de unos segundos.

De repente, Aurora se sintió demasiado consciente de todo su cuerpo y de que él la miraba sin pestañear.

–¿No te has tomado una copa?

–No, he estado hablando con tus peces.

Se echó a reír porque eso era algo que ella hacía muy a menudo.

–Lo bueno de Annie y Ralph es que no contestan, aunque yo estoy convencida de que sí que escuchan.

–¿Qué pasa, les cambia la expresión de la cara?

–Sí, te lo prometo. Bueno –dijo algo ruborizada–, siempre es mejor que hablar con una misma, ¿no crees?

–¿Y tus diarios?

–Ya –de repente se le pasó por la cabeza si aquello no sería una manera sutil de recordarle por qué estaban allí–. Últimamente no los he utilizado mucho, gracias a ti, pero ya recuperaré el tiempo perdido.

–Eso espero. No soportaría ser la causa de que perdieras la inspiración. ¿Qué tal llevas vivir en este apartamento después de haber estado tanto tiempo en una casa tan grande? –preguntó él cambiando de tema.

–Bien, será mejor cuando consiga ordenar todo este lío. Es que me quedé con muchas cosas de mi padre, me resultaba imposible deshacerme de ellas. Por cierto, creo que debería darte esto.

Se refería a la llave que todavía conservaba de su antigua casa.

–La llave de la puerta de la cocina, ¿no?

–Eso es.

–Me había olvidado de ella –admitió él con una sonrisa algo burlona.

–Yo no.

–Gracias. O sea que ya no tienes planes de volver a robarme.

–Claro que no. Y no quiero ser sospechosa por tener una llave si te roban algún día.

–Ya veo. Creo que no me has perdonado.

Aurora no había planeado que él se diera cuenta de que no estaba dispuesta a ceder a su chantaje. El problema era que ese hombre le provocaba demasiadas sensaciones, especialmente físicas. ¿Cómo podía hacer que las cosas se relajaran un poco?

Lo que hizo fue más bien todo lo contrario, pero no pudo evitarlo:

–Si por lo menos dejaras de hacerme sentir como si… como si quisieras… –no pudo continuar.

–¿Como si quisiera llevarte a la cama? –sugirió Kirwan con

suavidad.

–Sí –sus ojos verdes estaban encendidos–. Créeme, no tengo ninguna intención de que eso ocurra.

–Pues entonces vámonos a cenar. Se nos está haciendo tarde.

Aurora se dispuso a salir de la casa con una enorme sensación de frustración. Mientras echaba la llave a la puerta notó que él estaba mirándola y, al encontrarse con sus ojos, se dio cuenta de que lo que más la molestaba era sentirse desconcertada en vez de enfadada.

Capítulo 4

DEBERÍA habérmelo imaginado –dijo Aurora al ver el descapotable rojo.

Luke Kirwan hizo un gesto de incomprensión.

–Que tu coche sería tan desconcertante como toda su persona –explicó ella–. Es muy bonito, además de moderno y propio de un yuppie.

–¿Es así como me ves? ¿Moderno y yuppie? –preguntó ya al volante del coche.

Aurora se encogió de hombros.

–La verdad es que lo último que se me ocurrió al verte fue que fueras un profesor de universidad.

–Este coche lo eligió el ingeniero que hay en mí.

–Te habría creído si fuera negro. ¿Pero rojo? Eso quiere decir algo más.

Kirwan se echó a reír.

–¿De que color es tu coche?

–Rosa oscuro –contestó con recato–. Pero yo no soy profesora, además soy una chica y se supone que a las mujeres nos gustan más las cosas de colores.

–Así que a ti te gustan los colores. Bueno, pues yo no sé qué dirá de mí el color de mi coche, pero me encanta y me encanta que me vean en él.

–¿Lo ves? –Aurora le lanzó una sonrisa luminosa–. Es muy fácil ser sincero. No me parece mal que tengas este coche siempre que seas sincero sobre las razones.

–Lo recordaré para el futuro. No creo que sea este el momento, pero debo recordarte que siempre he sido sincero contigo.

–No, no es el momento. Llegamos tarde y, además, ¡me muero de hambre!

Kirwan abrió la puerta, pero no salió, sino que se quedó embobado mirando a su acompañante. Aquella mirada hizo que Aurora volviera a perder la seguridad que creía haber recuperado. Quería mantener el control para no dejarse embrujar por el peligroso atractivo de Luke Kirwan. Pero ya no estaba segura… de nada.

Barry Kirwan tenía treinta y pocos años, era tan alto como su

hermano pero tenía el pelo claro. Julia, su esposa, era una mujer práctica que hablaba de forma directa. Llevaba el pelo corto y tenía unos enormes ojos azules.

Era obvio que ambos estaban intrigados por la forma en la que Luke había sustituido a Leonie Murdoch y estaba claro que los dos se preguntaban si aquello era serio. Sin embargo, en cuanto uno de los guardacostas se acercó a felicitar a Aurora por su ayuda en lo que había ocurrido esa misma tarde, se rompió el hielo inmediatamente.

–¿No me digas que eras tú la de la radio? –preguntó Barry sorprendido–. Nosotros estábamos navegando por la bahía y lo escuchamos todo. ¡Estuviste fantástica! Especialmente por el modo en el que calmaste a esa pobre mujer.

–Gracias –respondió Aurora y, después de eso, la velada se desarrolló de forma bastante agradable. Entonces, Julia le preguntó si la acompañaba al servicio y Aurora empezó a preguntarse en qué se estaba metiendo…

Estaban las dos retocándose el maquillaje cuando Julia le preguntó directamente:

–¿Has oído hablar de Leonie, Aurora?

–Sí, aunque no la conozco personalmente.

–Todos creíamos que Luke había comprado esa casa tan grande porque se iban a casar.

–Lo sé –murmuró sin mirar a su interlocutora.

–Creí que debía avisarte de que puede que Luke se encuentre… en un momento algo difícil y podría ser peligroso para ti.

Ahora sí que tuvo que mirarla a los ojos.

–¿En qué sentido?

–Porque si todavía quiere a Leonie y quiere hacer que acepte sus condiciones, podría… no sé, podría utilizar a alguien para darle celos.

–¿Qué condiciones iba a querer imponerle que no fueran casarse con él?

–A lo mejor quería que ella abandonase su carrera. Mira… –Julia titubeó antes de continuar–. Es solo que hacían tan buena pareja, a todos nos resulta muy difícil creer lo que ha sucedido. A lo mejor no debería habértelo dicho, pero pensé que debía hacerlo.

–Gracias, Julia –contestó Aurora aunque no estaba segura de si lo que estaba intentando era intervenir para que las cosas se arreglaran entre Kirwan y Leonie–. Pero no hay nada serio entre Luke y yo, así que no hay de qué preocuparse.

–No sería nada difícil que pasaras a engrosar la lista de una serie de mujeres que pensaron lo mismo que tú en su momento.

«Incluyéndote a ti antes de casarte con su hermano», pensó Aurora fugazmente aunque enseguida se recriminó estar siendo injusta con ella; pero justo entonces se fijó en que Julia había tenido que darse la

vuelta porque se había ruborizado.

Estaba claro que había muchas cosas de las que Luke era responsable. Mejor para ella, cada vez tenía más cosas con las que atacarlo…

La velada acabó poco después de eso, cuando Aurora anunció que tenía que levantarse a las cinco al día siguiente. Al salir del restaurante, se dio cuenta de que él apenas había hablado, aunque tampoco le había dado la sensación de que se hubiera aburrido.

–Bueno, no ha estado tan mal, ¿no? –le preguntó él nada más quedarse solos mientras andaban hacia el aparcamiento.

–No, todo lo contrario. Aunque creo que he hablado demasiado. Sin embargo, tú no has estado muy locuaz. ¿Qué pasa, te sentías superior?

–¿Era esa la sensación que daba?

Aurora se quedó pensando antes de contestar.

–No, pero ahora que lo pienso, parecía que estuviera pasando una prueba o algo así.

–Pues la has superado con creces, pero no era nada de eso.

–¿Entonces… por qué estabas tan callado? –insistió con precaución.

–Estaba un poco… preocupado, podríamos decir –respondió después de una buena pausa.

–¿El trabajo? ¿Tus alumnas? –indagó Aurora con sonrisa provocadora–. ¿Estás seguro de que no estabas comparando mis habilidades sociales con las de Leonie Murdoch?

–Totalmente seguro. Me estaba preguntando qué pasaría si volviese a besarte.

La reacción inmediata de Aurora fue echarse hacia atrás, con lo que se quedó apoyada en el descapotable rojo. Kirwan sonrió con dulzura y añadió:

–No te preocupes, no lo voy a comprobar ni aquí ni ahora –aseguró él, metiéndose en el coche.

Tardó un buen rato en encontrar algo que contestarle.

–¿Durante toda la noche has estado pensando eso? –preguntó con incredulidad.

–A ratos. ¿Es que no te consideras tan deseable? Pensé que ya te había demostrado lo contrario el viernes.

Consciente de que estaba en peligro de caer en una trampa, Aurora respondió con seriedad.

–Eso no tiene nada que ver. Es que yo…

–¿Te crees deseable o no? –insistió él.

–Claro que sí, es decir… cuando me paro a pensar en ello, pero no

es… no es algo que me preocupe… ¡Sabía que intentarías confundirme! –lo miró furiosa.

–¿Por eso tomaste la decisión de mantenerme alejado, además de intentar enseñarme un par de cosas? –preguntó al tiempo que apagaba el coche al llegar al apartamento.

Aurora se quedó estupefacta, era increíble cómo ese hombre era capaz de adivinar sus pensamientos.

–Te acompaño.

–No hace falta –respondió ella con seriedad.

–Solo voy a ir contigo hasta la puerta.

–No es necesaria tanta caballerosidad –al decir esas palabras se arrepintió de contestar con tanta dureza.

Aun así, Kirwan se apresuró a salir del coche para abrirle la puerta.

–Gracias –dijo Aurora mientras intentaba salir sin mirarlo a los ojos, pero el tacón se le enganchó con la falda y estuvo a punto de caerse. Luke la agarró y la sentó en el capó del coche para desengancharle la falda.

Justo en el momento en el que se disponía a volver a ponerle el zapato, se quedó mirándola fijamente al tiempo que susurraba:

–Qué pena no ser el príncipe azul –dijo a la vez que le quitaba el pañuelo con el que llevaba recogido el pelo, después de acariciarle la cara con suavidad–. Mejor así.

Aurora podía sentir el rastro de su roce en el pie, en la nuca y en el rostro; allí por donde había pasado su mano se le quedaba un extraño cosquilleo. De pronto le vino a la cabeza que aquel hombre se había pasado la noche pensando en besarla.

Sintió la suave fragancia que provenía de su cuerpo y pensó que le encantaría verlo sin camisa; no sabía por qué, pero intuía que debía de estar estupendo sin ropa. Además estaban sus ojos, a veces llegaban a tener el brillo de la mirada de un halcón; y aquellos maravillosos hoyitos que se le formaban en las mejillas; y el modo en el que la había levantado como si fuera ligera como una pluma.

Pero eran también las pequeñas cosas, la manera de tratarla y cómo ella reaccionaba; de un modo extrañamente familiar para ser un hombre al que apenas conocía. Era como si la conociera mejor de lo que se conocía ella misma… y ella se había pasado el tiempo intentando resistirse a él, en lugar de pensar lo maravilloso que era… «¡No! ¡Aurora, tienes que controlarte!»

–La verdad es que últimamente tengo muy mala suerte –dijo ella por fin–. Especialmente en todo lo relacionado contigo, Luke Kirwan.

–No creo que sea mala suerte –respondió él con una enigmática sonrisa–. Puede ser que haya alguien ahí arriba al que le caigo bien porque te juro que no pensé que fuera a tenerte en una situación más apropiada para besarte.

–¿Y lo vas a hacer?

–¿Te gustaría que lo hiciera, ahora que estamos tan… tan cerca?

–Bueno… por lo menos hemos avanzado algo –dijo intentando resistirse a la tremenda atracción que estaba sintiendo–. La última vez no me diste a elegir.

–Lo cierto es que en esta posición, ahí sentada, estás a la altura ideal.

–Siento no ser lo bastante alta para ti.

–Es curioso que digas eso porque siempre había pensado que lo mío eran las mujeres altas, pero parece que mis gustos han cambiado. Claro que, aparte de eso, no te alejas nada de mis preferencias.

–¡Ah! Eso es muy…

–… Bonitas piernas, pero eso ya te lo había comentado; unos ojos fantásticos y un cuerpo que…

–Creo que deberías dejarlo ahí, profesor –le pidió en tono alarmante–. Detesto la idea de ajustarme a unas ideas preconcebidas.

–También puedes devolverme el cumplido. ¿Cómo te gustan los hombres? Por cierto, todavía no me has dicho lo que pensaste de mí nada más verme.

–Pensé que eras orgulloso, peligroso y que estabas aburrido… y no me equivocaba.

–Puede que estuviera aburrido pero, ¿de dónde sacaste que fuera orgulloso?

–No es esa la característica de ti que más me preocupa ahora mismo. Te recuerdo que me tienes atrapada encima del capó del coche. Por no hablar de la imagen que debemos estar dando.

–Tienes razón. Pensé que no iba a ser capaz de resistirme a besarte. Me encanta tu piel –dijo acariciándole los brazos–, me encanta cómo hueles…

Aurora estaba a punto de suplicarle que siguiera adelante porque tampoco ella se podía resistir más, pero se mordió la lengua.

–Será mejor que hagamos caso a tu sentido común. Además, así te demostraré que no soy peligroso –añadió al mismo tiempo que la ayudaba a ponerse en pie. Después, se separó de ella y fue hacia la puerta del conductor–. Buenas noches, señorita Templeton. Que duermas bien. Te llamaré –y, diciendo eso, se metió en el coche, se despidió de ella con un gesto y se fue de allí dejándola inmóvil en la acera con todos sus sentimientos a flor de piel.

–¿Quién demonios se cree que es? –les preguntó a sus peces una vez dentro de casa.

En realidad lo que más la molestaba era su propia reacción, se había comportado como una colegiala, se había quedado allí abandonada y decepcionada mientras él se marchaba diciéndole adiós con la mano…

¿Qué podía hacer para volver a poner las cosas en su sitio? Lo mejor sería no volver a tener nada más que ver con Luke Kirwan. Pero, ¿qué pasaría entonces con sus diarios?

A la mañana siguiente, recibió una extraña visita al llegar a casa después de las noticias. Era la señorita Hillier.

–¡Vaya! ¡Qué sorpresa! –exclamó al abrir la puerta, entonces se dio cuenta de que llevaba un paquete en la mano–. ¿Eso es…?

–No sé exactamente lo que es. El profesor Kirwan me ha pedido que se lo trajera. Aurora, ¿podría entrar un momento?

–Claro –contestó dejándola pasar–. ¿Quiere un té?

–No, gracias –dijo la secretaria al tiempo que se sentaba en un sillón.

Aurora titubeó un momento, pero acabó sentándose enfrente de ella.

–Mire, aunque no sé qué es esto y soy consciente de que usted no es lo que yo pensé que era en un principio, creo que debería advertirla de que está jugando con fuego.

–Pero bueno, ¿quién es ese hombre? ¿El demonio?

La señorita Hillier la miró sin comprender lo que quería decir.

–Sé que no es un caballero, pero es que esta es la segunda advertencia que recibo.

–El señor Kirwan es un perfecto caballero, es solo que, desde que rompió con la señorita Murdoch, está… diferente.

–Eso espero porque, como se comportara con ella como lo hace conmigo, sería un canalla, un canalla muy atractivo, eso sí.

La señorita Hillier se echó a reír.

–Los hombres pueden resultar muy… muy difíciles –comentó la secretaria–. El caso es que sé que estaba muy enamorado de la señorita Murdoch y verlo interesado por otra mujer con tanta rapidez… ¡no tiene ningún sentido!

–Para mí tiene cada vez más sentido. Está claro que está intentando ponerla celosa.

La señorita Hillier se quedó atónita.

–Y, si lo sabe, ¿por qué sigue con él?

–Se lo explicaré –anunció, abriendo el paquete que ella le había llevado, antes de contarle todo lo que había ocurrido a causa de los diarios.

–Si me lo hubiera dicho… –dijo después de escuchar toda la historia.

–Ojalá lo hubiera hecho. De todas maneras hay algo más que me impide parar todo esto. Me ha amenazado con contarle a la policía lo del intento de robo.

–Él nunca haría algo así… ¿o sí?

–Usted dirá, lo conoce mucho mejor que yo. A lo mejor podría decirle lo mal que se está portando. No solo conmigo, me imagino que todos ustedes están preocupados por la señorita Murdoch. A mí todavía me quedan cuatro citas con él y estoy entre la espada y la pared.

–¿Teme acabar acostándose con él? –preguntó algo confundida.

–Es que, cuando se lo propone, puede ser auténtica dinamita.

–Es decir que a usted no le da del todo igual.

–Por desgracia cuando lo conocí no sabía quién era y me pareció misterioso.

–Haré lo que pueda –prometió la señorita Hillier de repente–. Estoy muy preocupada por él, esto es demasiado raro; está claro que la ruptura con la señorita Murdoch lo ha afectado más de lo que yo pensaba.

«¿Por qué tengo la sensación de que soy la última persona por la que preocuparse en todo este asunto?», se preguntó Aurora al quedarse sola.

Esa misma tarde, recibió una llamada cuando estaba leyendo el diario que había escrito cinco años antes; lo cual había sido un completo error. Aquel año se había enamorado locamente de un hombre casado, aunque él nunca lo supo; pero todos los lugares maravillosos a los que se imaginó ir con él estaban allí descritos con todo detalle.

–Buen intento, Aurora –dijo Luke nada más oírla al otro lado del teléfono–. Pero me temo que la señorita Hillier no es sobornable.

–¡Qué deshonra para su sexo! –contestó Aurora con el mismo tono de provocación.

–La verdad es que me ha echado un sermón. Pero, después de haberla pillado intentado forzar mi caja fuerte, no podía hacer mucho más. Supongo que Julia también lo intentó, ¿no?

–Sí, y todas pensamos lo mismo. Creemos que estás utilizándome para dar celos a tu ex novia, o lo que sea.

–Pues estáis todas muy equivocadas. Cuanto más te conozco, más ganas tengo de conocerte aún más. Pero sabes que lo puedo hacer de la otra manera.

Aurora echó un vistazo al diario que tenía sobre las rodillas y supo que no era eso lo que quería que hiciera.

–¿Y si te dijera que, si lo hicieras, te despreciaría?

–Bueno, todavía no me has pegado, ni me has mordido, así que… no sé. Solo nos quedan cuatro citas, ¿es que tienes miedo a no poder resistirte a mí tanto tiempo?

Aurora era incapaz de decir una palabra.

–Bueno, volveré a llamarte –dijo tras esperar unos segundos y después colgó.

Pasaron tres semanas antes de que volviera a saber nada de él. Tres horribles semanas durante las que se sintió como si estuviera en un auténtico tobogán emocional. Sobre todo porque había una parte de ella que no podía llegar a odiar a Luke Kirwan, por muy ilógico que eso pareciera.

Se había imaginado abandonándolo de todas las maneras posibles, siempre dejándolo destrozado al verla marchar. Pero, con el paso de los días, sus sentimientos empezaron a ir en una dirección totalmente opuesta…

¿Cómo podía pasarse toda una noche considerando si besarla o no y luego dejarla esperando durante tres semanas?

Aparte de sus agitados pensamientos, estaban las preguntas de Neil, que tenía bastante interés en saber cómo había ido su cena y, al ver que no le contaba demasiado, no paraba de preguntarle si había vuelto a saber de Luke. ¿Podía ser que Mandy hubiera enviado a Neil para poder contárselo todo a Leonie? Si no era así, su interés parecía un poco exagerado.

Para intentar entretenerse había empezado a organizar la casa; también había hablado con su padre unas cuantas veces. Fue mientras arreglaba el jardín cuando se dio cuenta de que, aparte de su trabajo, estaba bastante sola y que la compañía de un chantajista era mejor que nada. Su reacción al ser consciente de lo que estaba pensando había sido dar un salto hacia atrás, como si el rosal la hubiera atacado. Así fue como la encontró Luke al llegar a su casa: arrodillada en el suelo y con la mirada perdida. De hecho tuvo que llamarla un par de veces antes de que ella se volviera hacia él.

–¡Ah…! ¡Márchate por favor! ¡Ya me has complicado la vida lo suficiente! –exclamó ella diciendo exactamente lo que le pasaba por la cabeza sin censura alguna.

–¿Cómo?

Al caer en la cuenta de lo que acababa de decir, el rostro de Aurora se puso rojo escarlata. Intentó ponerse en pie pero, para mayor humillación, él tuvo que ayudarla.

–He venido para llevarte a comer, pero me imagino que te gustaría cambiarte.

–¿Y no crees que deberías haberme llamado antes? ¿Por si acaso no estaba aquí o tenía otros planes… o simplemente no me apetecía salir a comer contigo?

–Bueno, ¿ocurre algo de eso? –preguntó él con toda sencillez.

–Yo… necesito pensármelo.
–¿Y puedo entrar a tomar un café contigo mientras te lo piensas? Después podemos decidir lo de la comida.
–¿Eso equivaldría a una cita o a dos? –quiso saber ella.
–Podría hacer que valiera por dos –contestó él mientras la seguía a la cocina–. ¿Puedo?
–¿Si puedes qué?
–¿Hacer café mientras tú te duchas? Seguro que te hace sentir mejor.
Aurora se echó un vistazo a sí misma: llevaba unos pantalones cortos y una camiseta que, en algún tiempo, había sido blanca; estaba descalza y con las piernas llenas de tierra.
–¿Podrás hacerlo sin que te ayude la señorita Hillier?
–Sí –respondió él riendo–. Si tienes cafetera y un buen café.
Aurora le dio ambas cosas, además de un molinillo, sin detenerse a mirarlo.
–Ahí tienes, lo único que no tienes que hacer es ir a Brasil por él.
–Pues resulta que he estado en Brasil.
–Yo también –contestó sin darle la menor importancia.
–Podríamos compartir nuestras experiencias –sugirió con amabilidad.
Agitó la cabeza y se fue a la ducha sin hacer más comentarios. Esa vez se duchó con toda tranquilidad y no volvió a la cocina hasta media hora más tarde. Cuando la vio aparecer, vestida con una falda hasta los tobillos, un top blanco sin mangas y unas sandalias de tiras, Luke se puso en pie y llevó la bandeja del café al salón. Había conseguido encontrar las tazas, los platitos e incluso unas galletas.
–¿Mejor? –se interesó él una vez estuvieron los dos sentados en el salón.
–Sí, mucho mejor, gracias.
–Has… –miró a su alrededor–… organizado todo el caos. Está muy bonito. Parece que tu padre y tú habéis viajado mucho.
–Sí, y me encantaría estar con él ahora mismo, yendo de isla en isla.
–¿Tan mal estás?
–¿Qué quieres decir? –preguntó Aurora haciéndose la despistada e intentando no prestar atención a su atenta mirada.
–¿Tanto te he complicado la vida?
–¡Claro que no! –negó tajantemente–. Es solo que hoy estoy un poco desanimada, puede ser que siga algo despistada después de pasar seis meses viajando por el extranjero.
–Entonces, ¿a qué te estabas refiriendo antes?
Se quedó pensando unos segundos.
–Es obvio, hasta que no me devuelvas todos mis diarios, mi vida

está un poco complicada; sin necesidad alguna, además –lo miró con ojos desafiantes.

–Yo… a no ser que creas que voy a aprovecharme de ti, no sé qué es lo que te parece tan complicado.

–Claro que no lo sabes.

–¿Por qué no me lo explicas?

Respiró hondo y toda la tensión que había acumulado durante las tres últimas semanas pareció alcanzar el punto máximo que podía soportar.

–No creas que no sé qué es lo que estás haciendo. ¡No te quedarás tranquilo hasta que no consigas tenerme tan atontada que esté deseando acostarme contigo!

Los ojos de Kirwan comenzaron a brillar como alertados, pero no dijo nada.

–Y sé por qué –continuó explicando–. Puede que tu ruptura con Leonie tenga algo que ver, pero sobre todo es que no aguantas no poder conseguir que una mujer haga lo que tú quieras y cuando tú quieras.

–Puede ser –Aurora se quedó mirándolo sorprendida–. ¿No esperabas que lo admitiera?

–Estaba tratando de decidir si eso te hace mejor o peor.

–Pero la otra razón que tengo es que tú nunca me aburres, Aurora.

–¿Y qué… qué hay de Leonie?

Luke se recostó en el sillón con la mirada perdida en el vacío y una sonrisa algo triste.

–Me llama la atención que todo el mundo se interese tanto por ese tema. Leonie y yo decidimos separarnos, eso es todo. Así que mi cuñada, mi secretaria y todo aquel que te haya dado algún consejo al respecto…

–Mandy Pearson, por ejemplo.

–Bueno, pues ninguno de ellos tienen derecho alguno, ni la información suficiente para hacer ningún tipo de comentario.

Aurora se quedó calibrando la situación.

–Si todo eso es cierto, ¿por qué sigues chantajeándome?

–¿Estás insinuando que estarías dispuesta a salir conmigo si no tuviera tus diarios? –le preguntó impaciente.

–Mira, no sé si me gustas o te odio. No sé si podría confiar en ti.

–Solo hay un modo de saberlo.

–Quizás… está bien –respondió con repentina determinación–. Si tú cuentas lo de hoy como dos citas, después de las otras dos, cuando me hayas devuelto todos los diarios, reconsideraré la situación.

–Estupendo. Entonces, ¿te vienes a comer?

–Sí. ¿Donde?

–Bueno, como hace tan buen día, se me había ocurrido que

podríamos ir en el ferry de Dunwich a darnos un baño en el Cabo Lookout y, después, una buena comida.

Aurora no pudo controlar su entusiasmo.

–¡Me encanta el Cabo Lookout!

Él le tomó la mano entre las suyas.

–¿Entonces por qué no vas a por tu bañador, un sombrero y protección solar?

–De acuerdo, pero voy a necesitar que me devuelvas la mano –respondió con un brillo de malicia en los ojos.

Kirwan observó su mano y pensó que parecía diminuta comparada con las de él. Era cierto que normalmente no se sentía atraído por las mujeres bajitas pero, quizás, esta fuera algo totalmente diferente.

–Gracias por un día tan maravilloso –dijo Aurora cuando se estaban acercando a su casa al caer la tarde–. ¿Te gustaría pasar?

–Gracias a ti por este día, pero tengo trabajo. Y, para que veas que cumplo con mi palabra –abrió la guantera y sacó dos paquetes–. Solo quedan dos –susurró al dárselos.

–Bueno, me imagino que ya me llamarás cuando… cuando sea.

–Aurora…

–No, un trato es un trato, Luke. Buenas noches.

Salió del coche tan rápidamente como pudo, pero él no se marchó hasta que ella entró en su casa. Una vez allí, Aurora pensó que de verdad había sido un día maravilloso. Y no había sido por el maravilloso paisaje del cabo o porque hubieran hecho todo lo que ella había sugerido. Lo que lo había hecho tan mágico había sido Luke Kirwan.

No le había parecido el mismo hombre orgulloso y peligroso que había conocido en la fiesta. Seguía siendo increíblemente guapo y se hacía evidente al ver cómo lo miraban las mujeres. Pero también era muy interesante estar con él porque hablaban de todo tipo de cosas.

Había otras cosas que había encontrado muy estimulantes; verlo despojarse de la ropa antes de meterse al agua, admirar su cuerpo prácticamente desnudo. Solo estar tumbada en la arena junto a él le había cortado la respiración. Había podido llegar a imaginar lo que sería hacer el amor con alguien así, llegar al punto máximo de intimidad entre un hombre y una mujer. Pero, aparte de un par de miradas furtivas que le había lanzado cuando ella salía del agua, no había ocurrido nada.

Al volver al presente y ver los diarios se acordó de que era posible que, para él, todo aquello no fuera más que un juego. Mientras tanto ella estaba haciendo todas las cosas que había prometido no hacer; hasta se sentía decepcionada por que no hubiese entrado a tomar un

café y a darle un beso de buenas noches.

Dos citas más y estaría perdidamente enamorada de un chantajista. Tenía que haber algún modo de librarse de todo aquello…

Quizás nunca hubiera tenido intención de leer los diarios, se preguntó con un repentino ataque de esperanza. Pero enseguida se desvaneció. Aunque eso fuera verdad, seguiría sintiéndose entre la espada y la pared.

A no ser que tomara ella las riendas. ¿Qué pasaría si le dijera que no habría más citas hasta que le devolviese los diarios?

Capítulo 5

A LA mañana siguiente, Neil le hizo una oferta sorprendente: llevar su propio programa de entrevistas.

–No pongas esa cara de sorpresa –le dijo riéndose–. Estamos pensando en un programa semanal con un invitado en el estudio al que entrevistarías y luego darías paso a las llamadas. Creemos que estás lo suficiente preparada para hacerlo, además encajas a la perfección con el tipo de persona que necesita un programa así; pero supondría mucho más trabajo para ti. ¿Qué me dice, señorita Templeton?

–¡Digo que sí! –exclamó inmediatamente Aurora llena de entusiasmo–. ¡Es maravilloso! Gracias, Neil.

–Es un placer. Esto… ¿Qué tal van las cosas con Luke?

De inmediato sintió cómo toda la euforia se desvanecía en el aire.

–¿Por qué? –le preguntó con precaución.

–Creo que Leonie está pensando en intentar reconciliarse.

–Ah.

–¿Sigues saliendo con él?

–Ya no. Al menos no a partir de esta noche.

–Aurora…

–No te preocupes, Neil –le pidió con una tierna sonrisa–. Si no hubiera tenido tanta gente informándome, me habría metido en la boca del lobo –estaba a punto de marcharse cuando se detuvo para preguntarle algo–. Por cierto, ¿qué tipo de persona necesita un programa así?

–Alguien que no tenga nada que esconder, a veces los oyentes tratan de sacar los trapos sucios del presentador en antena –le explicó sonriente antes de comentarle en broma–: Así que, ya sabes, Aurora, si hay algo oscuro es tu pasado, este es el momento de confesarlo!

–No, no hay nada…

Nada aparte de un informe policial relacionado con ella y dos de sus diarios todavía en manos de Luke Kirwan. Desde que había llegado a casa del trabajo, no podía dejar de pensar en ello. ¿Qué podía hacer?

Lo único que se le ocurría era ir a explicárselo todo a Kirwan. Pero, si realmente era el demonio que parecía ser, a lo mejor lo utilizaba contra ella para algo más serio que hacerla salir con él. Podría afectar

a su carrera para siempre. En realidad era consciente de que lo que realmente intuía, sin tener en cuenta los comentarios de los demás, era que, en cuanto le confesara cuál era su situación, Luke Kirwan abandonaría el juego que se traía con ella. Pero, como reflejaba fielmente uno de sus diarios, la única vez que había confiado en su intuición sobre un hombre, había resultado que esa intuición no había sido demasiado fiable. A los veintitrés años, había creído estar profundamente enamorada, pero todo había acabado mal.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Era Luke, que le quería hacer una proposición. Barry y Julia iban a dar una fiesta en Beltrees, la granja de la familia; era el siguiente fin de semana y Julia lo había llamado para decirle que invitara a Aurora.

–¿Estás de broma? –preguntó ella sin mucho entusiasmo.

–No. Iríamos en avión así es que podrías venir a trabajar el lunes sin ningún problema. Creo te va a gustar Beltrees. Pero tengo que advertirte de que mi padre es algo especial.

–¿Va… va a estar allí?

–Claro –por el modo de contestar, era obvio que aquello le estaba pareciendo divertido–. Y no te preocupes, porque esta cita merece dos diarios. Tú decides qué pasará después.

–Ah… vale.

–Aurora, ¿estás bien?

Se concentró con fuerza para parecer animada.

–Sí, sí, perfectamente. La verdad es que parece un plan divertido.

–Estupendo, entonces volveré a llamarte a lo largo de la semana. Adiós.

–Adiós –colgó el teléfono y se quedó mirándolo con una idea fija en la cabeza: ¿qué había pasado con los planes de reconciliación de Leonie?

Volaron a Beltrees en un pequeño avión propiedad de la familia.

Aurora se había pasado toda la semana pensando cómo debía enfrentarse a aquel fin de semana; al final decidió que, ya que había conseguido recuperar tres diarios comportándose con total normalidad, seguiría con la misma estrategia. Si podía, claro, porque ahora todo le parecía mucho más serio. La sorprendió descubrir que aquel sitio, lejos de la llanura desértica que esperaba, estaba lleno de flores silvestres de todos los colores.

–¡No puedo creerlo! ¡Qué maravilla! –dijo extasiada desde el avión.

–Has tenido mucha suerte, esto no ocurre muy a menudo por aquí –informó Luke.

–Solo cada seis o siete años –intervino el piloto–. Bueno, aquí estamos, ustedes son los últimos en llegar a la fiesta.

–¿Quién va a haber exactamente? –quiso saber Aurora según se aproximaban al suelo.

–No estoy seguro. Julia solo me dijo que había una fiesta, pero ella viene de una familia muy numerosa.

–¿Tú creciste aquí, Luke?

–Sí, y le rompí el corazón a mi padre cuando se dio cuenta de que necesitaba escapar de aquí –Kirwan la miró con una luminosa sonrisa–. Las ovejas me aburren enormemente, aunque también era un sitio maravilloso para observar el cielo.

–O sea, que así fue como empezó todo. Con la pasión por la astronomía.

–Sí… pero también por otros fenómenos como los pozos artesianos o las corrientes de agua subterráneas. Así que tampoco es que perdiera el tiempo. Bueno, aquí estamos.

Aurora se quedó maravillada con aquella casa de madera a la orilla de un lago lleno de cisnes.

–¡Luke! ¿Estás seguro de que no estás loco? ¿Cómo pudiste marcharte de aquí? Neil me había dicho algo sobre el dinero de tu familia, pero ahora entiendo a qué se refería. ¡Dios! Yo solo he traído un vestido, lo demás son vaqueros y pantalones cortos.

Kirwan se echó a reír.

–No te preocupes, cuando mi madre vivía, las cosas eran más formales pero Julia es mucho más desenfadada. En cuanto a mi padre, ya te darás cuenta de que a veces dice las cosas que piensa sin demasiado protocolo. No le gusta andarse con ceremonias, y no le gusta que lo llamen sir David.

–¿Sir David Kirwan? –preguntó ella estupefacta–. ¿Cómo no lo había relacionado contigo hasta ahora? Lo hicieron sir por su contribución a la industria, ¿no?

Antes de que Luke tuviera tiempo de contestarla, llegaron Julia y Barry a recibirlos acompañados por un montón de perros; y no volvió a estar a solas con Kirwan hasta mucho más tarde. Con quien se quedó sola unos minutos fue con Julia, cuando esta le enseñó su dormitorio.

–Te habrá sorprendido todo esto, ¿no, Aurora? –le preguntó tan directa como siempre.

–Lo cierto es que sí. Y más después de saber que Leonie está intentando volver con él.

–La verdad es que no fue idea mía, Barry insistió en que vinieras, a él nunca le cayó demasiado bien Leonie; también me dijo que me quedara al margen, así es que, por favor no quiero que te sientas incómoda conmigo, pásatelo muy bien –añadió acompañando sus palabras de una sonrisa que parecía sincera.

Aurora respondió de la misma manera. Al mismo tiempo estaba pensando que menos mal que por lo menos Barry estaba dispuesto a

juzgarla por ella misma…

Aquella no era una fiesta muy multitudinaria, solo otras dos parejas, una de las cuales estaba compuesta por la hermana de Julia y su cuñado; la segunda eran amigos de la zona. Ella era la única desconocida del grupo, pero todos fueron muy amables desde el principio. No conoció a sir David hasta poco antes de la cena, cuando se reunieron para tomar una copa. Efectivamente, era algo especial.

Afortunadamente, el vestido negro sin mangas que había llevado estaba a la altura de la increíble elegancia del lugar y de los invitados; solo se arrepintió de haber elegido unos zapatos totalmente planos, no le habría venido nada mal un poco más de altura.

–Bueno, ¿dónde está? –aquel hombre de pelo blanco entró en la habitación como un torbellino–. Si ha conseguido desbancar a Leonie debe de ser algo extraordinario.

–¡Papá! –protestó Barry–. Creí que habíamos acordado no mencionar ese tema.

–En efecto es extraordinaria –intervino Luke con suavidad–. Papá, permíteme que te presente a Aurora Templeton –dijo tomándola de la mano.

Respiró hondo antes de estrecharle la mano a aquel hombre de ojos profundos como los de su hijo.

Sir David la miró de arriba abajo sin dejar nada por observar.

–Pero bueno, Luke, ¡eres un corruptor de menores!

–Tiene veinticinco años, papá –replicó Kirwan–. Y te recuerdo que tú eras quince años mayor que mamá.

–Pero… –se volvió a mirarla de nuevo–. Bueno, no podría ser más diferente de Leonie.

–Eso he oído –intervino ella–. Aunque no he tenido el placer de conocerla, es obvio que tiene una reputación inmejorable. De todos modos, yo no dejaría que lo engañase mi falta de centímetros –añadió con los ojos chispeantes–. He sido capaz de colarme en casa de su hijo y tirarlo al suelo y, desde entonces, no puedo librarme de él.

–Aurora –la interrumpió Luke con seriedad–. Eso es jugar un poco con la verdad.

–Es de lo que tú mismo me acusaste –respondió ella.

–¡Vaya! Parece que tiene carácter –dijo el señor Kirwan–. Creo que empiezo a entender lo que ha visto en ti mi hijo. Además, ahora que lo pienso, el último consejo que me dio Leonie para invertir en bolsa fue un auténtico desastre.

Todo el mundo se echó a reír y David Kirwan tomó a Aurora de la mano para acompañarla al salón donde estaba servida la cena.

–Mi padre se ha quedado entusiasmado contigo –comentó Luke mientras daban un paseo por el lago después de cenar.

–Bueno, creo que todavía no ha decidido lo que piensa de mí –Aurora se quedó mirando el reflejo de las luces de la casa en el lago. Sintió un escalofrío que hizo que Kirwan se quitara la chaqueta inmediatamente y se la pusiera sobre los hombros.

–El caso es que se lo ha pasado estupendamente.

–A mí me ha parecido encantador. ¿Es cierto que le rompiste el corazón?

–No tanto, Barry está encantado de hacerse cargo de la granja.

–Pensaba que eras un hijo del que cualquiera estaría orgulloso.

–Me temo que lo que más desea ahora mismo mi padre es tener nietos. Barry y Julia no parece que tengan mucha prisa y yo… yo también le estoy dando largas a ese tema.

Aurora se quedó un momento pensando que, a lo largo de la noche, había notado a Luke algo desilusionado. De todos modos, aquello no era asunto suyo, ella solo debía concentrarse en recuperar sus diarios; así que lo mejor era que ni siquiera se detuviera a preguntarse el motivo por el cual la había llevado a conocer a su padre…

Se sentó en un banco cerca del agua y le hizo un gesto a Luke para que hiciera lo mismo.

–¿Por qué no me señalas alguna estrella?

–Esa es la Cruz del Sur –respondió él algo serio.

–¿Qué ocurre? ¿Vuelves a sentirte peligroso?

Se quedó callado unos segundos.

–¿Cómo lo sabes?

–Ya te dije que me pareciste peligroso nada más verte. Ahora es diferente, pero hay ciertos indicios que siguen ahí. ¿Es porque tu padre haya mencionado a Leonie?

Le echó el brazo por encima de los hombros antes de contestar.

–Papá y yo a veces tenemos ciertas confrontaciones. No es tan despistado como quiere hacer ver… lo de hablar de Leonie ha sido una forma premeditada de hacerme ver el error que, según él, he cometido.

–¿Entonces por qué me has traído? Ya imaginarías que esto iba a ocurrir.

–Me pareció buena idea hacerlo cuanto antes.

Sin pensarlo, Aurora apoyó la cabeza en su hombro y, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, intentó volver a sentarse recta, pero Luke le sujetó la cabeza con suavidad.

–No te preocupes, no nos ve nadie.

–Es que… siento como si yo fuera el error que has cometido.

Él la miró sonriendo.

–Todo lo contrario, incluso tu nombre demuestra lo apropiada que eres para un astrofísico como yo, Aurora.

–Es porque nací justo al amanecer.

–En meteorología la aurora es un fenómeno luminoso y lleno de colores que aparece en el cielo: eso es lo que tú eres para mí.

Intentó no dejarse llevar por las maravillosas palabras que acababa de dedicarle.

–Además de un error.

–Eso es lo último que me pareces últimamente –aseguró acariciándole la mejilla.

Creía que podría seguir resistiéndose hasta que la aproximó hacia su cuerpo.

–¿Te molesta? –tanteó él.

–La verdad es que tu cuerpo es bastante acogedor. Me haces sentir segura.

–¿Te sientes insegura y sola a menudo, Aurora? –preguntó después de unos segundos.

Ella se quedó meditando.

–Hubo algo que me llamó la atención cuando eché un vistazo a tus diarios y que he comprobado después de conocerte, y es que en tu vida ha habido largos periodos de soledad; por la ausencia de tu madre y el trabajo de tu padre.

–Puede que sea cierto –admitió ella–. No tengo más familia que mi padre, pero trato de no pensar en ello. ¿Qué te ha hecho acordarte de eso ahora mismo?

–No sé, esta tarde estaba pensando que, si hubiera sabido lo importante que eran esos diarios para ti, jamás te los habría arrebatado. También pensé que sería muy feliz si pudiera besarte y, con ello, darte seguridad –dijo acercándose en busca de su boca.

Cuando sus labios se separaron unos minutos después, Aurora se sentía diferente. Todo su cuerpo estaba estremecido por el deseo. Él seguía acariciándola por debajo de la chaqueta y la manera en la que la tocaba empezaba a resultarle agradablemente familiar.

–Esto cada vez es más difícil de controlar –susurró ella.

–Pero más agradable, ¿no? –respondió él estrechándola entre sus brazos y dándole un beso en la frente.

–Es maravilloso. Ya casi no me siento como un error. Sin embargo…

–No te preocupes, mientras estemos en Beltrees no te haré nada –interrumpió bromeando.

–Lo sé, pero luego, ¿qué?

–Quizás podamos llegar a otro acuerdo cuando volvamos –le levantó la barbilla para besarle la punta de la nariz.

–¿Sabes? Estaba intentando imaginarte de niño observando las estrellas.

–Mañana te enseñaré mi primer telescopio. Lo hice yo mismo. Pero, mientras tanto, como tengo que seguir portándome bien, a lo mejor deberíamos volver dentro.

Eso hicieron, cada uno a su propio dormitorio. Pero fue como si a partir de ese momento se hubiera creado entre ellos un vínculo mental que los mantenía unidos.

Aurora tardó mucho en quedarse dormida. ¡Qué tonta se sentía por haber tratado de convencerse de que lo único que quería era recuperar sus diarios!

El sábado fue un día muy activo durante el cual montaron a caballo, jugaron al tenis y prepararon una barbacoa. En un momento del día, subieron al ático de la casa para que Luke le enseñara el telescopio. Les costó un buen rato encontrarlo entre tantas cajas.

–¡Es bastante primitivo! No sé si funcionará todavía, seguramente las lentes se hayan estropeado.

–¿De dónde sacaste las instrucciones para fabricar un telescopio tú solo? –le preguntó Aurora fascinada.

–De una revista científica. Sacaba muchas cosas de las revistas… con una de esas ideas acabé prendiendo fuego al tejado del cobertizo.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada.

–Luke, deberías guardar todo esto en condiciones más apropiadas, algún día a tus hijos les encantará verlo.

–No son más que trastos. Ni los había tocado desde que tenía… unos quince años.

–Guárdalos, Luke –le aconsejó poniéndole la mano sobre la suya–. Si fueran mis hijos… –se calló bruscamente. La mirada con la que él le respondió hizo que un intenso escalofrío le recorriera la espina dorsal.

–Me pregunto cómo serían nuestros hijos. ¿Chiquillas inquietas que se colarían en las casas ajenas?

–O chiquillos que prenderían fuego a los tejados.

–Quizás no heredaran lo malo de cada uno –sugirió él al tiempo que la tomaba en brazos y la sentaba al borde de una mesa; se quedó unos segundos observando su rostro.

–Sé lo que estás pensando –aseguró ella–. Hace solo unas semanas decía que no tenía la menor intención de empezar a pensar en el matrimonio y la maternidad… y aquí estoy hablando de hijos; pero solo hablaba de manera general.

Luke estaba jugueteando con los botones de su blusa mientras la escuchaba.

–No era eso lo que estaba pensando. Pensaba en que tienes una

piel maravillosa –dijo pasándole la mano por la mejilla–. Unos labios deliciosos; y, cuando juegas al tenis, pegas a la pelota como si fuera tu mayor enemigo, además sacas la lengua al hacerlo. En todo eso pensaba. Está usted llena de energía, señorita Templeton.

–Supongo que soy un poco competitiva.

–Sin embargo conmigo estás mucho menos agresiva últimamente.

–Pero no te confíes, todavía no sé muy bien lo que pienso de ti.

–¿Por qué?

–Todavía tienes dos de mis diarios –le recordó ella.

–O sea, que por eso estás siendo amable conmigo, solo hasta que te devuelva los diarios, ¿no?

–Claro, ¿no harías tú lo mismo en mi lugar? –siguió provocándolo ella.

–Puede ser. ¿El beso de ayer era parte del plan? –preguntó algo más serio.

Ella le contestó simplemente con una mirada llena de dulzura.

–¿Y si te dijera que, de no haber tanta gente en Beltrees, te propondría que nos fuéramos a bañar desnudos al lago, después podríamos hacer el amor sobre la hierba y cenar a la luz de las velas? ¿No sería maravilloso?

–Parece que sigue siendo usted muy peligroso, profesor Kirwan.

–A lo mejor es que tiene algo que ver contigo –en ese momento sonó la campanilla que los avisaba para bajar a tomar el té–. Te ha salvado la campana.

Aurora emitió un gruñido.

–Me halaga que protestes.

–Protesto porque no puedo comer nada más después de la barbacoa.

–Eso me deja destrozado.

–No es cierto –dijo dándole un beso–. Todavía no sé qué es exactamente, pero sigues jugando conmigo. ¡Ya lo averiguaré! –aseguró mientras salía de la habitación dejándolo allí atontado viéndola marchar.

El resto de su estancia en Beltrees transcurrió con tranquilidad hasta que, solo unas horas antes de marcharse, sir David se cayó del caballo y se rompió un brazo. Después de disculparse con Aurora cientos de veces por dejarla volver sola a Brisbane, Luke decidió acompañarlo al hospital. Se despidió de ella con un beso y le dijo que la llamaría en cuanto regresara.

Aurora se preguntaba si le habría dado instrucciones a la señorita Hillier para que le llevara los diarios como la última vez, pero pasaron varios días sin que recibiera noticia alguna. Estaba empezando a

preocuparse, y no solo por sus diarios.

Parecía que la costumbre de aquel hombre era besarla, o al menos pensar en hacerlo, y después desaparecer mientras ella se consumía de impaciencia. Ya era hora de tomar cartas en el asunto; así que lo que hizo fue llamar a su casa y concertar una cita a través de su secretaria.

Se convenció a sí misma de que debía tomarse aquella visita como una reunión de negocios, y como tal se vistió: llevaba un traje sastre verde oscuro y zapatos negros. Se recogió el pelo y se puso un poco de maquillaje para disimular la palidez.

Ya en su antigua casa, la señorita Hillier la hizo pasar con cara de preocupación.

–No está de muy buen humor –le susurró la secretaria.

–Yo tampoco –aseguró Aurora en el mismo tono de voz–. Bueno, llévame ante la fiera.

–Está hablando por teléfono, le traeré un té mientras espera.

–Mejor tráigame un coñac. Creo que lo voy a necesitar.

–Puede que hasta yo me tome uno –afirmó la señorita Hillier sonriendo.

Diez minutos después, cuando Aurora casi se había bebido todo el coñac, apareció Luke.

–Siento haberte hecho esperar, Aurora –dijo nada más entrar al salón–. Y siento también no haberte llamado, es que surgieron algunas complicaciones; mi padre tuvo neumonía.

–¡Vaya! Lo siento. ¿Qué tal…?

–Está bien, pero ha estado muy delicado –la interrumpió con la mirada fija en el vaso de coñac. Tampoco el modo en el que iba vestido hacía que Aurora se sintiera más tranquila: llevaba un traje oscuro con camisa gris y corbata negra; parecía serio y distante–. Parece que hubieras venido con una misión, déjame adivinar… ¿tus diarios?

Aurora se quedó pensando un momento cómo debía comportarse. La enfermedad de su padre era motivo suficiente para que se le hubiera olvidado llamarla y, en otro momento, eso le habría bastado, pero estaba demasiado distante, como dándole a entender que lo último que necesitaba en esos momentos era verla a ella.

–Siento mucho lo de tu padre, Luke, pero me gustaría que dejaras de mirarme de ese modo desde ahí arriba.

Inmediatamente se sentó enfrente de ella.

–¿Mejor así?

–Parece que no estás de muy buen humor.

–Y parece que mi secretaria y tú estáis compinchadas otra vez –dijo mirando la hora–. Me temo que tengo otra reunión enseguida, así que si fuéramos al grano…

Aurora tuvo que respirar hondo para controlarse.

–De acuerdo, esto ya ha durado demasiado tiempo. Quiero que me devuelvas mis diarios inmediatamente. Estoy a punto de empezar una nueva etapa de mi vida y necesito solucionar esto ya para poder…

–De acuerdo.

–¿Qué has dicho?

–Ahora mismo te los doy –diciendo eso llamó a la señorita Hillier, le dio un juego de llaves y le pidió que trajera los dos paquetes que quedaban en la caja fuerte–. Bueno, ¿qué nueva etapa es esa? –preguntó una vez que ella ya tuvo los diarios en su poder–. Ha surgido muy de repente, ¿no?

–No tenía pensado entrar en detalles.

–¿Por qué no? Parece muy importante para ti.

–Precisamente por eso. Quiero decir… a partir de ahora mi imagen pública…

–Ya veo –la interrumpió otra vez–. No querías que los diarios estuvieran fuera de tu alcance por si acaso yo sentía la tentación de… ¿perjudicar tu reputación?

Aurora titubeó antes de acabar asintiendo.

Luke se puso en pie y fue hacia la ventana, donde se quedó mirando al jardín con las manos metidas en los bolsillos; entonces se volvió a mirarla.

–¿Esa es la única razón por la que has venido? –preguntó con tristeza.

–Claro que no –respondió ella sinceramente–. Detesto no saber en qué situación me encuentro. Me aterra la idea de que alguien pudiera leerlos, pero sobre todo me aterra imaginar que tú pudieras hacer algo así.

–Nunca he tenido la menor intención de leerlos –aseguró con un gesto de dolor.

Aurora sintió una pequeña descarga de esperanza, sin embargo lo que dijo no encajaba con esa sensación.

–Yo no podía saberlo. Además, seguías jugando conmigo.

–¿Y a ti no te gusta jugar con los hombres?

–No con los que están despechados o al acecho.

–¿Es esa la sensación que te he dado últimamente?

–No –admitió algo sonrojada–. Pero ahora tampoco pareces el mismo que fuiste esos últimos días.

–Yo también podría decir lo mismo –replicó mirándola de arriba abajo.

–¿Has vuelto con Leonie? ¿Es eso lo que pasa?

–¿Estás celosa, Aurora?

Ella se puso en pie con los puños cerrados.

–Antes de que intentes pegarme, si jamás hubieras oído hablar de Leonie, ¿qué pensarías de lo que hay entre nosotros dos?

–No puedo saberlo porque sí que sé que Leonie existe.

–Pero, aparte de ella, algo habrás pensado sobre nuestra situación. Cuando nos besamos, por ejemplo –sugirió en tono provocador.

–¡Estás insoportable! –exclamó Aurora incapaz de seguir controlándose–. Será mejor que te libre de mi molesta presencia para que puedas acudir a tu siguiente cita.

–Tu presencia no es molesta. Nada me gustaría más que quitarte esa ropa tan seria que te has puesto y hacerte el amor aquí mismo.

–¿Cómo puedes decir eso? –le preguntó boquiabierta.

–Muy sencillo. Hacer el amor contigo es algo en lo que no dejo de pensar últimamente –sonrió levemente–. ¿Por qué crees que no te llamé inmediatamente después de ir al Cabo Lookout? ¿Por qué crees que te llevé a Beltrees con tanta gente y ni más ni menos que con mi padre?

–¿Sabes… Sabes una cosa? Lo único que te interesa es salirte con la tuya.

–¿Ya estás con eso otra vez? –preguntó él burlón.

–¡Dios! –exclamó furiosa al tiempo que se ponía en pie con los diarios en la mano–. ¡Ya está bien! Y no te atrevas a ponerte en mi camino. Espero no tener que volver a verte jamás, Luke Kirwan.

Aurora salió de la habitación y Luke no movió un dedo para impedírselo.

Tres días después, estaba leyendo las noticias de forma automática hasta que llegó a una que la hizo tartamudear, quedarse callada y tener que disculparse antes de continuar.

Cuando por fin terminó, en lugar de hacerle la acostumbrada señal de que todo había salido bien, Neil le preguntó si se encontraba bien, ya que tenía mala cara. Reconoció que no se encontraba bien, pero no le dijo el motivo; lo que sí hizo fue aceptar encantada su consejo de tomarse el resto del día libre.

Cuando llegó a casa se derrumbó en el sillón riéndose de su propia estupidez. Lo había olvidado por completo hasta que llegó a aquella noticia sobre alguien que había entrado a la fuerza en una casa de la ciudad; fue entonces cuando le vino a la cabeza que la policía seguía teniendo abierto un informe relacionado con ella. Ahora que había visto la otra cara de Luke Kirwan, aquello podía acabar convirtiéndose en ese lado oscuro de su pasado del que le había hablado Neil.

Se pasó el resto del día dándole vueltas al asunto, pero siempre



acababa llegando a la misma conclusión: solo había una cosa que ella pudiera hacer.

Capítulo 6

ESA vez no concertó ninguna cita con la señorita Hillier.

Se dirigió hacia la casa y, una vez allí, llamó al timbre repetidas veces. Nadie contestó, pero las luces estaban encendidas, así que dio la vuelta por el jardín y entró por la puerta de la terraza, que estaba abierta. No esperaba encontrarse con Luke completamente inmerso en su faceta de profesor.

Allí estaba, sentado en su despacho con la mesa inundada de papeles y las paredes cubiertas de libros de arriba abajo. Tenía el pelo despeinado y una incipiente sombra de barba.

Levantó la vista al notar su presencia y se quedó mirándola sorprendido.

–He llamado al timbre un montón de veces. A lo mejor no querías contestar por si era yo, lo siento pero…

–Yo… no, no. Es que no lo he oído –ella lo miró con cara de desconfianza–. No me he quedado sordo, es que cuando estoy trabajando desconecto de todo lo que ocurre fuera. Lo siento.

–Ah.

–Tengo que admitir que es una verdadera sorpresa –dijo poniéndose en pie para acercarse a ella.

A Aurora la pilló desprevenida su propia reacción ante el aspecto de Luke. Llevaba unos vaqueros gastados y una sudadera algo vieja, y estaba sencillamente espectacular. Aquello hizo que ella sintiera verdadero pánico. Tampoco fue de mucha ayuda el modo en el que él la observó vestida con unos pantalones anchos y una camisa de cuadros.

–He venido porque se me olvidó algo.

En el rostro de Luke se dibujó una sonrisa malévola.

–No más diarios, ¿verdad, Aurora?

–No. El informe de la policía. Es muy importante, estoy a punto de empezar un programa nuevo y necesito que… que hagas algo.

–Ah, es eso –respondió con tranquilidad–. Retiré la denuncia hace semanas, de hecho lo hice antes de nuestra primera cita.

–¿Cómo? –preguntó Aurora con incredulidad.

–Le dije a la policía que había sido un malentendido. Un asunto pendiente con una… amiga que había venido a reclamar algo que era suyo y, al encontrarse la puerta abierta, decidió recuperarlo por sí misma.

–¿En serio se creyeron eso?

–Ya se sabe las cosas que puede hacer un amante despechado –explicó lanzándole una elocuente mirada–. Pero no te preocupes porque no les di ningún nombre, comprendieron que un caballero nunca desvelaría la identidad de una dama.

Aurora estaba estupefacta.

–Muchas gracias. Si te soy sincera, no pensé que hubiera tanta caballerosidad en ti, pero… –dejó de hablar al darse cuenta de que se estaba ruborizando.

–¿Quieres tomar una copa? –le ofreció él para cambiar de tema y, sin esperar respuesta, se fue por ella.

Mientras esperaba observó el despacho: era un lugar acogedor y decorado con un gusto exquisito.

Enseguida, volvió con las dos copas y se sentó a su lado.

–Siento haber…

–¿De verdad creíste que sería capaz de utilizar el informe en tu contra, Aurora?

–No sabía qué pensar –tuvo que dar un trago de la copa de coñac para continuar hablando–. La verdad es que después de la última vez que estuve aquí… bueno, no sabía qué pensar –repitió con frustración.

–Me encantaría borrar ese último encuentro –murmuró mirándola a los ojos–. Estaba un poco agobiado.

–¿Por tu padre? Ahora lo entiendo.

–Eres muy compresiva –le dijo con una triste sonrisa–. Sí que era por mi padre, pero no por lo que tú crees. Por supuesto estaba preocupado por su salud… pero es que ese breve encuentro con la muerte le provocó una extraña reacción. Me dijo que lo que más deseaba era verme casado antes de irse de este mundo.

Aurora no supo cómo reaccionar, por lo que simplemente permaneció en silencio.

–Bueno, ¿has comido? –afortunadamente Luke volvió a cambiar de tema.

–Mmm… no.

–Yo tampoco. ¿Qué tal si preparo unos huevos revueltos?

–¿Puedes? ¿Qué pasa con todo ese trabajo en el que estabas tan enfrascado?

–La verdad es que estaba totalmente atascado –afirmó con rabia, pero se quedó mirando al escritorio con arrepentimiento.

–Vamos a hacer una cosa –dijo ella–. ¿Por qué no hago yo los huevos revueltos mientras tú intentas recuperar tu inspiración con eso que es tan complicado?

Kirwan se volvió a mirarla, le tomó el rostro entre las manos y la besó con dulzura.

–Eres un encanto.

Nada más salir del despacho, Aurora se quedó parada en el pasillo con el corazón saltándole dentro del pecho. Sin darse cuenta siquiera, acababa de volver a caer en las encantadoras redes de Luke Kirwan…

–Estoy preparando un discurso –le explicó después de haber comido–. Me han pedido que abra el congreso de astrofísica que se celebra en Gold Coast dentro de dos semanas. Estaba intentando unir lo antiguo con lo moderno… no sé. Quería establecer una conexión entre Tolomeo, Copérnico, Galileo, Halley, Newton, etc… y el mundo moderno.

–Yo sé un poco de eso –intervino Aurora–. Acabo de leer un libro que se llama *La Hija de Galileo*, así es que, para su sorpresa, señor profesor, soy una auténtica mina de información.

Luke se quedó pensando en lo ella había dicho.

–*La Hija de Galileo*…

–¿Te sugiere algo?

–Me parece que sí. Verás, al ser un discurso de apertura, quería darle algunos toques de humor…

–Copérnico era monje, pero a lo mejor Isaac Newton o Edmund Halley tenían una esposa de la que puedas sacar algún toque humorístico –le sugirió Aurora–. En la época de Galileo al menos, los científicos no solían casarse; por eso sus hijas acababan siempre en conventos, ya que eran ilegítimas. Tú –hizo una pausa para hacerle un gesto de malicia–… Tú no estás de acuerdo con eso, ¿verdad?

–Claro que no.

–¿Entonces por qué rompisteis Leonie y tú? –preguntó ella sin pensarlo dos veces.

Luke abrió los ojos de par en par sin saber qué contestar.

–Lo siento. Se me ha escapado. Es que sé de buena fuente que Leonie es una mujer diez, por no decir once o doce.

–¿Quién esa buena fuente? No me lo digas. Neil y Mandy Pearson.

–Sí. La verdad es que Neil se quedó boquiabierto cuando se enteró de que tú y yo quedábamos de vez en cuando. Me dio la sensación de que pensaba que yo no estaba a tu altura. Ahora que lo pienso también dijo que tú… no, nada.

–Por favor, no te preocupes por mis sentimientos –le pidió Luke educadamente.

–No me preocupan tus sentimientos, es que no me parece bien contarte lo que me dijo Neil de forma confidencial.

–Entonces yo mismo se lo preguntaré. Al fin y al cabo, ya has descubierto casi todo el pastel.

–¡Luke! ¡No te atrevas a hacer eso! –exclamó Aurora poniéndose en pie.

–No tienes manera de impedírmelo –susurró él levantándose también–. De hecho, creo que voy a llamarlo ahora mismo.

Ella echó un vistazo a la habitación.

–¡Aquí no hay teléfono! –se puso en la puerta con los brazos y las piernas abiertas para impedirle el paso.

–Sé que una vez conseguiste tirarme al suelo, pero te recuerdo que aquel día estaba enfermo y por tanto bastante débil. ¿De verdad crees que podrías impedirme que pasara?

–¿Me estás amenazando, Luke?

–Más o menos –dijo muy serio–. Lo mejor que se me ocurre es esto –la tomó en brazos y se la llevó hasta un sofá de cuero que había al otro lado del despacho.

Ella se revolvió entre sus brazos, más que nada por la sorpresa, pero enseguida se dio cuenta de que tenía tantas posibilidades de escaparse como de librarse de la trampa de un cazador experto.

–No tengo la intención de embarcarme en una lucha poco digna y sin sentido. Debo recordarte además que ya te vengaste más que suficiente de nuestro primer encuentro la siguiente vez que nos vimos. Y tampoco pienso sucumbir de nuevo al chantaje.

–¿Ah, no? ¿Y qué crees que tengo en mente entonces?

–¿Hacer que me rinda a base de besos?

–¡Qué buena idea! –exclamó Kirwan riéndose.

–Tú no harías algo así, ¿verdad, Luke?

–Por supuesto que tenía la intención de besarte. Pero si te parece una condena peor que la muerte… lo único que tienes que hacer es decirme qué te dijo Neil –sugirió con los ojos llenos de brillo.

–Ponme a prueba –lo desafió ella con los ojos encendidos también.

Aurora se quedó esperando a que la besara pero él no lo hizo inmediatamente, sino que se entretuvo jugando con el botón de arriba de su blusa para acabar deslizando la mano por el escote y acariciándole el hombro.

Resistió los estremecimientos que sentía por todo el cuerpo haciendo un gran esfuerzo al tiempo que pensaba en cómo había sido tan tonta de dejarse atrapar en ese juego. Sin embargo, en cuanto sus dedos rozaron el sujetador y después su pecho, dejó de pensar. Y cuando empezó a acariciarle el pezón tremendamente excitado, Aurora se mordió los labios de placer. Abrió los ojos y dijo con voz entrecortada:

–Dijo que pensaba que, al haber tenido siempre a las mujeres detrás de ti, el concepto de monogamia te resultaba un poco ajeno. Luke –dijo incorporándose en el sofá–, si alguna vez le dices que te lo he contado, o dejas que eso afecte a vuestra amistad, ¡jamás te perdonaré! Lo cierto es que, como él mismo admitió, solo estaba divagando porque –hizo un gesto de desesperación–… nadie entendía

por qué habíais roto Leonie y tú. Por cierto, nunca me habías hecho sentir algo así, ni siquiera en Beltrees.

–Me alegro de que me lo digas –admitió mientras le colocaba la blusa de nuevo y le daba un casto beso en la mejilla.

–Puede que no seas el demonio que yo pensaba, pero sigue habiendo demasiadas cosas que no sé o que no entiendo.

–¿Cómo por ejemplo si quieres seguir adelante con un tipo al que le resulta algo ajeno el concepto de monogamia?

Se quedó mirando aquellos ojos grandes y brillantes.

–¿Es eso cierto?

–Claro que no.

–¿Entonces qué es lo que ocurrió con Leonie?

Luke se tomó unos segundos antes de volver a mirarla a la cara.

–¿Eso quiere decir que te vuelve a interesar la idea de llegar a conocerme, Aurora?

–Después de lo que acaba de ocurrir, puede que te resulte difícil comprender que sigo teniendo ciertas reservas al respecto, pero las tengo.

–Lo entiendo.

–¡No, no lo entiendes! Los hombres siempre hacéis lo mismo –antes de que él pudiera intervenir, Aurora continuó hablando–. Todos, absolutamente todos los que nos conocen han expresado su sorpresa, incluso su preocupación, ante el hecho de que yo estuviera ocupando el lugar de Leonie. ¿Qué debo pensar? Aparte de lo obvio, que somos tan diferentes como la noche y el día.

–Y es cierto –afirmó acariciándole la mejilla.

–¿En qué? –al ver qué él no contestaba, Aurora le hizo una sugerencia–: ¿En que no represento una amenaza tan seria para tu independencia?

–Eres una auténtica amenaza para mi tranquilidad emocional –bromeó él–. Pero no tenía pensado hacer nada al respecto hasta que has caído en la trampa sobre lo que te dijo Neil.

–Debería haberlo sabido. Pero no voy a ir más lejos –aseguró con determinación.

Luke se puso en pie y fue hacia el escritorio, donde fingió que ordenaba unos papeles.

–No sé exactamente lo que ocurrió –dijo de repente–. Sentía auténtica admiración por Leonie, creía que estaba enamorado de ella. Seguí sus planes de futuro hasta el punto de que compré esta casa con la idea de casarnos y vivir aquí juntos. Pero entonces –hizo una pausa y miró a su alrededor como buscando las palabras adecuadas–… me entró miedo. Por alguna razón, me dio la sensación de estar metiéndome en un túnel.

Aurora lo escuchaba con total concentración.

–Quizás debería decirlo de otro modo. Lo que ocurría era que me mortificaba la idea de cambiar lo que ya teníamos.

–¿O sea, que habrías sido feliz si hubieras podido seguir con ella pero sin casarte? Eso es…

–¿Diabólico? –dijo él sonriendo–. Eso pensaba ella también y no la culpo. Pero eso fue lo que ocurrió. Piensa lo que quieras, pero te aseguro que no tenía nada que ver con la necesidad de estar con más de una mujer.

–Simplemente no quieres comprometerte con una mujer, sea quien sea, para el resto de tu vida –resumió ella con la mirada clavada en sus ojos–. Puede que seas más parecido de lo que crees a Galileo y a los científicos de su tiempo. Estás casado con la ciencia, las mujeres ocupan solo el segundo puesto.

–Me imagino que el tiempo lo dirá –respondió con cierta sequedad.

–¿Sabe Leonie que existo?

–Seguramente sí, dado que es amiga de Mandy –contestó aún con más tensión en la voz–. De todos modos, yo nunca he tratado de esconderte.

–No dejo de pensar en lo rápido que…

–Aurora, fue tan rápido por tu culpa. Tú te encargaste de que nuestro primer encuentro fuera difícil de olvidar.

–¡Pero no lo hice deliberadamente! ¡Intenté evitarte con todas mis fuerzas, Luke Kirwan!

–Lo sé, lo sé. Lo que intento decir es que las cosas ocurrieron así, simplemente. Parece que crees que todo fue parte de una complicada estratagema que yo hubiese preparado.

–A lo mejor deberías haber esperado un poco –protestó Aurora desesperada–. Y ahora esto. Tu padre preocupado por ti y Leonie con intención de reconciliarse… por cierto, ¿es verdad eso?

La miró, pero no contestó durante una larga pausa.

–Tengo la sensación de que Leonie cree que hemos tirado por la borda tres buenos años sin motivo alguno –explicó por fin–. No estoy seguro. ¿Por qué no hablamos de ti, para variar?

–¿Por qué? Quiero decir… ¿Qué quieres saber?

–¿Qué experiencias has tenido, Aurora?

Hizo un repentino movimiento para ponerse recta apoyada en el respaldo del sofá, antes de comenzar a hablar muy despacio.

–Ya sé a qué te refieres. Quieres saber de qué forma pueden afectar a mi relación contigo las otras relaciones que he tenido. Pues soy mucho menos complicada que tú; tuve muchos encaprichamientos durante la adolescencia –le informó con una fugaz sonrisa–. Después, me enamoré seriamente, pero era un hombre casado y ni siquiera llegó a enterarse de mis sentimientos. Esa es una de las razones por las que estaba tan empeñada en recuperar los diarios. A los veintitrés

años, decidí arriesgarme. Ahora creo que me sentía como una solterona y por eso todo ocurrió de forma tan repentina. En aquel momento, creí que había encontrado el amor de mi vida, pero seis meses después… bueno… a lo mejor no somos tan diferentes después de todo. De pronto, me sentía muy agobiada, él se volvió celoso y posesivo, y yo empecé a preguntarme qué demonios había podido ver en aquel tipo. Fue muy raro.

Luke la observaba con absoluta concentración.

–¿Tuviste miedo?

–Sí, hasta tuve que pedirle ayuda a mi padre.

–Y eso va en contra de tus principios –supuso él.

–La verdad es que me gusta librar mis propias batallas, pero agradecí mucho lo que mi padre hizo por mí en aquel momento.

–¿Y crees que todo eso ha afectado a tu forma de relacionarte con los hombres?

–Claro –respondió en el momento en el que no pudo ocultar una sonrisa malévola que asomaba en su boca–. Como ya sabes, no me gusta dejarme impresionar y siempre estoy alerta para que nadie…

–… ¿Te lleve al jardín? –completó él la frase.

–Tampoco me ha hecho alejarme de los hombres, como también te habrás percatado. Pero es cierto que, desde entonces, no ha habido nada serio.

–Bueno, ¿y cómo nos ves a nosotros?

–No lo sé muy bien.

–¿Y qué te parece si continuamos hasta que tengamos una respuesta?

Antes de contestar, Aurora se tomó su tiempo para evaluar la propuesta. Sabía que, si bien no era el demonio, tampoco tenía garantía alguna de que no fuera a hacerle daño… Claro que, ¿cuándo había garantía de eso?

–¿Quieres decir más como amigos? –preguntó insegura–. Si eso es lo que queremos, tendremos que establecer un claro límite para que no vuelva a ocurrir lo de hace un rato –añadió con algo más de certeza.

–¿No podría ni ponerte un dedo encima? –dijo Luke en tono seductor mientras se sentaba a su lado sonriendo con dulzura–. Aurora, si eso es lo que quieres, podemos dejarlo aquí y ahora.

–¿Tan poco te importa? –preguntó ella con un temblor en la voz que no pudo disimular.

–No, de hecho me importa mucho. Puede que no te hayas dado cuenta pero, desde que te conozco, me siento mucho más relajado, mucho menos… –su boca se torció ligeramente–… menos peligroso. Eres como una ráfaga de aire fresco en mi vida.

–Gracias, debo admitir que, a ratos, has hecho que mi vida fuera

un desastre, pero ha habido cosas buenas. De todos modos, creo que por ahora, deberíamos dejarlo aquí, profesor.

–¿Puedo hacer una sola observación más?

–¡Solo una!

–Me va a resultar tremendamente difícil quitarme la costumbre de besarte.

–Bueno, me imagino que podremos hacer alguna que otra excepción. Como por ejemplo ahora, te voy a dar un beso de buenas noches y me voy a ir a casa a dormir –diciendo lo cual puso en práctica sus palabras. Pero no terminó exactamente como ella había planeado, sino que, como ya era habitual, acabó siendo un placer más allá de lo que jamás hubiera sentido con ningún otro hombre.

–¿Te ha molestado?

–¿Has observado que opusiera alguna resistencia? ¿Cómo me iba a molestar? –contestó Aurora todavía temblorosa.

–Como dijiste una vez, un hombre siempre es un hombre; no he podido resistirme.

–¿Porque estaba intentando imponerme?

–No solo por eso, también porque eres preciosa.

–Tú tampoco estás nada mal –bromeó separándose de él después de darle un breve beso–. Buenas noches, mi príncipe –añadió dulcemente al tiempo que le hacía un gesto para que no se levantara–. No me acompañes, ya sabes que se me da muy bien entrar y salir de esta casa. Vuelve con la esposa de Newton.

El modo en que lo miró justo antes de salir de la habitación daba a entender que era perfectamente consciente del poco consuelo que iba a encontrar Luke en la mujer de Newton después de lo que acababa de haber entre ellos.

Kirwan se acercó a la ventana y vio marcharse a Aurora mientras se preguntaba de qué modo encajaba aquella encantadora mujer en sus planes de vida. Enseguida se dio cuenta de que lo más preocupante era que esos planes de vida ni siquiera existían.

Como muy bien le había recordado su padre, había pasado de una mujer a otra inmediatamente. ¿Por qué? Desde luego no había sido porque Leonie hubiera cambiado, lo que hacía que a ella le costara tanto comprenderlo… En ese momento se acordó de que su padre había llegado a confesarle que él mismo había sentido miedo justo antes de casarse con su madre; sin embargo el matrimonio de sus progenitores era para Luke el paradigma de unión y estabilidad. Y si era el matrimonio lo que lo asustaba, ¿quién podía decirle que no iba a ocurrirle lo mismo con Aurora?

Si además, como ella misma había dicho, estaba casado con la ciencia, le parecía injusto seguir intentando seducir a Aurora. Tuvo que recordarse que estaba tratando con una mujer acostumbrada a

luchar y a la que la vida le había dado muchos golpes. ¿Debía seguir persiguiéndola simplemente porque no era capaz de controlarse?

Capítulo 7

AURORA conoció personalmente a Leonie Murdoch una semana después. Todo fue un accidente.

Estaba metida en el coche esperando en un cruce cerca de casa de Luke al volver de la radio al mediodía. Había muchísimo tráfico, por lo que llevaba esperando un buen rato para poder incorporarse a la carretera, cuando de pronto notó que el coche de detrás chocaba contra el suyo. Afortunadamente el golpe no fue lo bastante fuerte como para empujarla a la carretera llena de tráfico; lo que sí hizo fue darle un buen susto.

Salió del coche resoplando con furia, furia que creció al ver que el coche que la había embestido, un BMW azul zafiro, estaba literalmente empotrado en el suyo.

–¿Dónde le dieron el carnet, venía en una caja de cereales? –le gritó a la conductora del BMW, una elegante mujer alta y pelirroja.

–¿Y a usted? –respondió la otra mujer con frialdad–. En el tiempo que llevas esperando yo habría salido por lo menos cinco veces.

–¿Y qué pretendía hacer, estúpida temeraria? ¿Pasarme por encima?

–Por supuesto que no –en ese momento cerró los ojos llena de rabia–. Mire, llego tarde a una cita, así que no tengo tiempo para quedarme aquí charlando sobre técnicas de conducción. Estaba concentrada en el tráfico, vi un hueco por el que podía meterme y aceleré –explicó encogiéndose de hombros–. Ha sido un desafortunado incidente.

Aurora se quedó observándola: tenía una piel impecable, los ojos azules y el pelo sedoso cortado a la altura de la barbilla; estaba claro que era una mujer de carácter.

–¡Pues me temo que ese desafortunado incidente les va a costar caro a usted y a su compañía! ¿Puede darme su nombre y su dirección?

–Claro –respondió la mujer algo más tranquila mientras se disponía a sacar una tarjeta del bolso–. Tengo seguro a todo riesgo, así que no habrá ningún problema.

–Gracias, señorita… –en ese momento echó un vistazo a la tarjeta que le acababa de entregar y se quedó petrificada.

–Verá, lo siento mucho, pero es que he tenido un día espantoso –se disculpó Leonie–. De verdad tengo que marcharme. Si lo necesita,

llame con mi móvil para que vengan por su coche y yo pagaré cualquier gasto. ¿Por qué no intenta arrancarlo?

–De acuerdo, dé marcha atrás y veremos qué pasa –Aurora no podía dejar de pensar que estaban muy cerca de casa de Luke.

Resultó que el coche no tenía ninguna avería grave, solo un par de abolladuras. En cuanto lo comprobaron, Aurora le dio una tarjeta a Leonie y se despidió de ella antes de que pudiera siquiera ver el nombre que aparecía en la tarjeta. No tenía la menor idea de si, cuando lo hiciera, asociaría ese nombre con su ex novio. Le había llamado la atención el estado de nervios en el que se encontraba, y no podía evitar pensar que seguramente Luke fuera el motivo de esos nervios. ¿Por qué si no iba a estar tan cerca de su casa? Aún más, ¿por qué iba a cometer un error tan tonto con el coche si no era porque estaba pensando en otra cosa?

–Neil, ¿Leonie Murdoch vive por aquí? –le preguntó a su amigo cuando volvió a la radio por la tarde.

–No, tiene una casa al otro lado del río. ¿Por qué?

–Solo por curiosidad. ¿Qué tal van las cosas con Mandy?

Diez minutos más tarde, Aurora lo sabía todo sobre la tormentosa relación de Neil y había conseguido que olvidara por completo la pregunta anterior.

Cuando Aurora estaba intentando decidir si debía contarle a Luke el incidente que había tenido con Leonie, él le hizo una visita sorpresa. Después de ver el coche aparcado a la puerta de su casa, Kirwan entró con una sonrisa burlona en el rostro.

–¿Qué has hecho con el coche?

–¿Por qué das por hecho que ha sido culpa mía?

–Ya se sabe cómo conducen las mujeres.

–¡Pues yo no he tenido un accidente en toda en mi vida! Resulta que ha sido tu ex novia la que ha chocado contra mí.

Las manos de Luke, que descansaban en la cintura de Aurora, se pusieron en tensión como reacción a aquellas palabras. Ella torció el gesto y se alejó de él.

–Lo siento, es que me has sorprendido.

–No sabía si contártelo, pero sí, Leonie Murdoch empotró su precioso BMW azul zafiro contra mi coche. Creo que no tenía ni idea de quién era yo.

–¿Por qué ibas a ocultármelo? –preguntó él frunciendo el ceño.

–No sé –dijo sentándose en el sofá, tras lo cual Luke fue a sentarse a su lado–. Puede que me equivoque, pero estábamos en un cruce muy cerca de tu casa y le ocurría algo porque, si no, no habría cometido un fallo tan tonto. Así que no podía dejar de preguntarme si no habrías

sido tú la causa de su distracción.

–¿Eso ha sido a la hora de la comida?

–Sí –contestó ella y se quedó titubeando unos segundos antes de añadir–: ¿Otro intento de arreglar las cosas?

–Vino a verme con ese propósito, sí.

–O sea que ella cree que no está todo acabado.

–Aurora –empezó a decir Luke con seriedad mientras la miraba fijamente a los ojos–… Sí, es eso lo que ella cree, pero no tiene nada que ver conmigo.

–No sé, me hace sentir… incómoda –admitió ella con frustración.

–¿Qué te pareció?

–Al principio nada. La llame estúpida temeraria y le pregunte si le habían regalado el carnet de conducir con los cereales. Es que me estaba hablando de un modo muy… despreciativo. Luego me di cuenta de que estaba más bien desesperada. Pero es guapísima,

–Bueno, todo es según el color del cristal con que se mira –replicó él.

–No creo que nadie se atreviera a negar la belleza de esa mujer.

–Puede ser. Lo que quería decir es que hay muchas cosas aparte de la belleza.

–Por supuesto. ¿Qué tal vas con la mujer de Newton? –preguntó Aurora después de una larga pausa.

–Parece que no tenía…

–Lo sé, lo he buscado –interrumpió ella con la información que había recopilado–. Su madre lo abandonó y lo dejó con su abuela hasta los nueve años. Siempre fue un cascarrabias; tuvo al menos dos crisis nerviosas. Tampoco he podido encontrar ninguna evidencia de que Halley o Tolomeo estuvieran casados.

–Parece que has estado investigando –comentó él encantado–. Sin embargo Marie Curie estaba casada y era científica al mismo tiempo.

–Sí, pero su marido también era científico –añadió ella con algo de tristeza.

–Aurora, ¿estás intentando decirme otra vez que estoy casado con la ciencia? Porque, si es así, tengo que decirte que yo no soy comparable con Newton, Galileo, Tolomeo o ninguno de eso genios. Estoy seguro de que ha habido muchos científicos casados.

–De todos modos, creo que necesito un poco más de espacio y, sobre todo, creo que tú también lo necesitas.

–¿Más espacio?

–Tres años son demasiado tiempo para pasar a… a otra relación tan precipitadamente.

–Hace solo una semana opinabas que debíamos seguir conociéndonos –señaló secamente.

–Entonces no conocía a Leonie. No había sido testigo de su dolor.

–De acuerdo pero, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

Aurora se quedó observándolo y de repente tuvo la sensación de que aquel hombre al que había visto por primera vez al lado de un piano estaba de nuevo frente a ella. Allí estaban otra vez su arrogancia y su expresión de aburrimiento.

–Hasta que tú… no lo sé –dijo con desesperación.

–¿Te acuerdas del otro día cuando te marchaste de mi casa y me dejaste en el despacho? –le preguntó bruscamente.

–Sí, ¿por qué? ¿Hice algo malo?

La miró con gesto provocador.

–Sí y no. Me dejaste pensando en un cuerpecito encantador, con el tacto de tu piel y de tus pechos en las manos y el delicioso sabor de tus labios en mi boca… y eras perfectamente consciente de ello.

–Yo… quizás lo fuera. Pero…

–¿Les contaste algo a Ralph y a Annie, escribiste algo en el diario al llegar a casa o simplemente te metiste en la cama y caíste en un profundo sueño?

Aurora se levantó y se dirigió a la cocina; de pronto se sentía incómoda. Luke fue tras ella y la dejó acorralada de espaldas a la encimera. Ella intentó concentrarse en los cacharros que había en el armario que tenía delante para poder controlar el impetuoso deseo que estaba invadiendo su cuerpo. Cuando reunió la fuerza necesaria, lo miró fijamente a sus centelleantes ojos y le dijo:

–Si de verdad quieres saberlo, estaba tan encantada, que me quedé dormida nada más llegar aquí.

Solo tuvo que acercarse unos milímetros más para que sus cuerpos estuvieran en pleno contacto. Podía notar sus músculos por debajo de la camisa; su cuello, que tanto le gustaba besar.

–Yo sin embargo no estaba tan encantado –murmuró él–. Rompí tres discursos sin razón alguna. Habría dado una fortuna por tener un par de peces con los que hablar.

Aurora respiró hondo aunque creía notar un toque humorístico en sus palabras.

–Luke, no sé adónde nos lleva todo esto, y siento mucho si te molesté. Pero no fue…

–Sé perfectamente que no fue algo deliberado –la interrumpió con tono tranquilizador–. Era simplemente la energía innata de Aurora Templeton y es problema mío que eso me dejara algo… inquieto durante un par de horas. Eso demuestra que tú mandas.

–¿Por qué has venido hoy? –preguntó intentando cambiar de tema.

–Para pedirte que me acompañes al congreso sobre astrofísica.

Aurora abrió los ojos de par en par.

–Es el fin de semana que viene. En el Hotel Sheraton de Gold Coast. Se me ocurrió que a lo mejor te apetecía pasar el fin de semana

en la playa, cada uno en su propio dormitorio. Bueno… me imagino que no ha sido buena idea.

–Luke, ¿es que no tienes la menor idea de lo que siento? –interrumpió ella con desesperación.

–¿Solidaridad con tu propio sexo luchando con el hecho de que te hago sentir tan bien que ni siquiera necesitas hablar con tus peces antes de dormir?

Ella lo miró exasperada, pero incapaz de contestar.

–Debo decirte que no creo que Leonie hiciera lo mismo en la situación inversa.

–¿Por qué no?

–Pues porque Leonie, querida señorita Templeton, no tiene ni un ápice de solidaridad con su propio sexo. Siempre afirma con orgullo que prefiere la compañía de los hombres. Y respecto a ti, ella… No, nada.

–¿Qué? ¡Pero si no me conoce de nada! ¿Estás diciendo que sabe algo de mí? ¿A través de Mandy Pearson?

–Eso es.

–A la cual he visto una vez en toda mi vida –afirmó furiosa.

Luke se encogió de hombros.

–Bueno, cuéntamelo todo. No, mejor déjame que adivine. Seguro que dijo que te aburrirías de mí enseguida.

–Para ser justo, cuando lo dijo, no te conocía, así que hablaba solo de oídas.

–Me da igual… ¿Habrá algún amigo de Leonie y tuyo en ese congreso?

–Sí, pero…

–Estupendo –dijo ella con los ojos brillantes–. Muchas gracias por la invitación, iré con usted, profesor. Una sola cosa más. ¿Acabo de caer en una trampa? Porque hace solo unos minutos estaba preocupada por Leonie Murdoch, y sin embargo ahora, a raíz de tus oportunas insinuaciones, estoy dispuesta a plantarle cara.

–Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión –le dijo él con sonrisa malévola a la vez que le acariciaba la cara.

–No me beses porque no estoy de humor –le advirtió.

–Siguió acariciándola.

–Tampoco creo que debas seguir haciendo eso. Es contraproducente con el enfado que siento ahora mismo hacia ti.

–¿Y qué puedo hacer? –preguntó riéndose–. Tienes que reconocer que has aceptado porque eres incapaz de rechazar un desafío. Pero el verdadero motivo por el que yo te lo he pedido es porque –hizo una pausa con gesto atribulado–… es una auténtica delicia estar contigo.

–Luke… ¿Es eso cierto?

–Te lo prometo –susurró al tiempo que la besaba con suavidad–.

Pero no me voy a tomar más libertades. Me voy a casa. Te llamaré.

El día del estreno de su programa, Aurora recibió muchas llamadas felicitándola y, a la mañana siguiente, recibió un precioso ramo de flores de parte de Luke. La tarjeta solo decía: *¡Bien hecho, preciosa!*

–Lo ha escuchado –murmuró encantada.

–¿Luke Kirwan? –intervino Neil al oírla–. ¿Por qué no iba a hacerlo?

–Comparado con Newton, Tolomeo o Halley, lo que yo hago son bagatelas. Además, a veces puede llegar a ser muy despistado.

–¿Creía que no era así como lo veías? –bromeó Neil–. ¿Sabes? Leonie está furiosa.

–Eso he oído –dijo Aurora con un suspiro–. ¿Se ha enterado de que era yo con la que chocó?

Neil se quedó callado unos segundos.

–¡No me dijiste que era eso lo que le había pasado a tu coche!

–Lo sé. Solo quería saber si se habría enterado a través de Mandy, ya que son tan buenas amigas.

–Pues no creo porque Mandy no ha mencionado nada. Seguramente, Leonie lo haya dejado todo en manos de su secretaria y no se haya enterado de nada.

–Bueno, Neil, quiero que me hagas el favor de no decírselo a Mandy.

–Lo siento –dijo avergonzado–. Es que… ¡Dios! A veces Mandy puede llegar a ser una verdadera chismosa. No sé por qué sigo con ella. Es una cotilla.

–Pero muy buena en la cama, ¿no? –sugirió Aurora.

Neil miró hacia otro lado, pero se le notó cómo se ruborizaba.

–Perdona. Bueno, volviendo a las flores, lo cierto es que me han alegrado el día.

–Y tú has alegrado el mío. La reacción ante el programa de ayer ha sido maravillosa. Hasta me han pedido una entrevista contigo para una revista, lo cual me pone en un aprieto. El problema es que tu voz suena mucho más madura que tu aspecto, obviamente se debe a que tú eres muy madura. A lo mejor los oyentes se sorprenden de que seas tan joven –explicó disgustado.

–Si puedo opinar, preferiría mantenerme en el anonimato por ahora. Si el éxito continúa, ya veremos, pero, por ahora, dejémosles que imaginen cómo soy, que es lo divertido de la radio.

–¿Ves como eres muy madura? –comentó Neil aliviado.

–Gracias. Ojalá… –se detuvo al ver el gesto de interés de su amigo.

Ese mismo día, ya sola en su casa, pensó que ojalá Luke tuviera esa misma imagen de ella. Le resultaba imposible imaginarse cómo la veía aquel hombre; a veces estaba segura de que pensaba que era una chiquilla solitaria y alocada.

En ese momento, se dio cuenta de que le importaba tanto lo que pensara de ella porque no había nada de infantil en lo que sentía por Luke. De hecho, estaba convencida de que se había enamorado de él. ¿Por qué si no se sentía tan sola cuando no estaban juntos? ¿Por qué cada vez escribía más sobre él en su diario?

Todo eso hacía que se sintiera muy vulnerable y arrepentida de haber accedido a acompañarlo al congreso. Por eso reaccionó de aquel modo cuando llegó a recogerla.

–No sé si debería estar haciendo esto.

Era viernes por la tarde y hacía un día soleado ideal para disfrutar de la playa, por no hablar de las maravillas del Sheraton. Eso y el imponente aspecto de Kirwan deberían haber sido suficientes para convencerla de seguir adelante con el plan.

Ella también estaba preciosa con aquel vestido azul y el pelo recién cortado con un estilo más moderno y más cómodo.

Luke la miró y pensó que estaba para comérsela, aunque la expresión de su rostro no correspondía con su belleza. Había una señal de preocupación en sus ojos verdes.

–Y yo que pensaba que estarías deseando disfrutar de este maravilloso fin de semana. Especialmente después del éxito cosechado con tu programa. Por cierto, me gusta tu corte de pelo. Mucho –añadió tomándole la mano–. Si no quieres venir a la cena de esta noche, no importa. En serio, pero podemos aprovechar el resto del fin de semana.

Aurora se quedó pensando unos segundos.

–¿Has visto la bolsa que acabas de meter en el maletero?

–Sí. ¿Por qué?

–Ahí dentro hay un vestido que no quiero decirte cuánto me ha costado, pero que creo que es el más bonito que he tenido en mi vida.

Luke la miraba maravillado.

–Continúa.

–No me lo he puesto nunca, pero creo que les va a encantar a todos los astrofísicos. Y, por supuesto, a cualquiera que intente compararme con Leonie Murdoch.

Oyéndola decir eso, Luke simplemente la tomó entre sus brazos y la metió en el coche.

–Luke, esto se está convirtiendo en una costumbre, y creo que deberías consultarme antes de llevarme de un lado a otro como si fuera una muñeca.

–Mmm… No deberías haber mencionado el vestido.

–¿Por qué no?

–No voy a poder pensar en otra cosa hasta que te vea con él. ¿No será de estilo español? Lo pregunto porque ya sabes lo que pasó la última vez que llevabas algo con un toque español. Esta vez tengo que estar concentrado para hacer mi discurso.

–¡Para ya! No estoy de humor para juguetear.

–Yo tampoco, solo quiero que digas que te vienes conmigo.

–¡Eres… eres imposible! ¿Cómo conseguía Leonie que no te salieras siempre con la tuya?

–Utilizando ciertas artimañas femeninas.

–¿Te refieres al sexo? –preguntó ruborizada.

–Sí, normalmente las artimañas femeninas y el sexo van juntos.

–Bueno –Luke esperó impaciente sabiendo que, contestara lo que contestara, lo iba a sorprender–… En realidad estoy deseando llegar a la playa y pasar el fin de semana contigo.

–Estupendo. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Cualquier mujer que se comporte de ese modo merece lo que está a punto de recibir Leonie –sentenció con tranquilidad–. Espero que no hayas dicho eso solo para ponerme en este estado.

–No, pero la verdad es que resulta irresistible.

–¿Por qué no nos vamos de una vez por todas? Todavía puedo cambiar de opinión.

Él se echó a reír y cerró la puerta del coche.

–Sí, señora.

La cena de inauguración del congreso tendría lugar a las ocho, por lo que al llegar tuvieron tiempo de darse un largo paseo por la playa, después del cual volvieron al hotel para cambiarse.

–He de decir que, ahora que he visto la playa y el hotel, me alegro de haber venido, y estoy pletórica de energía. Profesor, ¿le importaría llamarme a las ocho menos cuarto?

–Lo que tú digas, Aurora.

Notó en su mirada un brillo sospechoso.

–¿Qué he hecho ahora? –preguntó él al ver el gesto de Aurora.

–No puedes engañarme, ya estás riéndote de mí otra vez.

–No me río. Es solo que estaba pensando que, si estuviéramos juntos, podríamos utilizar esa energía para darnos una ducha juntos, después tomarnos una copa de champán y luego yo te ayudaría a vestirte. Esos vestidos de fiesta suelen tener unos cierres muy complicados. Yo estaría encantado de echarte una mano.

Lo miró a los ojos y tuvo que parpadear para quitarse de la cabeza la imagen de lo que él estaba describiendo. Se veía vistiéndose delante de ese hombre, sus manos sobre su piel desnuda… Tuvo que hacer un

gran esfuerzo para contestar.

–Hoy no, Luke.

Una hora después, estaba casi lista para bajar a la cena. Solo le quedaba ponerse el vestido. Se había maquillado los ojos ligeramente, lo que los hacía aún más luminosos; se había pintado los labios y las uñas de color cereza, como el vestido.

Se puso el vestido y las sandalias de tacón alto y, cuando llevaba por lo menos cinco minutos intentado abrocharse el vestido, Luke llamó a la puerta.

–Tenías razón, ese vestido es impresionante –él también estaba impresionante con su esmoquin negro y el pelo peinado hacia atrás–. Pero, ¿qué te pasa?

El vestido era de terciopelo, dejaba casi toda la espalda al aire mientras que por delante era bastante tapado y se abrochaba en el cuello.

–¡Has vuelto a darme mala suerte! –exclamó furiosa–. ¡No consigo cerrar el broche del cuello.

–Bueno –dijo sonriente–, no te pongas así, tengo algo de experiencia en estas cosas.

Se soltó el vestido, pero reaccionó justo antes de quedarse completamente desnuda de cintura para arriba.

–Esa es otra cosa que me da rabia; que tengas tanta experiencia. Yo… yo… –se quedó tartamudeando sin encontrar una explicación convincente a lo que acababa de decir–. Me siento como si fuera la última de una larga lista de mujeres a las que has vestido y desvestido.

–Aurora –comenzó a decir con seriedad–, no son tantas. Solo estaba bromeando. Mira, seguro que te resultará más cómodo seguir con esta conversación cuando estés completamente vestida y no tengas que estar sujetándote el vestido con la mano. Claro que a mí no me parecería nada indecente si quieres dejar de sujetarlo –añadió reanudando las bromas.

No dijo nada más, ni siquiera al notar el estremecimiento que provocaba en ella el mero roce de sus dedos.

–Gracias –le dijo unos segundos después con el vestido perfectamente abrochado.

Él simplemente contestó con un gesto a la vez que se dirigía al minibar para abrir una botella de champán.

–Respira hondo, Aurora –le aconsejó mientras le daba la copa–. Estás preciosa, es uno de los vestidos más elegantes que he visto en mi vida y te queda como un guante, ahora si quieres, mándame al infierno.

–¿Cómo iba a mandarte al infierno después de lo que acabas de

decirme. Gracias.

—¿Era solo por el vestido por lo que estabas tan agobiada?

—Claro… ¿Qué iba a ser si no? Todo esto es estupendo —dijo mirando por la ventana que daba al océano, antes de volverse a mirarlo.

—No sé. ¿Pensamientos profundos sobre la vida y el amor? —sugirió Luke.

Las mejillas de Aurora la delataron al sonrojarse, pero no estaba preparada para admitirlo.

—No es el momento de estar pensando en esas cosas.

—Pues yo lo estaba haciendo.

—¿En serio? —preguntó boquiabierta—. Pero si te has pasado todo el día haciéndome bromas.

—Ya. He caído en la cuenta de que a lo mejor no estoy siendo del todo justo contigo.

—¿En qué sentido?

—Cada vez me siento más atraído por ti y con menos ganas de bromas. Pero no tengo la menor idea de adónde lleva todo esto.

Aurora tomó un buen trago de champán antes de poder hablar.

—Al menos eres sincero. Me habría gustado que me lo dijeras antes de traerme hasta aquí, pero la verdad es que creo que siempre has sido muy sincero conmigo y siempre lo he sabido… —hizo una pausa mientras paseaba la vista por la habitación—. Sé que crees que soy un poco ingenua, pero no soy tonta y no consigo entender por qué me dices esto ahora.

Se quedó mirando las burbujas del champán que bailaban en su copa, entonces alzó la mirada con gesto de gravedad.

—Porque cada vez me resulta más difícil no tratar de seducirte.

Capítulo 8

Y QUÉ te hace pensar que te resultaría tan fácil seducirme?

Luke observó detenidamente a Aurora; desde el nuevo corte de pelo hasta aquellas piernas esbeltas, pasando por el vestido de terciopelo que realzaba la curva de sus pechos. Luego, volvió a mirarla a los ojos verdes y chispeantes y a los labios rojos.

Ella se estremeció incapaz de permanecer impasible ante aquella abrasadora mirada que parecía estar repasando las cosas que encontraba atractivas de ella. A ella también le resultaba cada vez más difícil luchar contra el deseo que provocaba en ella aquel hombre y el impulso de dejarse seducir.

–Eso no quiere decir que yo fuera a… sucumbir –añadió por fin.

–Puede ser, pero tampoco haría que yo dejara de intentarlo. Y, a pesar de las bromas de hoy, me doy cuenta de que empieza a preocuparte el camino que lleva lo que hay entre nosotros. Los lugares como este son propicios para conseguir que la gente baje la guardia, por eso me he sentido obligado a decírtelo justo ahora.

–¿Y no lo habías pensado antes de llegar aquí?

–Lo único que había pensado era que me apetecía pasar el fin de semana contigo.

–Entonces, ¿por qué no me dejas que yo vigile nuestro comportamiento estos dos días? –sugirió ella dulcemente–. Puede que yo siga siendo un error. No ha cambiado nada.

–Aurora –respondió con seriedad–, sé que eres incapaz de dejar pasar un reto, pero debo recordarte que ya intentaste vigilarnos hace algunas semanas.

Se quedó mirándolo un buen rato.

–Luke, ¿quieres que me quede o que me vaya?

–No es tan sencillo –contestó impaciente.

–Sí lo es. Tú te preocupas por ti mismo, permíteme que yo haga lo mismo. No estoy preparada para acostarme contigo, si es eso lo que estás pidiéndome. Así es que, si no puedes aguantar el calor, es mejor salir de la cocina.

–No era eso lo que estaba pidiéndote –dijo con intensa frustración–. Solo estaba intentando hacerte ver que las cosas pueden llegar a un punto en el que puede que ninguno de los dos podamos contenernos. Pero…

–… No puedo hacerme ilusiones de que después fuera a

convertirme en la señora Newton –interrumpió Aurora–. ¿Quién dice que sea eso lo que quiero? –a pesar de estar mintiendo, se alegró porque su comentario consiguió tranquilizar a Luke.

–Muy bien, señorita Templeton. ¿Nos vamos entonces?

–Una última cosa. No estaba intentando provocarte, así que no te lo tomes como un desafío.

–Intentaré comportarme, pero vestidos como ese no me lo ponen nada fácil –admitió acariciándole el hombro desnudo.

–De acuerdo. A partir de mañana, me pondré sacos, pero hoy ya no puedo hacer nada.

–Mejor –se acercó a besarla brevemente antes de ofrecerle el brazo con caballerosidad.

Sonrió pero no consiguió que Aurora se sintiera más segura porque había vuelto a ver en él todas las señales de peligro que ya conocía, y aquella era la sonrisa más enigmática que había visto en toda su vida.

El salón de baile del Sheraton estaba suavemente iluminado y decorado con plata y oro: lleno de estrellas, lunas y planetas colgando del techo azul oscuro con hilos invisibles. Era como pasear por el cielo nocturno. Aurora se quedó tan maravillada, que se le olvidó seguir molesta o enfadada con Luke.

Había por lo menos quinientas personas entre las cuales pensó que le sería más fácil pasar desapercibida, pero había una sorpresa que iba a hacer que aquella noche no se le borrara jamás de la memoria. Debería haberlo esperado. Estaba claro que la participación de Luke había creado gran expectación.

Su discurso fue sorprendente e ingenioso como ninguno y provocó una cálida ovación. Consiguió hablar de la física antigua y la moderna; mencionó a la imaginaria esposa de Isaac Newton y la describió como una mujer acostumbrada a aguantar los problemas de vivir con un científico al que ella misma llamaba señor Newton. La triste conclusión de la supuesta señora Newton era que la culpa había sido de la manzana que le había caído en la cabeza a su marido porque, desde entonces, no había vuelto a ser el mismo.

–¡Ha sido genial! –lo felicitó Aurora cuando Luke volvió a su lado.

–Tú me sugeriste el tema.

–Sí, pero no sabía que fueras a utilizarlo y… no sabía que se te dieran tan bien estas cosas.

–¿He pagado un poco por mi mal comportamiento?

Ella se echó a reír.

–¿Vas a bailar conmigo entonces?

–Sí… será un placer.

Nada más empezar a bailar Aurora sintió que los rodeaba una

especie de magia. El magnetismo y la sensualidad que provocaba en ella el mero hecho de estar entre sus brazos era irresistible. Por algún motivo, estaba totalmente embrujada por ese hombre y parecía que no había manera de librarse del encantamiento.

Media hora más tarde, dejaron de bailar y fue entonces cuando le presentó a algunos intelectuales y académicos. Uno de ellos mencionó una oferta que le había hecho a Luke para dar una serie de conferencias por Estados Unidos. La respuesta de Kirwan fue amable pero evasiva.

–¿No quieres ir a Estados Unidos? –le preguntó Aurora una vez solos.

–Me encantaría, pero no me gusta dar conferencias.

–¿Por qué?

–Sé que necesitamos las universidades y está bien transmitir nuestros conocimientos; pero a mí me resulta difícil ir por ahí dando información a los demás cuando lo que más me apetecería sería vivir en una cabaña en el Amazonas e investigar por mi cuenta.

–No es esa la imagen que has dado esta noche –señaló ella fascinada.

–A ese tipo sociable solo le permito salir un par de veces al año pero no es mi verdadero yo –la miró con un gesto sombrío–. Leonie preferiría morir antes que vivir en una cabaña.

En ese momento, Luke se quedó callado de repente observando algo por encima del hombro de Aurora, que, al darse cuenta, se volvió y se topó con Leonie Murdoch del brazo de un hombre con cara de circunstancias.

Leonie estaba despampanante; llevaba un vestido negro y estaba ligeramente bronceada. Su mera presencia hacía que los hombres se volvieran a mirarla.

Pero lo que más le dolió fue la mirada llena de electricidad que se cruzó entre Luke y ella, y que la obligó a admitir que, hubiera lo que hubiera entre ellos, era obvio que no había desaparecido…

–Así que no solo eres la chica con la que choqué –comentó Leonie al reconocerla–, sino también la que me ha sustituido.

–Sí soy la persona con la que chocaste, pero yo no he sustituido a nadie todavía.

En el rostro de aquella elegante mujer se dibujó una sonrisa heladora que hizo que Aurora se sintiera insignificante.

–Sácame de aquí –le pidió a Luke en un susurro.

Y él la obedeció.

Sin consultarla siquiera la llevó a la playa en lugar de a su habitación. Aurora se quitó las sandalias para poder caminar por la

arena con comodidad.

–¿Sabías que iba a estar aquí?

–Claro que no. Ese con el que estaba era su hermano, que da clases en mi departamento, así fue como nos conocimos. ¿Estás bien?

–¿Tú qué crees? –le preguntó con ímpetu–. Si lo hubiera sabido, no habría venido.

–Aurora, de verdad, no lo sabía. Lo último que habría esperado era que viniera con su hermano.

–Imagínate lo desesperada que tiene que estar por recuperarte para recurrir a su hermano.

Él desvió la vista y se quedó mirando el mar.

Aurora contó hasta diez y le tomó la mano. Empezaron a pasear por la orilla. La luna llena iluminaba su camino.

–Esta noche es el equinoccio de otoño: los días empiezan a hacerse más cortos y las noches más largas.

Anduvieron en silencio durante un rato.

–Cuéntame algo sobre esa cabaña en el Amazonas.

Suspiró antes de empezar a hablar.

–Eso sería un poco exagerado, pero hay otros sitios como la Patagonia o el Mar Muerto. Me encantaría dejarlo todo durante un par de meses e irme allí a investigar. Mientras estuve con Leonie di por hecho que ella estaría encantada de quedarse aquí cuando llegara el momento. Te va a parecer divertido, pero últimamente he estado pensando en volver a Beltrees.

–¿A llevar la granja?

–No, a echar un vistazo. Hace tiempo encontré pruebas que sugerían que podía haber un impacto de un meteorito por la zona. Se me ocurrió hace un par de meses, pero Leonie me dijo que Beltrees siempre iba a estar allí y que el rastro de un meteorito no iba a desaparecer así como así. Así que lo mejor era que esperara a un momento mejor para los dos.

–Parece razonable –opinó ella.

–Ya, pero…

–¿Fue ahí cuando empezaste a tener la sensación de estar metiéndote en un túnel?

–Sé que es egoísta, pero empecé a pensar que no quería tener que adaptarme a los planes de otro.

–Creo que ahí el problema no es Leonie sino tú.

Luke dejó de caminar y la miró con media sonrisa.

–Por razones que se me escapan estás empeñada en ponerte del lado de Leonie.

–Eso es porque no eres una mujer –contestó ella con ironía–. No me estoy poniendo de su parte, es que creo que el problema es que no quieres una esposa.

–No quiero una esposa que se lamente de tener que ceder en algunas cosas por mí o que me haga ver que no estoy siendo razonable cuando yo ya lo sé y lo que ocurre es que no puedo evitarlo… El otro problema era que Leonie creía haberme domesticado y pensaba que la vida iba a ser siempre esto; un montón de actos sociales.

–Debe de ser muy ingenua si creía que te había domesticado.

–Lo que siento por ella enormemente es haber tardado tanto tiempo en darme cuenta.

Estaban parados frente a frente y Aurora se preguntaba por qué no era capaz de olvidar todos los problemas que había tenido en su relación con Leonie, todos los intrincados problemas que harían tan difícil para él la relación con cualquier mujer… y que para ella serían una auténtica tortura si pretendía que aquello fuera algo estable.

Sabía que no podía garantizarse a sí misma que fuera a soportarlo mejor de lo que lo había hecho Leonie.

–Luke, vamos a volver, por favor, estoy cansada de sujetarme el vestido para caminar.

Él la miró y se encogió de hombros. Al llegar al paseo, Aurora se sentó en un banco y él se quedó de pie frente a ella, con las manos en los bolsillos en una postura imponente.

–Mañana por la mañana voy a irme a casa –anunció ella con tranquilidad pero intentando con todas sus fuerzas contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos–. Por favor no digas nada para hacerme cambiar de opinión. No es por Leonie, es por mí misma. Tenías razón antes cuando has dicho que las cosas se podían descontrolar, y yo no estoy preparada para dar ese paso. Ya lo hice una vez y fue horrible.

–¿Insinúas que me volvería posesivo y celoso?

–No –Aurora sonrió ante tal ironía–. Seguramente sería al contrario.

–Aurora…

–Luke –se inclinó y apoyó la cabeza en su cintura–. Detestaría que te convirtieras en mi error, me gustas demasiado para dejar que eso ocurra y creo que, en el fondo, tú piensas lo mismo.

Él se quedó en silencio durante un largo y tenso espacio de tiempo mientras se mesaba el pelo pensativo.

–Si te hago caso es solo porque… no soportaría hacerte daño.

–Lo sé y te lo agradezco. Mira, sé que es muy difícil pero creo que es lo mejor. Sé lo que estoy haciendo… Todo empezó con mis diarios y es ahí donde va a terminar.

–Y cuando seas una ancianita rodeada de nietos, los leerás y nadie entenderá la sonrisa que se dibujará en tu rostro.

–Quizás, pero siempre sabré que hice lo que tenía que hacer. Adiós…

Luke la llamó y la agarró por la muñeca. Ella le besó las manos y lo miró a los ojos hasta que la soltó y la dejó marchar.

–Adiós –dijo por fin haciendo un gran esfuerzo–. No vayas por ahí colándote en las casas ajenas.

–Lo intentaré –prometió ella–. Cuídate.

Luke la observó hasta que su figura desapareció en la distancia. Luego se quedó mirando el océano y se convenció a sí mismo de que aquello era lo mejor. Había sido un tonto por dejar que llegara tan lejos; ella estaría mucho mejor sin él…

¿Por qué tenía entonces la sensación de haber dejado marchar algo más valioso y difícil de encontrar que los rubíes o las perlas?

Capítulo 9

DOS meses después, Luke Kirwan estaba cenando en su casa con Jack Barnard.

El verano había dejado paso a un otoño de suaves temperaturas. Estaban cenando comida china acompañada de un riquísimo chardonnay que había llevado Jack al enterarse de que la señorita Hillier estaba de vacaciones.

–¿Cómo te las arreglas? –le preguntó Jack a su amigo–. No me cae muy bien pero tengo que admitir que es un regalo de mujer; una secretaria que además cocina.

–Yo sé cocinar cosas sencillas. No soy tan inútil.

–Nunca he dicho que lo fueras, aunque tienes que reconocer que es mucho más fácil cuando está ella. ¿Por eso te vas unos días a Beltrees?

–No exactamente, es que Barry y Julia van a estar un par de meses fuera y mi padre necesita que le echen una mano; además voy a investigar los rastros de meteoritos.

–¿Y no tendrá nada que ver con que Leonie esté con otro?

–¿Es eso cierto? No lo sabía –admitió Luke sorprendido.

–¿Te interesa saber con quién?

–Estoy seguro de que me lo vas a decir de todos modos –Luke conocía a su amigo de sobra.

–Por lo visto es un magnate de la televisión; un tipo muy rico que ya ha estado casado dos veces. Lo que no sabemos es si lo está haciendo solo para ponerte celoso; claro que tú no te dejas ver demasiado últimamente. Por cierto, he oído que has puesto en venta la casa.

–Sí –respondió Luke meditabundo.

–¿Es por Leonie?

–No, no es por ella. Es que no estoy cómodo desde que… desde que una noche se me coló alguien.

–¡No me lo habías contado! –exclamó Barnard boquiabierto.

–Probablemente porque lo que ocurrió fue que yo acabé haciendo el tonto. Pero no te preocupes, no me robaron nada.

–Ahora no me extraña que quieras venderla, pero… es curioso porque resulta que el tipo al que se la compraste ha desaparecido. Me acordé del nombre porque redacté el contrato y no creo que haya muchos Ambrose Templeton. ¿Qué te ocurre?

–¿Cómo ha desaparecido?

–Parece ser que estaba navegando él solo alrededor del mundo y ha desaparecido en algún lugar cerca de Tahití. Lo he oído en las noticias esta mañana. Luke, no sabía que lo conocieras, ¿por qué pones esa cara?

–Lo siento, Jack, pero tengo que irme… Termina de cenar tranquilamente..

–Pero… –Barnard no tuvo tiempo de reaccionar siquiera ante su inesperada reacción.

–¡Te llamaré! –salió corriendo y, dos minutos después, estaba aparcando el coche en la puerta de la casa de Aurora.

–No es el mismo desde que compró esta casa –pensó Jack en voz alta mientras terminaba la cena él solo–. Me gustaría saber qué demonios le ocurre.

Aurora estaba sola en casa, acurrucada en el sillón observando los peces. Al oír el timbre salió corriendo hacia la puerta convencida de que alguien le traía noticias. Pero en su carrera se tropezó con la alfombra y, debía de haberse dejado la puerta abierta porque, cuando quiso darse cuenta, se encontró con Luke mirándola desde el recibidor.

Sin decir ni palabra se acercó a ella y la abrazó, lo que hizo que ella se derrumbara entre sus brazos; no podía dejar de llorar.

Cinco minutos más tarde, estaba sentada a su lado en el sofá bebiéndose un coñac que él le había preparado.

–Dime qué ha ocurrido –le pidió con dulzura cuando estuvo más tranquila.

–Nadie lo sabe –dijo todavía entre sollozos–. Nadie ha podido contactar por radio con él, ni siquiera hay manera de recibir su señal desde Nueva Zelanda, normalmente me llama una vez a la semana y ya lleva cinco días de retraso.

–Pero eso no significa que…

–Ya lo sé –lo interrumpió acongojada–. Puede haber tenido problemas con las baterías, ya le pasó hace alrededor de un mes. Pero también tiene un panel de energía solar y un equipo de emergencia que emite señales de radio, del cual nadie ha recibido ninguna señal. Eso puede querer decir que no ha necesitado utilizarlo o que… se hundió antes de poder hacerlo. Pueden haber ocurrido tantas cosas… ballenas, tormentas –el llanto le impidió seguir hablando.

–¿Se ha organizado una búsqueda?

–Sí, yo quería ir pero me dijeron que era mejor que esperara un poco. No saben ni por dónde empezar. ¡Dios! Está en mitad del Pacífico Sur, no en la Bahía de Moreton.

–¿Por qué estás tú aquí sola?

–Yo… lo prefería. Mis compañeros de la radio y del servicio de guardacostas se han portado muy bien conmigo pero… –susurró–… solo quería estar sola.

Luke observó su bello rostro compungido por la angustia; incluso inundados de lágrimas, tenía unos ojos realmente cautivadores.

–¿Te apetece que haga un poco de café? ¿Has comido algo?

–No, pero con el café es suficiente.

–¿Tienes pan y queso?

–Sí, pero…

–¿Te gustan las tostadas con queso fundido? –la interrumpió antes de que pudiera poner alguna pega.

–Luke… ¿Vas a hacerlo tú?

–¿Por qué todo el mundo cree que soy un inútil? –protestó con fingida tristeza–. ¡Hago las mejores tostadas de queso fundido del hemisferio sur!

–¿Quién más cree que eres un inútil? –preguntó Aurora con una tenue sonrisa en los labios.

–Mi amigo Jack Barnard, fue él el que me contó lo de tu padre. Lo oyó esta mañana en las noticias y se acordó del nombre porque fue el abogado que me llevó lo de la compra de la casa. De hecho, puede ser que siga cenando solo en mi casa.

–Gracias por venir tan rápidamente –le dijo con suavidad–. Y, sí, me apetecen mucho esas tostadas.

Mientras se tomaban el café y las deliciosas tostadas, Aurora le contó emocionada todos los viajes que había hecho con su padre por todos los rincones del mundo. Dos horas después, habían hablado de casi todos lo continentes y Aurora estaba mucho más relajada de lo que había estado durante días, incluso empezaba a tener sueño.

–No es que me aburra –se disculpó después de un bostezo–. Es que no he dormido mucho últimamente.

–¿Por qué no te vas a la cama? –le sugirió él poniéndose en pie, pero ella lo miró como si los viejos fantasmas estuvieran asustándola de nuevo–. Si quieres me quedo. Puedo dormir aquí en el salón. Solo tienes que darme una almohada y una manta.

–Eres muy amable pero…

–No te preocupes que no te voy a hacer nada –aseguró sonriendo.

–No era eso lo que iba a decir. Es que de pronto me he acordado de que nosotros… bueno…

–¿Rompimos cuando no habíamos hecho nada más que empezar? –sugirió él.

Si por lo menos eso fuera verdad o él tuviera la menor idea de lo mal que lo había pasado en esos últimos dos meses, pensaba Aurora

cuando Luke se acercó a ella y le hizo una dulce caricia en la mejilla.

–Pero siempre estuvimos muy a gusto juntos, ¿no? Los amigos son para estas situaciones, así que no te agobies con preocupaciones innecesarias. Dame lo que te he pedido y vete a la cama –añadió bromeando.

Después de darle la almohada y la manta, Aurora se dio una ducha y se metió en la cama. Aunque no podía dejar de pensar en su padre, tampoco se le iba de la cabeza la visita de Luke y que hubiera mencionado algo de romper antes de haber empezado siquiera; seguramente solo estaba tratando de ser un buen amigo.

Tras la lucha que habían supuesto esos dos últimos meses, le iba a resultar muy difícil tratarlo como a un amigo. Sabía que había hecho lo correcto al alejarse de él pero, desde entonces y a pesar del éxito que había cosechado su programa, no había dejado de sentirse perdida y sola. No había podido dejar de sentir el dolor de que Luke no formara parte de su vida, y ahora aquello…

Se preguntaba una y otra vez si en algún momento dejaría de añorar la cálida sensación de estar en sus brazos. Quizás hubiera sido mejor convertirse en la amante de Newton, aunque no hubiera esperanza alguna de convertirse en su esposa.

Exhausta de tanto pensar, cayó en un profundo y reparador sueño. Tan profundo, que ni siquiera oyó el teléfono, y tardó en notar la mano de Luke que intentaba despertarla. Se sentó en la cama todavía medio dormida.

–¿Qué… Luke… qué ocurre?

–Es tu padre –dijo dándole el teléfono inalámbrico–. Toma, habla con él.

–¿Papá? ¿Eres tú, papá?

Veinte minutos después, colgó el teléfono y se recostó sobre la almohada.

–¡Es increíble! Está bien, había tenido un problema con las baterías. Bueno, eso unido a una fuerte tormenta que cortó la señal de radio… es una larga historia, pero está bien.

Luke se sentó a su lado en la cama.

–Me alegro muchísimo, Aurora.

Rompió a llorar y él la tomó en sus brazos.

–Estoy tan contenta –consiguió decir entre sollozos–. Pensé que lo había perdido para siempre… Cree que mañana podrá estar en Rarotonga.

–¿Vas a ir a verlo?

–Sí y voy a intentar convencerlo de que se olvide de la idea de seguir navegando alrededor del mundo, pero, aunque no lo consiga,

por lo menos podré pasar unas cuantas horas con él. Me voy a tomar unos días de vacaciones.

Luke le tomó el rostro entre las manos y le enjugó las lágrimas.

–Echaba de menos tenerte así.

–Yo también… –admitió ella en un susurro.

–Nunca llegué a darte un beso de despedida.

–Y… ¿lo vas a hacer ahora?

–Solo un beso de amigos…

Al día siguiente se encontraba camino a Rarotonga vía Nueva Zelanda. Por fin se reunió con su padre y pasaron juntos unos días maravillosos; aunque no llegó a hablarle de los peligros de su viaje hasta una hora antes de tener que volver.

–Sé que estás preocupada –reconoció Ambrose Templeton–. Soy consciente de que lo has pasado muy mal con este último contratiempo, pero tengo sesenta años, y solo pensar en quedarme en casa encerrado me llena de angustia. He soñado con hacer esto toda mi vida. ¿Me dejarás que siga adelante con mi sueño?

Lo observó detenidamente: lo cierto era que tenía un aspecto inmejorable, estaba bronceado y alegre.

–Claro –dijo con un suspiro–. ¡Pero intenta no darme más sustos!

–Eso está hecho –Ambrose se quedó mirando a su hija–. ¿Estás bien?

–¡Perfectamente! ¿Por qué?

–No… no lo sé. No sabría decir por qué pero tengo la sensación de que no eres la misma. Cariño, ¿hay alguna razón por la que necesites que vuelva?

–Por supuesto que no –le aseguró Aurora sonriente–. Es solo que sigo impresionada por el susto pero detestaría verte metido en casa muerto de aburrimiento. Tienes mi bendición para continuar tu viaje –añadió dándole un beso.

Una hora más tarde, estaba en el avión y, al llegar al aeropuerto, Luke estaba esperándola.

Al verlo, Aurora se detuvo en seco como si hubiera visto un fantasma. Llevaba la misma ropa que la primera vez que lo vio: unos vaqueros azules y una americana azul marino, esa vez no llevaba corbata.

–Esto… esto no es lo que habíamos acordado –murmuró cuando él se acercó y le quitó la maleta de las manos temblorosas. Él la miró con sonrisa burlona.

–Yo no acordé nada. Solo acaté tus órdenes porque no era el

momento ni el lugar de ponernos a discutir.

–¿Mis órdenes? ¿Cómo puedes decir eso?

–¿Cómo lo llamarías tú si no? Tú decidiste acostarte conmigo y fue algo maravilloso. Fue una auténtica delicia hacer el amor contigo, Aurora –afirmó en un tono de voz bastante alto–. Fue como estar con una ninfa delicada y encantadora…

–¡Basta ya! –farfulló sin dejar de mirar hacia todos lados donde varias personas los observaban con curiosidad.

–Si me dejas llevarte a casa.

–¡No!

–De acuerdo. ¿Te acuerdas cuando, al llegar a cierto estado, te pusiste a cantar y luego…?

–¿Dónde tienes el coche? –preguntó furiosa–. ¡Esto no te lo perdono!

–Por aquí por favor.

No volvió a decir ni palabra hasta que estuvieron metidos dentro del coche.

–¡Es increíble! ¿Cómo has podido hacer algo así?

Luke estaba jugueteando con las llaves pero no llegaba a poner el motor en marcha.

–La verdad es que lo que a mí me parece increíble es que pudieras hacer el amor conmigo del modo en que lo hiciste y luego intentaras hacerme creer que nada había cambiado –explicó secamente.

–¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

–Porque estabas a punto de salir de viaje y estabas nerviosa por volver a ver a tu padre. Estabas todavía muy alterada.

–Pero es que nada ha cambiado…

–¿Cómo puedes saberlo? –contraatacó Luke.

Al ver que no contestaba, por fin arrancó el coche. En los veinte minutos que se tardaba en llegar a Brisbane desde el aeropuerto Aurora no dijo ni palabra, pero no podía quitarse de la cabeza los recuerdos de la noche que habían pasado juntos antes de irse a ver a su padre; la alegría que sentía por las noticias de su padre y por estar con Luke la había hecho ponerse a cantar una antigua canción marinera… Ahora le dolía pensar en ello.

–Tenías que haberte metido por esa calle –dijo por fin Aurora cuando ya estaban en la ciudad.

–No, ¿por qué no te vienes a cenar conmigo?

–De acuerdo, pero no creas que va a ocurrir nada más.

Cenaron con música de Vivaldi de fondo y disfrutaron de una deliciosa lasaña que había preparado la señorita Hillier, que ya había regresado de sus vacaciones.

–¿Qué tal has encontrado a tu padre? –le preguntó Luke.

–Está disfrutando como un niño, así que no tuve fuerzas para estropearle los planes.

–¿Le has dicho algo de mí?

–No, no había nada que decir –respondió Aurora sin darle mayor importancia, pero el bocado que se acababa de meter en la boca le resultó muy difícil de tragar.

–¿Ah, no?–se quedó mirándola hasta hacerla sonrojar.

–Luke…

–¿Lo has escrito en tu diario por lo menos? Para que puedas leerlo cuando seas vieja y así puedas preguntarte qué habría pasado si no hubieras sido tan testaruda.

–No, no he escrito nada de eso.

–¿Es que te duele demasiado? –sugirió él–. ¿Acaso tienes demasiadas cosas de las que arrepentirte?

–¿Por qué me haces esto? –preguntó Aurora roja de enfado.

–Porque estoy pensando pedirte que te cases conmigo y pensé que esta semana te habría dado tiempo para cambiar de opinión. Si tú has podido olvidar esa magnífica noche como si nunca hubiera ocurrido, yo no. Lo cierto es que no creí que fueras el tipo de mujer que se tomara esas cosas a la ligera. ¿Tienes ganas de cantar en mitad del sexo muy a menudo?

Aurora se puso en pie furiosa.

–Si me has traído aquí para insultarme, ¡ya lo has conseguido! No te molestes en acompañarme a la puerta.

–Siéntate, por favor.

–¡No puedes obligarme!

–Puedo y además lo voy a hacer… y esta vez lo digo muy en serio –añadió con impaciencia pero, al ver cómo reaccionaba ella, deseó poder retirar sus palabras–. Por favor, Aurora –dijo con más tranquilidad–. Sé que estás intentando hacer lo que consideras mejor para nosotros, pero tenemos que hablar.

Ella titubeó unos segundos y después volvió a sentarse.

–Tampoco hace falta que nos pongamos tan dramáticos. Cuéntame algo de Rarotonga.

–No puedo contarte demasiadas cosas porque… podría haber estado en cualquier otro lugar del mundo. Esto seguiría sin funcionar, Luke.

–He vuelto a dejar que ocurriera –dijo desesperada.

–Y ha sido igual de maravilloso. Esta vez no hemos cantado, pero tienes una forma de hacer el amor que… no sé cómo describirlo… consigues hacerme volar.

–Gracias –dijo ella sonriendo recostada sobre el pecho de Luke–. Pero, ¿no está exagerando un poco, querido profesor?

–No –respondió él con dulzura–. ¿Tienes sueño?

–Sí.

–Pues quédate a dormir.

Aurora lanzó un suspiro que demostraba lo cómoda y segura que se sentía allí con él. Cinco minutos después, estaba profundamente dormida. A la mañana siguiente volaron a Beltrees, donde pasaría su segunda semana de vacaciones junto a Kirwan.

Los cuatro primeros días disponían de toda la casa para ellos solos, ya que el señor Kirwan había aprovechado la presencia de su hijo para tomarse unos días de descanso. Esa vez no durmieron en habitaciones separadas.

La primera noche, después de cenar maravillosamente y de pasar un rato frente al fuego, subieron a la habitación. Era un dormitorio con una enorme cama y una chimenea.

Al entrar no encendieron ninguna luz; Luke la desnudó al resplandor de las llamas.

–Esto es muy romántico –afirmó ella mientras le desabrochaba los botones de la blusa–. Lo malo es que por aquí no hay ningún capó de coche, ¿quiere que me suba a algún lado, profesor?

–No hace falta, creo que me las arreglaré –contestó él con el mismo tono provocador mientras observaba la belleza de sus pechos desnudos–. ¿Detecto un cierto espíritu juguetón?

–En absoluto, profesor Kirwan. Nunca se me ocurriría empañar la solemnidad de tal acontecimiento.

–No te creo, de hecho lo que creo es que tu especialidad es hacer el amor de un modo muy poco solemne.

–Yo no tengo ninguna especialidad, solo hago lo me apetece en el momento que me apetece.

–Y en este momento lo que más te apetece decir es que está a punto de darme un tirón en el cuello porque no hay ningún sitio al que subirte. ¿Es eso todo lo que se te pasa por la cabeza?

–No –entonces un fuerte estremecimiento la obligó a hacer una pausa–. ¿Sabes lo que eso me hace sentir?

–¿Esto? –preguntó volviendo a acariciarle los pezones.

–Es tan maravilloso, que no sé si voy a poder soportar lo que me espera. Además no me parece justo ser yo la única que disfruta de tal delirio.

–¿Y qué te gustaría hacer al respecto? –dijo él sonriente.

–Por ejemplo ayudarte a quitarte la ropa y enseñarte un par de cosas, eso es todo.

–¿Todo? No sé si voy a poder aguantarlo.

–Seguro que eres capaz de soportar mucho más que yo.

–¿Por qué?

–Tengo la sensación de que estoy con un experto en la materia. Para tu información, yo jamás había cantado ni antes, ni después, ni mientras hacía el amor. Y ayer hiciste que pasara de odiarte con toda mi alma a… Será mejor que continuemos antes de que me muera aquí mismo.

Después de eso, no pudo seguir bromeando porque el placer que estaba sintiendo era demasiado intenso.

A la mañana siguiente, se levantaron muy temprano y salieron a dar una vuelta a caballo. Fueron a una mina donde se suponía que era muy fácil encontrar ópalos.

–¡Esto es la verdadera Australia! –exclamó Aurora al llegar allí y observar el paisaje montañoso y el cielo rosado por el sol del amanecer.

–Y tú estás preciosa.

–Bueno, creo que sé a quién agradecérselo.

–Yo también sé a quién agradecer el estado de felicidad en el que me encuentro –contestó él eufórico–. A ti –se acercó a ella y la besó.

–Anoche sentí como si me hubieras llevado a la luna –afirmó ella con la mirada fija en sus ojos–. Y fuiste tú el que me llevó hasta allí.

–¿Quién está exagerando ahora? Yo no habría podido llevarte a la luna si no hubiera sido por lo que nos estábamos haciendo el uno al otro. ¿Sabes, Aurora? Eres diferente a todas las mujeres que he conocido en mi vida. Nunca dejas de sorprenderme… Bueno, tú busca ópalos y yo restos de meteoritos, ¿de acuerdo?

–No quiero que pienses que soy una ignorante pero, ¿cómo sabré si es un ópalo?

–Yo te lo enseñaré.

Pasaron un par de horas buscando, al final de las cuales, Luke encontró un precioso ópalo azul que le regaló a Aurora.

Los dos siguientes días transcurrieron de manera similar: por el día exploraban el increíble paisaje de la zona y por la noche disfrutaban el uno del otro. Se pasaban horas charlando, escuchando música o leyendo… Y hacían el amor cada vez que el deseo se lo pedía…

Eso fue precisamente lo que ocurrió una noche cuando Aurora estaba leyendo y notó que Luke la miraba sin pestañear.

–¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal?

Él negó con la cabeza y siguió observándola, estaban frente a la

chimenea de su dormitorio.

–¿Qué te pasa entonces? –volvió a preguntar.

–Me preguntaba cómo pedirte que te quitaras la ropa.

–¿Eso es todo? –lo miró sonriendo–. Me habías preocupado.

–No es tan sencillo, llevo diez minutos intentando comprender cómo era posible que siguieras leyendo tan tranquila mientras yo estaba teniendo todo tipo de fantasías sobre ti.

Aurora cerró el libro y lo dejó a un lado.

–¿Así es que yo estaba tan tranquila?

–¿No?

–He leído la misma página seis veces y no he conseguido enterarme de nada. Pero, ya que estábamos pensando lo mismo…

Se puso en pie y se deshizo del vestido que llevaba puesto, lo que hizo que Luke tuviera que respirar hondo. Después, se quitó el sujetador y, de pie frente a él, le tendió las manos.

Él observó con deleite las curvas de su cuerpo.

–A lo mejor no puedo tomarme tanto tiempo como me gustaría.

–A lo mejor yo no quiero que lo hagas.

–De todas maneras…

–Luke, no me voy a romper. Hasta puedo ayudarte. Dame la mano.

Él la obedeció poniéndose en pie lentamente, Aurora se puso de puntillas para besarlo con delicadeza.

–Vamos, mi príncipe, vamos a la cama.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, vio que Luke seguía profundamente dormido. Suspiró plena de entusiasmo; no solo por lo feliz que era, sino porque esa vez había sido ella la encargada de darle a Luke toda la satisfacción que tanto ansiaba. Ya no tenía la sensación de ser una alumna en manos de su maestro; ahora se sentía su igual. Hasta le parecía posible que hubiera sido ella la que lo había llevado a la luna a él y no al revés.

En ese momento, Luke abrió los ojos.

–¿Estás bien, Aurora?

–Sí –respondió complacida–. ¡Estoy muy bien!

Luke retiró las sábanas y la manta y observó su desnudez extasiado.

–¡Hace frío! –protestó ella.

Empezó a acariciarla y la tapó de nuevo quedándose los dos cubiertos hasta la barbilla.

–Tenía miedo de haber sido un poco torpe.

–Estuviste maravilloso.

La atrajo hacia él y le dijo al oído:

–La verdad es que me dejé llevar totalmente.

–Pues he de decirte que me encantó.
–¿De verdad?
–Sí, era lo que estaba pensando hace solo unos segundos.
–Entonces, ¿qué tal si te casas conmigo, Aurora?
La expresión de su rostro cambió por completo al oír esas palabras.
–Yo –dijo titubeando–… Luke, no sé muy bien qué decirte…

Capítulo 10

A AURORA no se le iba de la cabeza el modo en el que Luke había reaccionado por la inseguridad que sentía ante la idea de casarse con él. Había habido un instante en el que había creído que iba a romperse entre sus fuertes brazos, que la rodeaban mientras él maldecía antes de levantarse de la cama y salir de la habitación.

Cuando bajó al comedor, lo encontró ya duchado ante la mesa del desayuno. El modo en el que la había mirado al verla entrar en la habitación la había dejado paralizada en el umbral de la puerta. Se decidió a sentarse junto a él cuando, lleno de sarcasmo, le dijo que no la iba a comer y que el desayuno estaba servido.

–¿Te importaría mucho ampliar un poco más tu contestación de hace un rato? Si no sabías que era lo que había, ¿por qué viniste aquí conmigo?

Aurora miró a la puerta que daba a la cocina, tras la cual se podía oír al ama de llaves.

–No creo que este sea el momento ni el lugar…

–No va a haber un momento mejor –la interrumpió pero se levantó a cerrar la puerta.

–Tú solo habías dicho que estabas pensando pedirme que me casara contigo, pero en estos cuatro días no lo habías vuelto a mencionar. Está bien… puede que lo supiera, pero me resultó imposible decir que no quería venir –lo miró a los ojos fijamente–. Pero eso no quiere decir que casarnos sea la solución.

–Si vas a mencionar a Leonie, te puedo asegurar que hay un hombre nuevo en su vida –informó con extrema frialdad–. Y si vas a decirme que empecé contigo demasiado pronto después de lo de Leonie, ahora ya hace unos cinco meses que nos conocemos, dos de los cuales los hemos pasado separados. ¿No crees que he tenido tiempo suficiente para decidir qué es lo que quiero?

–Luke, si mi padre no hubiera desaparecido, todavía seguiríamos cada uno por nuestro lado. Pero si hasta habías puesto la casa a la venta…

–De acuerdo pero, ¿sueles acostarte con un hombre y hacer como si no hubiera pasado nada? ¿O es que estás ofreciéndome ser mi amante?

Aurora tomó aire para no dejarse llevar por la rabia que le habían ocasionado esas palabras.

–No te estoy ofreciendo nada, Luke. Todo esto ocurrió porque viniste a rescatarme en el momento en el que más sola y abandonada me encontraba. Yo…

–¿Solo por lo de tu padre? ¿O era también porque me echabas de menos?

–Las dos cosas, pero eso es problema mío. Ya me alejé de tu lado una vez cuando supe que no deseabas casarte y me pareció que las cosas entre Leonie y tú no habían acabado; puedo volver a hacerlo.

–No he vuelto a ver a Leonie desde entonces.

Los ojos de Aurora se abrieron de par en par.

–¿Qué tengo que hacer para demostrarte que no es que quiera casarme, es que quiero casarme contigo? Por cierto, ¿quién llevó a quién a la luna anoche? ¿No crees que eso demuestra algo? Yo creo que sí y, a juzgar por el estado en el que te has despertado, tú también lo crees.

–Sigue sin ser un motivo para apresurarnos a casarnos.

–De acuerdo, ¿cuánto tiempo quieres que esperemos? ¿Un par de meses? Eso sería un poco complicado porque voy a pasar aquí los próximos tres meses, pero seguramente podríamos ir y venir.

Aurora se puso en pie con los ojos llenos de lágrimas que intentaba controlar.

–Me gustaría irme a casa hoy porque estoy segura de que esto no funcionaría.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? –preguntó él duramente.

–No. Creo que no deberías confundir la lujuria con el amor. Y, para serte sincera, no pensé que tuviera que explicártelo yo.

–¿Lujuria? ¿Es eso lo que ha sido para ti?

–Y también amistad. Nunca olvidaré el modo en el que viniste a ayudarme aquella noche. Pero, como no puedo estar segura de que no fuera un poco de ambas cosas, además de compasión por una amiga que estaba sufriendo, creo que deberíamos dejarlo aquí.

–Lujuria –repitió de nuevo con los ojos inundados de ira al tiempo que se levantaba–. Si esa es la sensación que te dio… creo que deberías irte a casa ahora mismo. El avión sale hacia Brisbane dentro de media hora para traer a mi padre. ¿Te viene bien?

–Perfectamente –susurró ella con tristeza pero también con la furia que le daba fuerzas para hablar–. Te agradecería que no vinieras a despedirme.

–Si eso es lo que quieres.

–Sí.

Luke sonrió con infinita tristeza.

–Bueno, adiós, Aurora. Has sido muchas cosas para mí: una ladrona, una amante extraordinaria, una mujer incapaz de rechazar un desafío, bueno hasta que ese desafío significó casarse. ¿Acaso es

porque, como tú dijiste, tenías pensado seguir viviendo muchas aventuras antes de casarte y tener hijos?

Aurora ni siquiera contestó.

–Cuídate, pequeña –dijo él antes de salir de la habitación.

Al llegar a casa observó los peces y empezó a pensar que, a partir de ese momento, su vida sería una larga sucesión de días sin más compañía que la de su trabajo, sus diarios y esos dos peces…

¿Cómo era posible que Luke no hubiera entendido que necesitaba tiempo para pensar? Precisamente él, que había huido despavorido por el miedo a casarse. Pero, ¿por qué tenía la sensación de haber cometido un error?

Le vino a la cabeza la palabra «lujuria» y se dio cuenta de que no era eso realmente lo que sentía. Estaba decepcionada y furiosa porque él ni siquiera hubiese tratado de comprenderla, pero estaba claro que lo que había habido entre ellos nunca había sido lujuria…

Quizás se había equivocado, sin embargo no creía que eso cambiara demasiado las cosas. Eso no hacía que estuviese segura de que lo que Luke sentía por ella fuera amor; y, si lo era, tampoco estaba segura de que fuera a durar.

Al caer en la cuenta de que todavía le quedaban tres días de vacaciones, durante los cuales tendría que dormir en la cama donde había dormido con él la última vez, decidió volver a dejarle los peces al vecino y marcharse a la playa a ver si el sol le daba fuerzas.

–¡Bienvenida! Estás guapísima –le dijo Neil al volver a la radio el lunes–. Tus seguidores no han parado de llamar pidiendo que volvieras.

–Eso es… estupendo.

–Pero tengo otra noticia que a lo mejor te interesa –se quedó mirándola unos segundos como queriendo darle emoción a lo que iba a decir–. Leonie Murdoch se ha prometido con el hombre con el que todo el mundo pensaba que estaba intentando darle celos a Luke. Mandy dice que se ha enamorado de verdad.

–Me alegro –respondió Aurora sin entusiasmo.

–¿Eso es todo?

–No es asunto mío.

Neil la miró sorprendido, pero decidió no hacerle ningún comentario.

Dos semanas después, cuando volvía a casa de la radio, Aurora vio

un descapotable rojo como el de Luke y se preguntó si estaría en la ciudad. A lo mejor había ido a echarle un vistazo a la casa… o a lo mejor era otro descapotable rojo.

Esa misma noche recibió una llamada de Bunny, que había dejado de trabajar para Kirwan y llevaba algún tiempo cuidando a una hermana suya enferma.

–Me han vuelto a contratar. Su secretaria me ha dicho que la mujer que contrataron para sustituirme era un auténtico desastre –le contó en tono triunfante–. La verdad es que me siento halagada.

–Eso es genial. Pero… yo pensé que la casa estaba en venta…

–Y lo estuvo durante un tiempo pero el profesor cambió de opinión. De hecho últimamente pasa mucho tiempo en casa. ¿Sabes? No es para nada como yo pensaba; es un hombre encantador.

–Creí que iba a pasar tres meses… en unas propiedades de la familia o algo así –mencionó Aurora fingiendo que no sabía lo que sabía.

–Parece ser que ha cambiado de planes. Bueno, ¿qué tal está mi pequeña?

Después de hablar con Bunny, se quedó mirando el teléfono durante siglos pensando qué debía hacer.

¿Qué significaba aquella punzada que había sentido en el estómago al enterarse de que seguía allí? ¿Acaso mantenía la esperanza de que un hombre como Luke fuera capaz de cambiar?

Aquella noche no pudo pegar ojo. Los dos siguientes días no pudo dejar de imaginarse que aquel descapotable rojo se paraba en la puerta de su casa. Seguramente fue esa continua angustia lo que propició la gripe que la dejó en cama varios días sin poder ir a trabajar.

Tenía que volver a trabajar el lunes y el viernes por la mañana sonó el timbre de la puerta. Era un mensajero que traía un precioso ramo de flores.

–¿La señora Newton?

–Creo que se ha equivocado de… –se quedó callada bruscamente–. ¿Hay algún mensaje? –miraron el ramo y vieron que no había nada–. De acuerdo, creo que sé de quién pueden ser. Gracias.

Casi se le salió el corazón del pecho cuando sonó el teléfono unos minutos después.

–¿Señora Newton? La llamo del Hotel Sheraton de Gold Coast. El señor Newton nos ha pedido que la llamáramos para comunicarle que tiene una suite reservada para este fin de semana. Nos ha encargado

que, si usted lo deseaba, fuéramos a buscarla a su casa hoy mismo. ¿A qué hora le vendría bien?

Aurora trató de asimilar lo que acababa de escuchar y miró el reloj.

–¿A… a las cuatro le parece bien?

–Muy bien. La limusina estará esperándola a las cuatro en la puerta de su casa. Será un placer recibirla en nuestro hotel.

«¿Qué he hecho? ¿Qué significa esto?», pensó Aurora nada más colgar el teléfono. ¿Estaría intentando presionarla para que se casara con él? Pero, ¿por qué? Y ¿Por qué no estaba en Beltrees buscando fragmentos de meteoritos?

Todavía se sentía tremendamente confundida cuando llegó al Sheraton. Había esperado que Luke estuviera allí para recibirla, pero no fue así. La mujer con la que había hablado por teléfono la condujo a la suite.

Una hora después, seguía sin tener noticia alguna de Kirwan, así que salió a darse un paseo por la playa.

Hacía un día gris y con viento, lo que estaba haciéndola sentirse aún más aturdida. No entendía por qué la había hecho ir allí si ni siquiera iba a estar él. Tuvo que volver porque le resultaba imposible caminar con ese viento y, al darse la vuelta, vio una figura que reconoció de inmediato.

Lo que ocurrió después fue una reacción espontánea. Sin pararse a pensarlo, echó a correr hacia él llorando por la angustia que estaba sintiendo…

–¿Por qué estás haciendo esto, Luke? –dijo cuando consiguió articular palabra–. No sé qué está ocurriendo. No sé qué pensar y no sé por qué estoy aquí… Estoy hecha un lío –añadió rompiendo a llorar de nuevo.

Él la estrechó entre sus brazos pegando su cuerpo al de ella.

–¡Lo siento, Aurora! Estaba desesperado pensando que no vendrías.

–Lo siento –volvió a repetir Luke, pero esa vez en la suite, donde las cortinas estaban cerradas y la lámpara daba una cálida iluminación al lugar.

Él había insistido en que se cambiara de ropa y le había preparado un coñac para que entrara en calor.

–Luke –dijo suavemente una vez estuvo sentada en el sofá con la copa entre las manos–, he intentado olvidarte por todos los medios

pero no lo he conseguido. Sé que no quieres casarte pero de ningún modo podría estar peor que cómo estoy sin ti, así es que…

–Aurora –la interrumpió a la vez que se sentaba a su lado–, desde que te conozco he pasado de no querer casarme a darme cuenta de que no podré ser feliz hasta que lo haga… y tiene que ser contigo. Soy como un barco sin rumbo; no consigo concentrarme en nada, hasta he perdido el interés por los meteoritos. No me importa cómo se las habría arreglado Galileo para vivir sin ti, lo que está claro es que yo no puedo.

–Luke –apenas podía emitir un sonido debido a la intensidad de su sorpresa.

–No es algo de lo que esté orgulloso, pero lo único que puedo decir es que no comprendía lo que de verdad era el amor. Sí, Leonie fue mi compañera y mi amante durante tres años, pero nunca me llenó de terror la idea de perderla para siempre. Eso es exactamente lo que me ocurre cuando me despierto a medianoche pensando que puede que esté perdiéndote.

–Entonces… ¿no tiene nada que ver con que sientas pena por una chica que solo tiene dos peces y unos diarios con los que hablar?

–Todo lo contrario. Yo ni siquiera tengo esas cosas que me den fuerzas. La primera vez que me dejaste –hizo una pausa y cerró los ojos un instante–… me dije a mí mismo que estarías mejor sin mí. Pero al mismo tiempo me preguntaba por qué tenía la sensación de estar dejando escapar algo más valioso que un rubí.

Aurora abrió la boca sin poder creer lo que oía.

–La segunda vez –continuó con una tierna sonrisa en los labios–… me comporté de un modo irracional y lo sabía, pero no pude controlarme porque no sabía cómo seguir adelante sin ti –se encogió de hombros–. Creo que fue el orgullo masculino lo que me hizo reaccionar así.

Dos lágrimas cayeron de los ojos de Aurora.

–Por favor, no me digas que sigues creyendo que lo que había entre nosotros era lujuria. No podría soportarlo. Te amo, Aurora, y estoy perdido sin ti. Te necesito más de lo que puedas imaginar.

Se quedó observándolo sin salir de su asombro. Cuando consiguió reaccionar, levantó la copa y lo miró a los ojos.

–Señor Newton –susurró por fin–, te necesito más de lo que jamás pensé que podría necesitar a alguien.

–Has vuelto a dejar que sucediera –dijo él burlándose de lo que una vez había dicho ella.

Aurora se estiró entre sus brazos. Era noche cerrada y fuera se oía el viento, pero debajo de las sábanas, ellos dos estaban desnudos y

ahítos de placer.

–¿El qué?

–Has vuelto a darme el mayor de los éxtasis que alguien pueda sentir. Te quiero.

Ella sonrió diciéndole con la mirada que ella sentía lo mismo y que, además, esa vez habían alcanzado la luna juntos.

–Siento repetirme pero, ¿quieres casarte conmigo, Aurora? Ya está, ya lo he dicho.

–Luke, estaré encantada de casarme contigo. El motivo es muy sencillo: te adoro.

–¿De verdad? ¿Incluso aunque a veces sea un profesor despistado que se encierre entre sus papeles?

–Bueno, algunas veces yo también le echaré la culpa a la manzana –afirmó con seriedad–. Sin embargo creo que, queriéndonos del modo en que nos queremos, encontraremos la manera de seguir adelante, ¿no crees?

–Siempre he sabido que eras tan inteligente como bella.

–En realidad al principio pensaste que era una estudiante que quería acosarte.

–Bueno, también hubo cosas de mí que tú no tuviste en cuenta. Como por ejemplo el buen marido que puedo ser, o lo romántico que ya soy…

–Luke –se echó a reír y comenzó a darle besos–, la verdad es que no esperaba todo esto.

–Y eso que todavía no has visto esto –dijo dándole una cajita que había en la mesilla de noche. Ella la abrió y descubrió un maravilloso anillo con un pequeño diamante en el centro.

–Iba en serio –susurró Aurora.

–Hasta la última palabra. Espero que cada vez que mires ese anillo, recuerdes todo lo que eres para mí.

–Luke –empezó a decir con voz temblorosa–. Gracias, yo no tengo nada para ti.

–Cariño, cada vez que te apetezca ponerte a cantar cuando hagamos el amor, será un regalo de valor incalculable para mí.

Ella sonrió al recordar aquello.

–Sabía que no dejarías que me olvidara de eso –hizo una pausa al acordarse de algo–. Ahora que me doy cuenta, sí que tengo algo para ti.

De su bolso, que estaba a los pies de la cama, sacó una pequeña cadena de la que colgaba el ópalo azul que habían encontrado cerca de Beltrees.

–¿Te acuerdas?

Él asintió conmovido.

–Lo he llevado pegado al corazón hasta hoy. Pensé que, si no podía

tenerte a ti, al menos tendría esta pequeña parte de ti y sería una especie de amuleto que me recordara al único hombre al que deseaba amar.

–Gracias –respondió pegándose a ella y besándola–. No sé qué decir.

–No digas nada –le sugirió a la vez que tarareaba una antigua canción–. «Llévame a la luna…» –dejó de cantar con los ojos llenos de lágrimas de felicidad–. ¿No le parece apropiado, profesor?

–Tremendamente apropiado y… deseo concedido.

Y eso fue exactamente lo que hizo: llevarla a la luna.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

